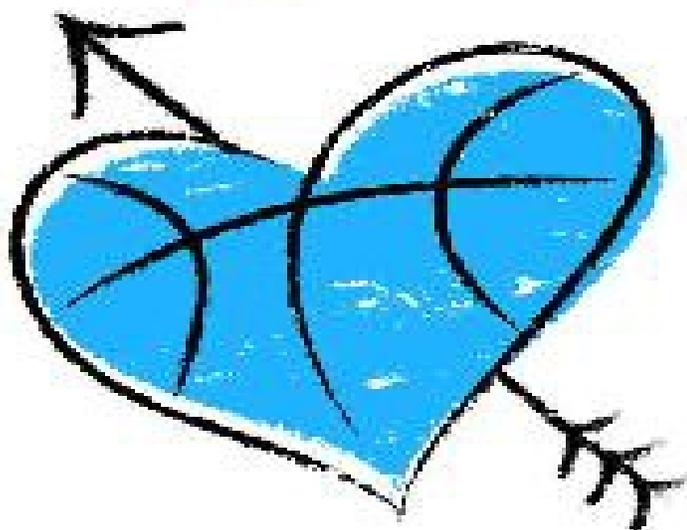




Lola Cooper

★ *Cómo tocar  
a una  
estrella*



SERIE ESTRELLAS DEL BASKET #1



# Índice

[Título](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Otras novelas de Lola Cooper](#)

[Sobre Lola Cooper](#)

# Cómo tocar a una estrella

Lola Cooper



Título original: Cómo tocar a una estrella

© 2018 Lola Cooper.

© Cubierta: Collage realizado con imagen de Bigstockphoto

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright.

Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con

personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

## CAPÍTULO 1

—La pelota rodea el aro, y.... ¡se sale! —El tono del locutor reflejaba su incredulidad ante lo que contemplaba desde el palco de prensa, situado sobre la cancha de baloncesto del estadio de los Ottawa Owls—. Pero ahí está Bruce Ross, el infatigable capitán de los Ottawa Owls que atrapa el balón y rápidamente busca a su pívot, Matt Storm. Nadie le puede negar a Ross la intensidad con la que pelea cada balón, el esfuerzo que está haciendo por mantener a su equipo en la batalla, sin rendirse. ¿No es cierto, Peter?

—Así es, Charlie —confirmó el segundo comentarista con los labios pegados al micrófono—. Los Owls siguen ocho puntos por debajo de los Toronto Raptors, a pesar del esfuerzo sobrehumano que están haciendo jugadores como Ross, Visenko o Storm por contener el juego ofensivo de los contrincantes. El capitán no deja de animar a sus compañeros para que aprieten en estos últimos cuatro minutos que faltan para que finalice el tercer cuarto, pero las cosas no pintan bien para los Owls a pesar de jugar en casa.

El locutor retomó la retransmisión del partido con la entonación adaptada al ritmo del juego:

—Vuelven los Raptors al contraataque... Los Owls dejan demasiados espacios abiertos y los de Toronto no perdonan... Zemeckis, botándola desde la línea de tres, busca el pase con Muller pero...¡no! Delante tiene a Visenko

y Storm, que intentan cerrarle el pasillo al área. Zemeckis juega con Morris, Morris devuelve a Zemeckis que, ahora sí, se cuele entre dos jugadores e intenta penetrar con fuerza hasta la mismísima cocina... ¡¡¡Ouch!!! ¡Vaya golpe ha recibido el capitán de los Owls! ¡Eso ha sido falta!

—Falta personal en ataque acaba de pitar el árbitro —corroboró su compañero de emisión—. Y... ¡ojo! ¡Bruce Ross está tendido!

—No me extraña —intervino de nuevo el comentarista—, ha sido una entrada brutal del jugador de origen ucraniano, que tiene fama de apisonadora. Todo el equipo rodea a su capitán, todavía en el suelo. Parece que se duele de un hombro... El árbitro ha llamado al equipo médico, que ya está en la cancha.

—Esperemos que no sea nada y que Bruce Ross se recupere —dijo el locutor sin quitar ojo a la pista—. No sería una buena noticia para los Owls que su capitán se lesionara a estas alturas, cuando se está jugando el puesto entre los diez primeros equipos de la liga, algo impensable para un equipo modesto como es éste, Charlie.

—Y que lo digas, Peter. De hecho, sería una pésima noticia para el equipo y, sobre todo, para Bruce, que lleva un mal año en cuanto a lesiones: primero fue la del abductor izquierdo y no hace tanto ha salido de otra lesión importante en el hombro derecho que le ha mantenido apartado de la pista durante un mes. Recordemos que Ross ha vuelto a los Owls, el equipo que le dio su primera oportunidad, después de una larga carrera en los Spurs de San Antonio. Cuando se anunció su regreso hubo quien pensó que, a sus treinta y dos años, era algo mayor pero lo cierto es que con su experiencia, intensidad y buen juego, el capitán ha callado muchas bocas en estas dos temporadas. Nunca antes los Owls habían conseguido codearse de tú a tú con los competitivos equipos norteamericanos de la NBA. Hombres como el propio Ross, Storm, o incluso el joven Sergio Ríos, se han vuelto piezas clave para el sistema de juego de Gary Olsen.

—Y eso que Bruce Ross no está atravesando un buen momento en lo personal, si es que podemos decirlo así. —El locutor consultó las notas de su cuaderno mientras hablaba por el micrófono—. Todo ese asunto de su exnovia no le beneficia en absoluto.

—Tienes toda la razón. A pesar del silencio que mantienen Ross y su entorno al respecto, a nadie se le escapa que no debe de ser plato de buen gusto desayunar todos los días con tu vida personal en las portadas de las

revistas y en los magazines matinales.

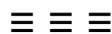
—Sé de buena tinta que el club ha cerrado filas con el capitán, pero no deja de ser una situación incómoda para el jugador. A veces, lo extradeportivo interfiere en los deportivo y descentra el juego de todo un equipo. Ya veremos en qué termina todo esto.

—¡Ahí está ya! El capitán por fin se levanta, pero... ¡se marcha! ¡Bruce Ross coge la recta al vestuario y no demasiado contento según podemos ver! Le acompaña el médico del equipo, por lo que deducimos que se ha lesionado debido a la aparatosa entrada de Zemeckis, que ni siquiera se le ha acercado a pedirle disculpas.

—En cualquier caso, de poco sirve ya, Charlie. Los equipos vuelven al juego. Storm ya está en posición para lanzar los tiros libres de la falta personal.

—Treinta segundos para el final del tercer cuarto. Si Storm encesta, los Owls se quedarán a seis puntos de distancia de los Raptors.

—¡Todavía queda mucho partido por delante! ¡Adelante, Owls!



Bruce Ross se temía lo peor. Apenas podía mover el hombro sin sentir un dolor intenso, como si algún ligamento interno se hubiera desgarrado. El mismo hombro, el mismo dolor que la vez anterior. Se levantó del parque despacio con ayuda de sus compañeros que chocaron las manos con la suya en un gesto de apoyo colectivo, en medio del ruido ensordecedor del público, que le animaba entre aplausos y gritos. En la cancha, el médico se había limitado a tocar con suavidad dos o tres puntos del hombro, pero por la expresión de su cara, supo que podía ser algo más grave que un simple golpe. Lo había visto intercambiar unas pocas palabras con el entrenador, que le había dado una palmada rápida de ánimo en la espalda antes de enviarlo al vestuario.

—Gary, puedo seguir hasta el final —mintió con los dientes apretados por el dolor.

—Terry dice que no y si él lo dice, no hay más que hablar. —El entrenador se caló la gorra y ni siquiera lo miró. No podía perder ni un segundo en dar las instrucciones necesarias a sus jugadores de cara al último cuarto del partido.

¡Maldita sea! No se podía permitir otra lesión dos meses después de haberse recuperado de la fisura de ligamento en el hombro. En junio debía negociar la ampliación de su contrato y no se hallaría en una buena posición de partida si se perdía los partidos contra los Lakers y contra los Warriors, decisivos para mantenerse entre los diez mejores. Ese era el objetivo por el que le había fichado Scott Truman, el dueño del equipo, a instancias del entrenador, el viejo Gary Olsen. Y también era su objetivo. Los Owls aspiraban a codearse de tú a tú con los grandes equipos de la NBA, querían ser el segundo equipo más importante de Canadá que jugaba en la liga del país vecino. Su equipo le necesitaba ahora más que nunca y no podía fallarles.

Cuando estaba a punto de entrar en el túnel del vestuario, una prenda le cayó sobre la cabeza.

—¡Bruce, te quiero! ¡Eres el mejor! ¡No me creo nada de lo que dice esa zorra de tu exnovia! —Al mirar hacia el lugar de donde provenía la voz, vio a una chica rubia muy joven con un top minúsculo ajustado a sus pechos exuberantes. Ya estaba acostumbrado a esos asaltos apasionados de mujeres que no conocía de nada. Solía responder con una sonrisa y un guiño encantador, pero en esos momentos no estaba para tonterías—. ¡En la camiseta tienes mi teléfono! ¡Te amo, Bruce Ross! ¡Llámame!

Bruce le lanzó la camiseta de vuelta antes de perderse en dirección al vestuario.

—Tumbate, vamos a echar un vistazo —le ordenó Terry, el médico deportivo, una vez que entraron en la enfermería.

—Estoy bien, no me duele tanto —insistió, a pesar de que intentaba hacer movimientos lentos para evitar el dolor—. Al menos, deja que vea el final del partido en el banquillo, Terry. Los chicos necesitan todo el apoyo posible y yo quiero estar ahí con ellos, aunque no juegue.

—Primero vamos a comprobar el alcance del golpe. No podemos arriesgarnos. Según lo que veamos, te podemos poner un vendaje para que vuelvas a la cancha.

Bruce no pudo hacer otra cosa que callar y esperar pacientemente a que el médico realizara las pruebas pertinentes. Las agujas del reloj de la enfermería avanzaban sin piedad ante los ojos de Bruce. Uno, dos... trece minutos. De afuera les llegó el leve retumbar del estruendo que dominaba la cancha, a poco más de cinco minutos para el final del partido.

—Te vamos a poner un relajante muscular y un vendaje suave. Puedes volver a la pista si me prometes que no harás movimientos bruscos.

—Tienes mi palabra.

—Mañana a primera hora te haremos las pruebas en la clínica.

—¿Crees que es grave?

—No estoy seguro. Recemos para que no haya desgarro muscular.

¿Tú qué opinas, Otto? —se volvió a preguntarle al jefe del equipo de fisioterapeutas, un hombre de bigote canoso y aspecto saludable, que había entrado en la sala cinco minutos antes, en cuanto había sonado el aviso del reinicio del partido, y había terminado de masajear las piernas sobrecargadas de los jugadores.

Otto le colocó la palma de la mano sobre el hombro dolorido y presionó con suavidad. Bruce se guardó mucho de emitir ninguna queja.

—No parece que haya desgarro, pero habrá que esperar. Este hombro nos está dando mucha guerra últimamente. Esta noche, nada de trasnochar, si es que ganamos.

—¿Crees que me quedan ganas de juerga después de esto?

En esos instantes, lo único que le preocupaba era el partido y cómo le iba a su equipo. En cuanto terminara iría directo a su hipermoderno apartamento de lujo situado en el duodécimo piso de un céntrico rascacielos de Ottawa, llamaría al restaurante chino de la esquina para que le trajeran su menú preferido, y después, a la cama. De pronto recordó que su abogado había quedado en llamarlo esa noche a última hora para comentar qué medidas tomar contra la retahíla de falsedades y ridiculeces que andaba soltando Megan por los platós de televisión y ante la peor prensa sensacionalista. Su ex estaba dañando su imagen pública y su reputación a base de mentiras sobre la relación que mantuvieron durante apenas siete meses. Hacía unos días le había llamado su representante para decirle que debían pararle los pies a esa chica antes de que echara por tierra el lucrativo contrato que tenía con una conocida marca deportiva.

«Hay que joderse... ¿Cómo pudiste liarte con una tía así, Bruce? Eres un auténtico gilipollas».

La había conocido en una sesión de fotos para un reportaje de una revista deportiva. Megan Miles era una de las dos modelos que solían hacer los estilismos de ropa deportiva femenina para la sección de moda y ese día le tocaba a ella posar en el mismo estudio de fotografía que él. No era un

bellezón pero tenía un buen cuerpo: proporcionado, bonito, apetecible. Además, en aquel momento le pareció una chica sencilla y agradable, así que la invitó a comer al día siguiente y a partir de ahí... en fin. Los primeros dos meses estuvo bien, era divertida, alegre, cariñosa. Siempre dispuesta a agradar, se aprendió los nombres de toda la plantilla de los Ottawa Owls, incluidos los fisios; asistía a todos los partidos y estudió la terminología de las distintas jugadas como un profesional más.

En ese momento, a Bruce le pareció divertido el interés que ponía.

A partir del tercer mes empezó a cambiar. Comenzó a obsesionarse con su imagen pública como pareja. Le pidió que la ayudara a conseguir un contrato de modelo con una conocida marca deportiva —algo que, por supuesto, no estaba en su mano—, revisaba todas las revistas y diarios para ver si habían publicado las fotografías que ella misma se había encargado de que les tomaran fotógrafos y *paparazzis* a la salida de algún restaurante de moda y empezó a soltarle indirectas sobre lo lejos que vivían uno de otro con la intención de mudarse a su apartamento.

Algo a lo que él no estaba dispuesto, claro.

Era demasiado pronto y... Megan no estaba mal, pero no estaba enamorado de ella. Él le daba largas pero ella insistía, insistía, insistía... hasta que por fin, Bruce decidió que la cosa había ido demasiado lejos y su relación no daba para más. Al parecer, ella no estaba de acuerdo en ese punto. Así que, ahí empezó todo.

Su propio calvario.

No entendía cómo los medios de comunicación podían dar cobertura a una modelo de segundo nivel cuyos únicos méritos eran su capacidad para manipular a la audiencia a base de lloriqueos y su falta de escrúpulos. ¿De verdad alguien se tragaba que él la obligaba a enfundarse vestidos superajustados y tacones de ocho centímetros, como poco, por si se cruzaban con los *paparazzis*? ¿Y que la humillaba en público ante sus compañeros? Cualquiera de sus colegas podría desmentir esas acusaciones si él hubiera querido entrar en su juego. Al principio, dudó de que alguien con un mínimo de profesionalidad, le hiciera caso. Cuál fue su sorpresa cuando comenzó a aparecer por los platós de los peores programas de la televisión, dispuesta a contar «todos los agravios a los que la había sometido Bruce Ross, el gran jugador de baloncesto, capitán de los Ottawa Owls». El estúpido jueguecito había tomado ya tal dimensión que estaba afectando a su reputación.

En serio: ¿Quién podía creerse que la obligaba a limpiar los baños y a recoger la cocina hasta dejarlos impolutos? ¿Es que a nadie se le había ocurrido pensar que él tenía dinero más que suficiente como para pagar a una persona —o cinco, si fuera necesario— que se hiciera cargo de todo lo referente a la limpieza y el orden de su casa? ¡Por Dios!

De vuelta a la cancha de baloncesto, el marcador indicaba un resultado esperanzador para los Owls: perdían solo por dos puntos. Si conseguían encestar en esa jugada, podían empatar el partido y entonces...

Resultado final: Ottawa Owls 62; Toronto Raptors 66.

Adiós celebración.

## CAPÍTULO 2

—¿No puedes ir un poco más deprisa? Joder, Ben, he conocido caracoles mil veces más rápidos que tú.

Ben, el chófer y chico de los recados de los Ottawa Owls, ya debía de estar más que acostumbrado a los exabruptos de las estrellas del baloncesto en horas bajas, porque asintió y se limitó a aumentar la velocidad un cero coma cero por ciento.

Bruce Ross era impaciente por naturaleza, pero después de una mañana entera en el hospital en la que le habían hecho un electromiograma, una resonancia, un TAC, una radiografía y, por supuesto, una ecografía, estaba de un humor de perros. Solo había faltado que le hicieran un tacto rectal. Por fortuna, el eminente traumatólogo que estaba al frente de la clínica deportiva más prestigiosa de Ottawa había descartado que fuera necesario operarlo y lo había dejado ir, no sin antes ordenar a una enfermera que le pusiera un aparatoso cabestrillo.

Solo le había dado tiempo a comerse un par de sándwiches en la cafetería cuando le llamó Terry, el médico del equipo, para decirle que acababa de hablar con el traumatólogo y que, después de reunirse con el entrenador, habían decidido que sería conveniente empezar con la fisioterapia cuanto antes si quería jugar los últimos partidos.

Así que allí estaba, cansado, hambriento y magullado, rumbo a otra de esas interminables sesiones de fisioterapia que lo dejarían aún más dolorido.

En cuanto el vehículo se detuvo en el aparcamiento de la ciudad deportiva, Bruce se bajó a toda prisa y cerró de un portazo sin despedirse. De camino a la sala de fisioterapia, le lanzó un gruñido a una mujer de la limpieza que tuvo la osadía de decirle que tuviera cuidado de no resbalar en el suelo recién fregado; le hizo una peineta a uno de sus compañeros de equipo que le preguntó por su próxima jubilación y contestó con un «tócame los cojones» a otro colega al que también le dio por bromear con el tema de su hombro.

Sin molestarse en llamar, abrió la puerta de un empujón y se enfrentó a Otto, que en ese momento hablaba por teléfono.

—¿Está libre ahora Jeff? Quiero acabar la sesión de fisio cuanto antes.

Otto se despidió de su interlocutor con rapidez y colgó.

—Buenas tardes, Bruce. Ya veo que no estás de buen humor.

—¿Buen humor? Es una broma, ¿no? Llevo desde que me desperté aguantando todo tipo de pruebas, toqueteos y pinchazos, y apenas me ha dado tiempo a comer nada.

—Al menos tienes suerte; una operación en estos momentos y habrías tenido que despedirte del resto de la temporada.

Bruce se pasó una mano por el alborotado pelo oscuro, despeinándolo un poco más.

—¡Que tengo suerte, dice! Joder, Otto, desde luego lo tuyo es ver el lado positivo. Llevo dos malditas lesiones de hombro en los últimos catorce meses, una ex que no para de ponerme a parir por los platós y en dos semanas cumplo treinta y tres años. A cualquier cosa se le llama suerte hoy en día. En fin, vamos al grano. ¿Dónde está Jeff?

Otto se retorció la punta del bigote, un gesto que hacía cuando no estaba muy seguro de cómo recibirían sus mimadas estrellas las novedades que se veía obligado a comunicarles.

—Jeff no está. Se ha roto la muñeca.

La gruesa vena que bajaba por el cuello de Bruce se hizo más visible, pero hizo un esfuerzo para hablar con calma:

—¿Cómo que se ha roto la muñeca? El único deporte que hace Jeff es jugar a la consola y ni siquiera sabe conducir.

—Al parecer resbaló en la acera por culpa de una caca de perro.

—¿Una caca de perro?! —La vena se le hinchó todavía más—. ¿Me estás diciendo que me he quedado sin fisioterapeuta por una puñetera mierda?!

Otto alzó las manos.

—Tranquilo, Bruce, está todo controlado. Ya tenemos sustituto. Sam Riley te espera en la cabina número dos.

Bruce frunció el ceño, y sus cejas negras casi se tocaron por encima de los enfurecidos ojos azules.

—¡Maldita sea, Otto! Sabes que no me gusta cambiar de fisio. Jeff ya conoce mi hombro y...

—Jeff no está disponible y el resto del equipo está ocupado con otros jugadores —lo interrumpió su interlocutor con sequedad—. La persona que se encargará de ti está avalada por las mejores referencias y, como ya te comenté, lleva un buen rato esperándote en la cabina dos.

Con un bufido, Bruce se dirigió a la puerta pero, antes de salir, se volvió una vez más y lo señaló con un dedo, amenazador:

—Espero que este tipo sepa lo que hace.

—No es un...

Pero a Otto no le dio tiempo a terminar, porque Bruce desapareció dando un portazo.



Por supuesto, tampoco se molestó en llamar antes de abrir la puerta de la cabina número dos.

—Acabemos de una...

Pero el resto de la frase se perdió en alguna parte de su garganta. En vez del tipo fuerte que esperaba, se encontró cara a cara con una chica muy joven, vestida con uno de esos holgados uniformes de enfermería de color azul.

—Perdone, creo que me he equivocado de cabina.

Bruce se dio media vuelta dispuesto a marcharse, pero la voz de la desconocida, grave y acariciadora, lo detuvo en seco.

—No, señor Ross, no se ha equivocado. Soy Sam Riley, el nuevo miembro del equipo de fisioterapia de los Ottawa Owls.

Se volvió muy despacio y, con la misma lentitud, recorrió el rostro, los grandes ojos castaños sin rastro de maquillaje y la gruesa trenza de pelo caoba que le caía por uno de los hombros. Era bastante alta, pero el amplio uniforme que llevaba no dejaba adivinar si debajo había unas curvas que merecieran la pena. Bruce Ross la descartó al instante; aquella joven descolorida no iba a figurar en su lista mental de «mujeres interesantes con posible revolcón».

—Mire, señorita... Riley —una vez más, tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar con calma—, no sé de qué va esto, pero todos los fisioterapeutas con los que me he cruzado hasta ahora, y créame que han sido unos cuantos, eran tipos del doble de su tamaño y llenos de músculos. No creo que una jovencita que acaba de terminar los estudios tenga los conocimientos ni la fuerza necesarios para tratar una lesión como la mía.

—Me está juzgando sin conocerme, señor Ross —dijo ella muy tranquila.

Bruce se encogió de hombros y se arrepintió al instante, cuando una punzada de dolor le hizo apretar los labios.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso. Cuanto antes empiece a trabajar en su hombro, antes se le pasará el dolor. Siéntese, por favor. —Los grandes ojos castaños lo miraban con una serenidad difícil de resistir y, sin saber por qué, Bruce obedeció y se sentó en el borde de la camilla—. Veamos.

Con habilidad, desató el cabestrillo y lo hizo a un lado. Luego le desabrochó los botones de la camisa y se deshizo de ella con la misma destreza.

—Tumbese.

De nuevo, él obedeció la suave orden sin rechistar y clavó los ojos en su rostro mientras ella se concentraba en su trabajo. En cuanto los largos dedos se posaron sobre su piel, Bruce tuvo la extraña sensación de que una corriente de calor brotaba de sus yemas.

«Tonterías», se dijo enfadado.

Con las finas cejas castañas ligeramente fruncidas, la novata le palpó los músculos del hombro y, aunque su toque era delicado, Bruce dio un pequeño respingo.

—Es una lesión complicada —dijo al cabo de un buen rato, volviéndose para coger uno de los frascos que había en una mesita cercana—.

Tendrá que seguir mis instrucciones al pie de la letra si pretende jugar los últimos partidos.

En cuanto las manos femeninas y los grandes ojos castaños se apartaron de él, el encantamiento se rompió, y Bruce Ross volvió a ser el Bruce Ross de siempre.

—Mira, niña, no te hagas ilusiones. No sé quién te ha enchufado para entrar aquí, pero te aseguro que...

Con suavidad pero con firmeza, Sam lo obligó a tumbarse de nuevo. Luego vertió un chorro de aceite en una de sus palmas y se frotó las manos. Casi al instante, un picante olor a mentol inundó la cabina.

—Uno, no soy ninguna niña —dijo con placidez, con esa voz grave que parecía llegarle a lo más profundo del oído interno—. Dos, nadie me ha enchufado; acabé la carrera hace cuatro años con unas notas excelentes y llevo desde entonces trabajando con deportistas de élite. Tres...

Mientras hablaba, sus manos no paraban de masajearle el hombro. Dolía, dolía mucho, y Bruce tuvo que apretar los dientes para no soltar una maldición. Era increíble la fuerza que tenían esos dedos delgados.

—... hay grandes fisioterapeutas de mi mismo sexo. Cuatro, no está bien juzgar a la gente sin conocerla. Cinco...

Su voz tenía un curioso efecto relajante, y Bruce notó que a pesar del dolor se le empezaban a cerrar los párpados.



—Ya hemos terminado por hoy, señor Ross.

Bruce parpadeó, aturdido, y comprendió que se había quedado dormido. Se incorporó con rapidez y se la quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué me has dado? —preguntó receloso—. ¿Qué era ese aceite?

—Es una potente droga oriental que usaban en el antiguo Japón para robar a los viajeros desprevenidos. —Al ver la cara que puso, Sam soltó una carcajada—. Ahora en serio, es solo un linimento corriente que los fisios empleamos a menudo.

A Bruce le sentó fatal que se riera de él y todavía peor que, sin ni siquiera preguntar, le ayudara a meter el brazo malo por una de las mangas de la camisa y que luego repitiera la operación con el otro antes de abrocharle

con destreza todos los botones, como si pensara que él era incapaz de valerse por sí mismo.

—¿Seguro que no tiene algo más? Es la primera vez que me quedo dormido en una camilla.

Pese al brillo burlón de los ojos castaños, Sam contestó muy seria.

—¿Se refiere a algún opiáceo o similar? —Negó con la cabeza, al tiempo que echaba hacia atrás la gruesa trenza cobriza—. Nada de eso. Solo un poco de mentol, alcanfor y cosas así. Todo muy inocente. Quizá hayan sido mis manos. —Las levantó y se las mostró—. A veces me dicen que tengo dedos mágicos, señor Ross.

Bruce puso los ojos en blanco.

—Dedos mágicos, lo que hay que oír. Y deja de llamarme señor Ross, nadie me llama así. —El hombro volvía a recordarle su existencia con un dolor sordo, y el mal humor que le había acompañado desde el accidentado final del partido aumentó de golpe—. Me duele más que nunca —afirmó acusador.

—Claro. Los primeros días el dolor va a ser intenso —respondió muy tranquila.

Durante unos minutos lo ignoró por completo mientras garabateaba lo que parecía una lista interminable en un cuaderno, antes de arrancar el papel y tendérselo. La actitud indiferente de esa mujer, tan distinta de la admiración que solía despertar en la mayoría de los pechos femeninos, terminó de fastidiarlo.

—Esto es una guía de lo que puedes y no puedes hacer en los próximos días. También te paso un enlace de una serie de ejercicios para el hombro para los que no se requiere supervisión; eso sí, debes prestar mucha atención a los vídeos para hacerlos bien. Abajo he escrito el nombre de algunos analgésicos y las dosis adecuadas. Es conveniente que sigas estas instrucciones al pie de la letra si deseas ver resultados cuanto antes.

Bruce enarcó una de sus cejas negras y echó un vistazo indiferente a la lista. Luego hizo una bola con el papel y la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Mira, cariño, tienes potencial, no lo niego, pero en cuanto salga de aquí voy a hablar con Otto para que me consiga un fisio de verdad. Dudo mucho que volvamos a vernos.

Ella no pareció demasiado impresionada por sus palabras y, como de

costumbre, contestó sin perder esa curiosa serenidad que la caracterizaba.

—Para empezar, no soy tu «cariño», Ross y, para continuar, tus palabras me hacen sospechar que me estás juzgando en base a ciertos prejuicios machistas.

—¿Machistas? ¡Yo no soy ningún machista! —saltó muy ofendido.

—¿Seguro? No es eso lo que dice tu novia.

Sam señaló con un gesto el ejemplar del *Ottawa Citizen* que hasta entonces había quedado oculto debajo del cuaderno. Desde la portada, una gigantesca foto a todo color de su ex con su mejor cara de víctima y el llamativo titular: «Me obligaba a plancharle las camisetas vestida tan solo con un delantal y unos *stilettos* de doce centímetros», lo golpearon con la fuerza de un martillazo en el pecho.

Cuando consiguió reaccionar, Bruce se acercó a la mesa de una zancada, cogió el periódico y lo agitó con furia delante de la pequeña nariz cubierta de pecas.

—¿Tienes el valor de echarme en cara esta basura indecente? ¿Esta mierda calumniosa? ¿Esta vomitona de falsedades? ¿Esta...?

Bruce se detuvo jadeante, incapaz de encontrar palabras lo suficientemente ofensivas para calificar esa... esa...

Sam alzó las manos y respondió sin perder la calma:

—Mira, Ross, al contrario que tú, no me dejo llevar de prejuicios rancios. Me reservo mi opinión hasta que te conozca un poco mejor.

Bruce no estaba acostumbrado a que la gente lo desafiara —y menos una mujer anodina como esa—, y esa inesperada actitud disparó su mal humor hasta cotas inimaginables.

—¡Ese momento no va a llegar nunca! ¡Vete despidiendo de este trabajo! —gritó ciego de ira, sin dejar de apuntarla con el índice—. Haré que Otto te eche a la calle, los Ottawa Owls no son lugar para gente como tú.

Después de soltar aquel exabrupto, Bruce salió de la cabina como una exhalación y dio otro portazo que hizo tintinear todos los frascos que estaban sobre la mesita.

## CAPÍTULO 3

Sam aguantó el tremendo portazo con estoicismo, pero en cuanto constató que nadie iba a entrar a preguntarle qué había sucedido, murmuró para sí:

—Estupendo... Nuestro apreciado Bruce Ross es otro energúmeno más. ¡Y de los grandes!

Sam estaba acostumbrada a trabajar con deportistas de élite, algunos con el ego por las nubes, por eso no le asustaron las amenazas. Más bien le divertieron. El capitán de los Ottawa era un tipo prepotente y pagado de sí mismo, pero había que reconocer que estaba imponente. Bruce era bastante alto, pero al lado de sus compañeros de equipo no lo parecía. No era para nada como esos gigantones desproporcionados que abundaban en las canchas de la NBA.

—Moreno y con ojos azules. Una combinación excelente. Una pena que el carácter no le acompañe.

Alguien con menos tablas habría llamado a Otto para decirle que no seguía adelante, que no aguantaba a maleducados de ese calibre y que se buscara a otro que lo soportara, pero ella ni se lo planteó. Recordó los números en rojo de la cuenta de la asociación y siguió la misma terapia que aconsejaba a veces a los niños: contó hasta cien, aunque debería haber

contado hasta mil. Después, decidió ser la primera en dar un paso adelante y envió un *whatsapp* al jefe de fisios de los Ottawa Owls.

«Primera sesión con Bruce Ross finalizada. Todo Ok. Habrá que esperar a la segunda sesión para ver la evolución, pero calculo que no menos de ocho sesiones».

La contestación de Otto llegó enseguida:

«Ok. Espero valoración. ¿Lo has citado para la siguiente sesión?»

“«No. Perdón. Pensé que lo centralizabas tú».

«No te preocupes. Yo me encargo. ¿Mañana a la misma hora?»

«Yo esperaré al martes para confirmar si el dolor ha remitido».

«Perfecto. Lo cito el martes. ¿Cómo iba de ánimos?»

«Bastante malhumorado; demasiado, de hecho».

Hubo un *impasse* entre su mensaje y el siguiente de Otto:

«Gracias por todo».

Sam respiró más tranquila al final de la conversación. Era mucho mejor no tomar decisiones en caliente y librarse de los temores cuanto antes. Ahora, si el insigne Bruce Ross llamaba a Otto para quejarse de ella, este ya tendría su propia opinión de la situación.

Sam sacó el reloj del bolsillo del uniforme. Tenía el tiempo justo para llegar a la asociación. Se cambió a toda prisa y salió del estadio. Por suerte, había una parada justo enfrente, pero vio cómo se marchaba el autobús antes de que le diera tiempo a cruzar la calle.

—¡Mierda!

Miró de nuevo la hora en el reloj. Los niños tendrían que esperarla.



Sam bajó del autobús a todo correr y apenas tardó un par de minutos en salvar los cuatrocientos metros que la separaban del edificio. Tocó, como hacía siempre, la placa atornillada en la puerta en la que podía leerse: «Asociación Bright Kids. La infancia es nuestro futuro» y entró.

—¡Hola, Lisa! ¿Los niños están con Bob?

—Llegas tarde —saludó su amiga y chica para todo, que, al igual que Sam, colaboraba de manera altruista para que los niños con discapacidades físicas de familias con escasos recursos del barrio Vanier tuvieran las mismas oportunidades que otros.

A Lisa la conocía desde niña. Se habían hecho amigas el mismo día en que sus padres las llevaron por primera vez al grupo *scout* de la zona, pese a que no tenían nada que ver: Sam era más alta y fuerte de lo normal, Lisa, en cambio, con su piel blanca, la melena lisa y rubia y su pequeña estatura, seguía pareciendo una adolescente. A Sam le encantaba el deporte, Lisa disfrutaba lo indecible con un libro entre las manos. Sam solía ver películas de acción y Lisa comedias románticas. Una prefería comida italiana, la otra buscaba sabores exóticos. No se parecían en nada y, sin embargo, no se habían separado desde los ocho años. Cuando Sam le contó su idea de crear una asociación en favor de los niños menos favorecidos del barrio en honor a su madre, que había trabajado toda su vida de enfermera en el hospital infantil del Este de Ontario, Lisa se mostró absolutamente encantada con la idea. Era la mejor compañera que podía haber encontrado para ayudarla. Aunque, a veces, le echara en cara su falta de puntualidad.

—Sí, lo sé, perdona. Se me escapó el autobús justo cuando salía del trabajo.

—Será mejor que te sientes —le sugirió con gesto misterioso.

Sam se dejó caer en la silla de al lado.

—¿Qué sucede?

—Bob está con los niños.

—Claro, entrenando como siempre.

—No, como siempre no.

—¿Cómo que no? —Sam se levantó de un salto, dispuesta a salir hacia la cancha de baloncesto que habían habilitado en el solar detrás del edificio—. ¿Se ha roto algo? ¿Falta alguno de los niños? ¿Los padres de Jonathan han vuelto a no dejarlo venir?

—Espera un momento —la detuvo Lisa—. Bob ha llegado con antelación para hablar contigo. Quería decírtelo antes que a los chicos, pero no quería contártelo por teléfono.

Sam estaba atacada.

—¿Contarme qué? ¡Lisa, suéltalo de una vez!

—Bob se marcha.

—¿Queeé?!

—Un tema familiar. Será mejor que te lo explique él.

Sam se dejó caer de nuevo en la silla, impactada con la noticia.

—¿Se lo ha dicho a los niños?

—Todavía no. Está esperándote para hacerlo.

—¿Se va muy pronto?

Lisa asintió.

—Antes de lo que te gustaría.

Sam resopló. Dejó el bolso en el suelo y se levantó.

—Será mejor que vaya, entonces.

Antes de salir por la puerta, su amiga la animó:

—Lo solucionaremos.



—¡Muy bien! ¡Así se hace! —Desde fuera de la cancha Bob animaba a Adam, un niño con una pierna ortopédica, que hacía verdaderos esfuerzos por hacer rodar la pesada silla de ruedas.

El pequeño golpeó con fuerza el balón que acababa de meter en la red y levantó los brazos en señal de victoria.

—¡Venga, seguimos! —lo incitó a continuar jugando.

Sam se sentó en el banco de madera que les había cedido el ayuntamiento la última vez que cambiaron el mobiliario urbano de la calle y esperó a que Bob se reuniera con ella. Este todavía dirigió una jugada más antes de acompañarla.

Bob era un hombre afroamericano, de pelo y barba canosa, entrado en años, pero muy bien conservado. Había sido el entrenador del equipo de baloncesto del Hillcrest High School donde Sam había estudiado la secundaria. Llevaba un tiempo jubilado, así que cuando conoció el proyecto de Bright Kids no dudó en ofrecerse como entrenador en su tiempo libre a cambio tan solo de las sonrisas de un puñado de niños agradecidos.

—No sabes cómo lo siento, Sam. Sabes cómo disfruto entrenando a los chicos, pero no tengo más remedio que dejarlo —dijo, taciturno, sin apartar la vista del juego.

—Lisa me lo ha dicho. ¿Por qué?

Por la cara que puso, Sam supo que le había costado tomar aquella decisión.

—Lizzy está cada vez peor. —La miró con sus ojos oscuros. Parecía derrotado. —Se le olvidan las cosas. En estos dos últimos meses su memoria ha empeorado mucho. Nuestra hija quiere que vayamos a vivir más cerca de

ella.

Belle, la hija de Bob y Elisabeth, se había trasladado hacía unos años a Montreal con su esposo y su hijita.

Sam lo abrazó.

—¡Oh, Bob! Siento mucho lo de Lizzy. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Uno siempre se niega a creer que una cosa como esta le suceda a la persona que quiere. Hasta que Belle no me lo ha hecho ver, no he podido reconocerlo. —Movi6 la cabeza con pesar. Sam notó que hacía auténticos esfuerzos por evitar que se le saltaran las lágrimas—. Lo siento mucho por los niños.

—¿Cuándo te marchas?

—En dos semanas. Quería esperar un poco más para que pudieras encontrar a alguien que me sustituya, pero Belle ha encontrado una buena terapeuta que trabaja con enfermos de Alzheimer. Tenemos que estar allí en quince días si queremos que atienda a Lizzy.

Sam asintió, comprensiva.

—¿Cuándo se lo vas a decir a los chicos?

—En cuanto termine el entrenamiento de hoy. Quisiera que estuvieras tú también.

—Claro, no te preocupes.

—¡Por supuesto que me preocupo! He preguntado a algunos de mis antiguos colegas si podrían hacerse cargo del equipo, pero no ha habido suerte. Unos son ya muy mayores, otros se han marchado de la ciudad y el resto no tiene ánimos para comprometerse. No se hacen a la idea de todo lo que recibirían a cambio de un poco de su tiempo... Siento no ser de más ayuda.

Sam puso una mano sobre la suya para tranquilizarlo.

—Has hecho todo lo que podías, Bob. Mucho más de lo que nunca harán otros. Ya nos las arreglaremos.

El juego se había detenido sin que ninguno se hubiera percatado. Andy, el más pequeño, sostenía la pelota en las manos. Los niños los miraban con la intriga asomando en los ojos.

—Será mejor que termine el entrenamiento antes de que sospechen algo.

Sam se obligó a esbozar una sonrisa.

—¡Ánimo, campeones! —les gritó antes de regresar junto a Lisa.

≡ ≡ ≡

—¡Solo dos semanas! —exclamó Lisa, alarmada—. ¿Cómo vas a encontrar a nadie en tan poco tiempo?

—No tengo ni idea. Bob ya ha tirado de contactos sin conseguir nada.

—¡Puaj! El mundo es un asco. Nadie está dispuesto a dar algo por nada.

—¿Por nada? ¿El amor, la alegría y el futuro de esos pequeños te parece poco?

Lisa pisaba tierra antes que ella.

—Tú ya sabes lo que quiero decir. Otra cosa sería si acompañaras la petición con la chequera como les pasa a esos grandullones a los que les arreglas los músculos.

—Ellos son profesionales, los Owls juegan en la NBA, no tiene nada que ver con entrenar a unos niños.

—Es baloncesto, ¿no? ¿Por qué no se lo pides a alguno de ellos? A ese que se llama Storm o al del nombre ruso.

—¿Hablas de Visenko? No tengo el gusto de conocerlo, ni a Storm tampoco.

—¿No trabajas con ellos?

—Solo con los que me asignan.

—¿A quién conoces?

—Por ahora, a Bruce Ross.

—¿El mismo cuya novia airea sus intimidades a todo el que desee escuchar?

—El mismo.

—Puedes pedirselo a él.

—¿Pedirle qué?

—La noticia de Bob te ha dejado fuera de juego, ¿eh? Pedirle que entrene a los niños, claro.

—¿A Bruce Ross?! ¿Estás loca?

—¿Crees que todo lo que cuentan de él es cierto? Si fuera así...

—No, no lo creo. Bueno, no sé... Ella parece un poco buscavidas y no me creo la mitad de lo que dice. Aunque él tampoco parece un pajarillo

inocente. —Sam recordó lo grosero y desagradable que se había comportado con ella y lo imaginó gritándole a los niños—. Definitivamente, no me parece una buena idea.

—Bob se irá dentro de quince días. En mes y medio los chicos tienen que jugar en el campeonato comarcal. Ellos, menos que nadie, no pueden presentarse sin entrenador. Necesitan alguien que los guíe.

—Lo que necesitan es alguien que los quiera.

—El amor no siempre es la solución. Necesitan alguien que sepa dirigirlos y marcarles el camino.

—Alguien que los anime a seguir.

—Eso también. Necesitan un entrenador con experiencia, como Bob. Justo lo que no tenían. Ambas se quedaron calladas un rato, hasta que Sam dijo con un suspiro:

—Yo haré de entrenadora.

Lisa sacó un montón de papeles de un cajón y los dejó sobre la mesa, delante de Sam.

—¿Además de tramitar permisos, ir a reuniones al ayuntamiento, convencer a los patrocinadores para que no retiren la asignación, entrevistarte con los padres para explicarles que jugar al baloncesto les es igual de necesario que acudir al colegio, animar a los niños a que se esfuercen, atender a tu trabajo y... ¿quieres que siga?

Sam hizo una mueca.

—No hace falta. Me ha quedado claro: tengo menos de dos semanas para convencer a Bruce Ross de que limpie su imagen entrenando a un grupo de niños. —Se levantó animada por sus propios pensamientos—. De unos maravillosos niños, alegres, divertidos y merecedores de todo el cariño del mundo.

—¿Cuándo lo vas a ver?

—En dos días. Tendré que pensar cómo convencerlo.

Bob apareció en la oficina y le hizo un gesto con la cabeza. Había llegado la hora de hablar con los chicos. Sam le dirigió un gesto de entendimiento y lo siguió. En unos días podría pensar en un nuevo entrenador, pero ahora tocaba despedir a un amigo.

## CAPÍTULO 4

Sam se calzó los zuecos de trabajo en el vestuario y cerró la taquilla. Se lavó las manos en el lavabo y mientras se las secaba, se miró fijamente a los ojos a través del espejo.

«Hoy lo vas a conseguir. Tienes que hacerlo. Sea como sea, tienes que convencerle, Sam».

Llevaba una semana probando distintas estrategias que le permitieran hablarle a Bruce Ross de una manera cercana, simpática y casual sobre su asociación de niños con discapacidad y su «pequeño» problema con el entrenador del equipo de baloncesto de los chicos, pero no había conseguido nada.

Primero pensó que, dado que no habían empezado con buen pie, debía ganarse la confianza de Ross, así que se esforzó en ser amable, hablar poco, sonreír mucho y tratar con cierta... «delicadeza» sus puntos más doloridos. Y parece que surtió efecto: no solo creyó escuchar un suave gemido de placer del hombre que yacía boca abajo en la camilla rendido a sus manos, sino que además, el gruñido con el que se despidió en la primera sesión se transformó en un murmullo ronco e ininteligible en la segunda, y en un «hasta mañana» sin portazo en la tercera. ¡Iba por buen camino!

—Otto me contó que trabajaste dos años en el equipo de los

Wolverines de Michigan. ¿Por qué lo dejaste? —le preguntó el capitán de los Owls a poco de llegar a la que iba a ser su cuarta sesión mientras se desprendía con movimientos medidos del polo color azulón, a juego con sus ojos.

La pregunta la pilló por sorpresa. Hasta el momento, todas sus conversaciones se habían limitado a intercambiar información escueta sobre la lesión, el tratamiento a seguir y los plazos. Nada personal.

—Hubo un cambio de jefe en el equipo de fisios del club a mitad de temporada y... digamos que entre el nuevo y yo no hubo buena sintonía. Pensó que estaría más cómoda en el equipo de baloncesto femenino. En su opinión, atraía a demasiados jugadores a mi camilla por las razones equivocadas.

—Entiendo. —Notó cómo la mirada de Ross la traspasaba al tiempo que las comisuras de sus labios se alzaban en una leve sonrisa.

Sam sintió una oleada de indignación recorrerle el cuerpo. Se había dejado la piel durante el instituto para conseguir una beca en la Universidad de Toronto, una de las dos mejores del país. Fue la alumna con mejores calificaciones de su promoción, había obtenido recomendaciones de dos profesores de reconocido prestigio y al finalizar los estudios recibió cuatro ofertas de empleo. ¡Cuatro! Dos de sendos equipos deportivos universitarios, una tercera de una clínica privada y otra de un conocido tenista de élite. Era una excelente profesional, honesta y competente en su trabajo y no tenía nada de lo que avergonzarse.

—No, creo que no entiendes nada. —Bruce se había sentado sobre la superficie blanca de la camilla y se encaró con él—. Y, al parecer, mi exjefe tampoco lo entendió. Si los jugadores preferían mi sala era porque con mis tratamientos aguantaban mejor el exigente ritmo de los partidos. El setenta y cinco por ciento de mis jugadores evitaron las lesiones deportivas no causadas por encontronazos con el rival durante esa temporada y puedo asegurarte que trabajé mucho para que así fuera.

—Estoy seguro de ello —respondió él despacio, sin desviar la mirada—. No sé por qué piensas que yo soy como...

—Tú y otros tantos como tú lo único que sois capaces de ver es un cuerpo con curvas, dos buenos pechos y una vagina, y no a una profesional tan competente como cualquier hombre.

—Oh, vamos. ¿Tú también? ¿Estás acusándome de ser machista por

el simple hecho de tener dos ojos y apreciar lo que veo?

—Solo digo que me juzgas por mi aspecto, no por mi valía profesional.

—¡No es cierto! —protestó él.

Ni siquiera se dignó a responderle. A buen entendedor... Sin embargo, todo el plan previsto para hablarle de sus chicos ese día, se vino abajo una vez más. No estaba de humor para pedirle un favor a Mr. *Sonrisita* Ross.



Así que, ahí estaba de nuevo, en otra sesión de fisio con el malhumorado capitán de los Owls y armada con un minucioso guion de lo que podría ser una conversación entre ambos que comenzaría con una pregunta directa y sencilla: «Tengo una curiosidad, Bruce: ¿has pensado alguna vez en entrenar a un equipo de niños?» o «¿Qué te parecería dedicar un rato de tus tardes a hacer algo para la comunidad, para variar?». De acuerdo, era posible que lo de «para variar» sobrara.

Fuera lo que fuera lo que le respondiera, ella le hablaría del equipo de niños increíbles que tenían, capaces de manejar sus sillas de ruedas sobre la cancha con la ligereza de un patinador sobre una pista de hielo y la determinación de un bulldog por llegar bajo el aro y...

Pero para su sorpresa, el gran Bruce Ross se quedó dormido sobre la camilla y al despertar, se excusó con que apenas había pegado ojo esa noche por culpa del *Show de Ellen Selfrige*, donde le habían realizado una entrevista vomitiva a su ex.

—Esta mañana no había emisora donde no comentaran las palabras de Megan sobre nuestra relación y las redes sociales echaban humo a mi costa. ¿Tú la viste? —le preguntó él.

—No, me temo que llego demasiado tarde y cansada de la asociación en la que colaboro por las...

—Mejor, no te perdiste nada —la interrumpió sin escucharla—. De hecho, ese programa es de vergüenza ajena. ¿A quién le importa en qué posición me gusta dormir en la cama? ¿O si guardo treinta pares de zapatillas deportivas en el armario? ¡Soy un deportista! ¿Cómo puede decir que soy un comprador compulsivo de zapatillas?

—¿Treinta pares? —Sam detuvo el masaje del trapecio por unos instantes.

—Las que sean —replicó, cansado—. ¿De verdad hay alguien en esta ciudad a quien le interese?

—Hum... yo diría que al doce por ciento de la audiencia que sigue ese *show* —dijo ella con el tono más suave de que fue capaz y una sonrisa comprensiva—. Pero no deberías tomártelo tan a pecho. Estás demasiado tenso y eso no es bueno para tu recuperación.

—No me digas —gruñó él—. Lo que me faltaba.

Sam alzó los ojos al cielo, ese hombre no tenía remedio.

—Voy a hacer una cosa. No te muevas.

Le dio la espalda y rebuscó en el armario de los aceites esenciales que utilizaban en los masajes hasta encontrar lo que quería. Vertió un poco de líquido en la palma de la mano, las frotó entre sí con fuerza hasta sentir las calientes y las posó con suavidad en la parte superior de la espalda masculina.

—¿Qué es eso que...? Oh... —ronroneó de gusto mientras un agradable olor inundaba la estancia.

—Es aceite esencial de romero, un relajante muscular natural que me ayudará a destensar toda esta zona.

Debió surtir efecto inmediato porque él volvió a cerrar los ojos, como si dormitara plácidamente.

—Otto tenía razón: tienes buenas manos —murmuró de pronto, y esta vez, Sam lo escuchó perfectamente.

—Gracias. Creo que me hubiera gustado más oírte decir el primer día.

Él la miró unos segundos de más, en silencio.

—De acuerdo, tal vez no estuve muy fino —admitió—. Sé reconocer mis errores.

—Está bien. Disculpas aceptadas. —Sam decidió aprovechar ese momento de debilidad para hablarle de sus chicos. Lo tenía rendido a sus manos, relajado como nunca antes lo había visto y con una expresión tan apacible en la cara que... Carraspeó antes de lanzarse—: Me preguntaba si alguna vez te habías planteado ejercer de entrenador.

Él abrió los ojos, sorprendido.

—¿Perdona?

—Entrenar. A niños. Tú.

Una enorme carcajada resonó en la sala.

—Jamás y menos a chavales. Ni me gustan los niños ni tengo paciencia para aguantarlos.

Sam lo observó con ojo crítico. En esto último tal vez tenía razón. Bruce Ross no era la persona más paciente que había conocido. Sin embargo...

—Estos son unos niños especiales. Tienen una... una pequeña discapacidad física que les hace moverse en sillas de ruedas. Tendrías que verlos cómo se deslizan por la cancha, con qué ilusión aprenden, con qué ganas lanzan a canasta... —El rostro masculino se contrajo en un gesto de compasión que ella ignoró; sus niños odiaban que les tuvieran lástima. Debía terminar de exponer su caso—: Serán solo las seis semanas que quedan para el final de la temporada. Nos hemos quedado sin entrenador y necesitan a alguien que sepa, que los motive y crea en ellos. Alguien como tú, Ross. Estoy segura de que puedes hacerlo.

—¿Estás loca?

—Son maravillosos, increíbles, sorprendentes, divertidos, fáciles de llevar... ¡Son un regalo para cualquiera!

—No.

—¿Cómo puedes decir eso sin escucharme?

—Estoy escuchándote. Y no.

Ella apartó las manos de su espalda y retrocedió dos pasos.

—Ya hemos terminado —dijo con gesto abatido.

Él se incorporó despacio y agarró la camiseta de la percha sin ponérsela. Sam se fijó en los pectorales perfectos, en el ceño fruncido que se le marcaba en la frente, en la mandíbula tensa.

—No es nada personal, Sam. Simplemente, no puedo. Y tampoco es el momento.

—Vas a estar sin entrenar con el equipo todo el mes. ¡Tienes tiempo libre de sobra para dedicarlo a preparar a unos chiquillos!

—¡No tengo tiempo libre! Necesito concentrarme en mi recuperación y lo que tengo son demasiados frentes abiertos como para comprometerme en algo así. Muy loable por tu parte pero... definitivamente, no.

Sin perder la calma, Sam le puso el tapón al bote de aceite de romero.

—Bien, esto es todo por hoy. Nos vemos mañana —dijo sin mirarlo.

Bruce dudó unos segundos. Entonces, se encogió de hombros, se puso

la camiseta y las zapatillas que estaban al pie de la camilla y se despidió con un seco «hasta mañana».

## CAPÍTULO 5

En cuanto cerró la puerta, Bruce sintió unas ganas abrumadoras de volverla abrir y decirle a Sam que aceptaba su ridícula oferta de entrenar a niños discapacitados.

«¿Estás loco? ¿Qué mosca te ha picado?», se regañó a sí mismo. «No soportas a los críos ni en pintura, ni siquiera a tus dos sobrinos de los que procuras alejarte lo más posible cuando visitas a tu hermana y a tus padres, y ahora, ¿pretendes entrenar a un puñado de chiquillos que ni siquiera pueden correr, ni saltar, ni... ni nada?».

Echó a andar por el pasillo sin dejar de maldecir entre dientes. La culpa era de Sam por intentar meterlo en semejante lío. Joder, él era una maldita estrella, las estrellas no hacían esas cosas. Mientras caminaba hacia la salida, devolviendo los saludos que recibía con un simple movimiento de cabeza aquí y allá, se le ocurrió una idea genial: le diría a Sam que estaba dispuesto a hacerse una foto con los niños y firmar unos cuantos autógrafos. Ah, también les regalaría unas gorras de los Ottawa Owls, eso les encantaría. Seguro.

Mucho más contento, decidió que se pasaría por Yming; le apetecía comida china. Le hizo una seña a Ben, quien se apresuró a abrirle la puerta del coche. Pese a que estaba mucho mejor, Sam aún no le dejaba conducir. Al

pensar en ella, su animación desapareció en el acto. ¿Por qué se sentía como si le hubiera fallado? No le debía nada a esa mujer; ni a esa ni a ninguna. Y menos después de ver cómo su ex lo ponía verde delante de todo el país. ¡Mujeres! Solo servían para robarle la paz interior a los hombres.

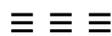
—Ben, párate en Yming antes de llegar a casa.

—Sí, señor Ross.

La realidad era que no le gustaba la mirada que la condenada muchacha le había lanzado, como si él no fuera más que un cerdo egoísta que solo pensaba en sí mismo. Ciertamente Sam tenía unas manos mágicas, pero no por eso iba a dejar que se mostrara insolente. Esta vez se había pasado y, desde luego, no estaba dispuesto a consentir que lo tratara con esa frialdad, tan lejos de las sonrisas despedidas a las que lo tenía acostumbrado, solo porque no había accedido a su descabellada propuesta.

Bruce frunció el ceño mientras miraba por la ventanilla sin prestar atención a la lluvia que caía con fuerza. Quizá debería decirle a Otto que le recordara cuál era su lugar. Que le dejara claro que estaba ahí para hacer todo lo que estuviera en sus manos —en esas manos que tenía que reconocer que estaban llenas de magia— por aliviar a los sufridos jugadores que requerían sus servicios sin hacerles proposiciones imposibles. Por desgracia, lo más probable era que, como había ocurrido cuando fue a exigirle que la despidiera, Otto no le hiciera el menor caso.

En ese momento, Ben detuvo el coche delante de la puerta del restaurante chino que quedaba a dos manzanas de su casa. Pensar en la deliciosa comida que lo esperaba le puso de nuevo de buen humor. Era una tontería preocuparse tanto, seguro que mañana Sam volvía a ser la de siempre.



—Buenos días, Sam —saludó sonriente, pero ella se limitó a devolverle el saludo muy seria.

—Buenos días, Ross.

«Vaya», Bruce frunció el ceño. «Parece que sigue enfadada».

—¿Qué tal todo? Hace buen día, ¿verdad?

Se quitó la camiseta sin dejar hablar un tanto acelerado. Desde que habían empezado con los masajes había notado que los ojos castaños de Sam

tendían a posarse sobre sus pectorales con una admiración no disimulada en cuanto se quitaba la ropa, pero esta vez ni siquiera lo miró al decir con sequedad:

—Tumbate, por favor.

Igual era cosa suya y se lo había imaginado; al fin y al cabo, Sam estaba más que acostumbrada a ver tipos fuertes en diversos grados de desnudez. Las comisuras de la boca de Bruce se curvaron hacia abajo al pensarlo.

—Se me ha ocurrido —siguió diciendo con una animación un tanto excesiva— que puedo conseguirles unas gorras a tus chicos y también unas cuantas fotos con mi autógrafo. Seguro que eso les anima un montón.

—Eres muy amable.

Nada, era como darse contra una condenada pared. En los ojos castaños no había ni rastro de la calidez acostumbrada y lo trataba como si fuera un perfecto desconocido. Bruce apretó los dientes; después de los esfuerzos que había hecho para contentar a todo el mundo, ella se lo pagaba así.

—¿Qué más quieres que haga? —saltó enfurecido—. No me digas que a esos críos de los que hablas no les va a gustar recibir una gorra y un autógrafo del capitán de los Ottawa Owls, nada menos.

En cuanto se escuchó decir aquello se arrepintió. ¡Por Dios! Ahora sí que había logrado quedar como un idiota engreído.

—Seguro que se desmayan de la emoción —replicó Sam sin molestarse en ocultar su sarcasmo.

Pese a que sabía que su comentario había sido patético, la estrella de los Ottawa Owls no estaba acostumbrada a que las mujeres se dirigieran a él en ese tono y se cabreó un poco más.

—Muy bien. Se acabó la discusión. Haz tu trabajo. Y en silencio —ordenó con grosería, al tiempo que se tendía de espaldas en la camilla.

Sam empezó a trabajar en su hombro, obediente. Sus manos eran tan cálidas y tan competentes como de costumbre y, también como de costumbre, Bruce notó que le se le empezaban a cerrar los párpados. Estaba a punto de quedarse dormido cuando, de pronto, ella hizo algo que le arrancó un alarido.

—¡Joder!

—Uy. Perdona. Es que tienes el tejido blando un poco comprimido.

Bruce la miró con expresión de desconfianza, pero su fisio era la

imagen viviente de la inocencia. Muy despacio, se tendió de nuevo sobre la camilla y, esta vez, se propuso vigilarla. Sin embargo, diez minutos más tarde los párpados volvían a pesarle como el plomo. Trató de resistirse al sueño que lo iba invadiendo, pero fue inútil; dos segundos después, roncaba con suavidad y, al cabo de otros cinco, volvía a incorporarse de golpe con un nuevo grito atravesado en la garganta.

—¡Joder!

—Disculpa, lo siento muchísimo. Otra vez los tejidos blan...

Pero él no la dejó continuar.

—Ni tejidos blandos ni tejidos duros. ¡Lo has hecho a propósito!

Una vez más, Sam lo miró con ofendida inocencia.

—Por supuesto que no. ¿Cómo puedes acusarme de algo así? Soy una profesional. Jamás utilizaría mis conocimientos para vengarme de un paciente por muy capullo, egoísta o desgraciado que fuera.

—Muy bien. Esto ya es demasiado. —Bruce se bajó de la camilla y se irguió frente a ella en un intento evidente de intimidarla con su tamaño que, pese a estar lejos del de los pivots del equipo, era considerable—. Te lo voy a dejar muy claro: no tengo tiempo ni ganas de entrenar a nadie. Yo no soy entrenador, sino base. Ahora estoy centrado en recuperarme de una lesión para poder jugar los últimos partidos de la liga. Una liga, permíteme recordarte, que este año podemos ganar. ¿Sabes cuántos años hace que los Ottawa Owls no se alzan con la corona de la NBLC? —Él mismo respondió a su pregunta—. Nada menos que quince. Como comprenderás, no estoy dispuesto a poner mi recuperación en peligro por una idea descabellada ni a que me tortures por no plegarme a tus caprichos.

—Está bien. Lo siento. No debería haberlo hecho, nunca le había hecho daño a nadie a propósito, pero... —los grandes ojos castaños le dirigieron una mirada suplicante, difícil de resistir— solo serían unas semanas. Apenas quedan media docena de partidos para acabar el campeonato. Te prometo que...

Bruce tuvo que hacer un esfuerzo gigantesco para resistirse. De hecho, ya abría la boca para aceptar cuando comprendió lo que estaba a punto de hacer y la cerró de golpe. Cada vez más enfadado por su debilidad ante las artimañas de aquella manipuladora de libro, se puso en jarras y se inclinó hacia ella hasta que sus narices casi se rozaron.

—He-di-cho-que-no —deletreó muy despacio para que no hubiera

dudas.

Lentamente, los ojos de Sam resbalaron hasta su boca y, durante unos segundos, pudo sentir en ella el curioso cosquilleo producido por el peso de su mirada. Entreabrió los labios como obligado por una fuerza superior y notó que se le aceleraba la respiración. Nunca supo qué habría pasado si esa situación se hubiera prolongado unos segundos más porque, en ese momento, Sam dio un paso atrás y se alejó de él.

—Está bien. Lo he entendido. Te da miedo enfrentarte a un puñado de chiquillos con una discapacidad física; temes no estar a la altura.

Bruce estaba al límite de su resistencia.

—Óyeme bien, yo no tengo miedo de nada, ¿lo entiendes?

—Pues demuéstalo.

Aquella enervante insistencia lo puso fuera de sí. Jamás en su larga carrera deportiva y, si lo apurabas, en toda su existencia, se había topado con una obstinación semejante. Nunca nadie se había atrevido a desafiarlo como ella lo hacía. Tenía ganas de agarrarla por los hombros y sacudirla, algo de lo que su ex le había acusado en más de una docena de entrevistas —otra mentira más que añadir a la montaña que había ido acumulando en los últimos meses—, por lo que, para evitar convertirse en algo que no era, se apartó de ella, cogió la camiseta y empezó a ponérsela con movimientos bruscos.

De pronto, notó el calor de la mano de Sam en su hombro y se quedó muy quieto. Pese a que era la primera vez que ella lo tocaba sin un fin terapéutico, volvió a notar esa extraña corriente de energía que brotaba de sus dedos. Se volvió hacia ella.

—Perdona —se disculpó una vez más—. No puedo evitar insistir cuando lo que está en juego es importante, y te aseguro que estos niños son muy importantes para mí.

Sus disculpas y, sobre todo, la sonrisa tímida que las acompañó, hicieron que el enfado de Bruce se evaporara al instante.

—Está bien. Haremos como si no hubiera pasado nada y tú no volverás a sacar el tema. ¿Prometido? —Sam asintió—. Nos vemos mañana.

Terminó de ponerse las zapatillas y se dirigió a la puerta, pero antes de alcanzarla su voz lo detuvo.

—Ross...

Él se volvió a mirarla una vez más.

—Mucho me temo que a pesar de mis promesas seguiré insistiendo.

—Se encogió de hombros; esta vez su sonrisa era deliciosamente pícaro—.

Va en mi naturaleza

Bruce puso los ojos en blanco y salió de la cabina meneando la cabeza pero, por una vez, cerró sin dar un portazo.

## CAPÍTULO 6

Autobús: 245\$

Entradas a la piscina: 45\$

Helados: 17,70\$

Pelotas nuevas: 120\$

Papel del WC: 8,46\$

Sam cambiaba de montón las facturas de los gastos de la semana según los iba anotando en la hoja de cálculo. La lista de gastos era interminable mientras que la hoja con los ingresos seguía siendo absolutamente ridícula. Que los niños pudieran jugar —¿y por qué no ganar? — la competición interestatal les daría una publicidad inmejorable, y con ella, estaba segura, llegarían nuevos ingresos en forma de patrocinio. Ingresos que revertirían en mejoras de las instalaciones, en becas y en la atención a los más necesitados.

—Ingresos que serán imposibles de conseguir sin un entrenador. Si ese... cabezota de Bruce Ross no fuera tan... cabezota.

—¿Con quién hablas?

Sam dio un brinco en la silla.

—¡Lisa! Casi me matas de un susto. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Eso mismo te pregunto a ti. ¿Qué estás haciendo aquí? Hace un buen rato que me dijiste que te marcharías pronto.

—Ya sé lo que te dije, pero luego me acordé de que no te había entregado unas facturas y me puse a...

Lisa cogió otra silla y se sentó a su lado.

—Te pusiste a hacerlo tú misma. Déjame a mí que yo termino antes.

—¿No tenías una cita con Fred? ¿Qué tal ha ido?

—Genial. Un gran tipo Fred. Buen hijo, buen hermano, serio y formal. Demasiado formal para mi gusto. —Le guiñó un ojo a Sam—. Lo he mandado a casa con su madre antes de lo previsto.

—Está claro que esto del amor no está hecho para nosotras —rio Sam, mirando la pantalla del teléfono móvil que acababa de iluminarse.

—¿Algo importante?

—Tonterías de jugador de baloncesto. No me importa estar de guardia por si alguno de ellos se lesiona en sus ratos libres, pero sí tener que aguantar algunas de sus bromas infantiles.

—No me cuentes lo que te mandan: vídeos supuestamente graciosos, frases con doble sentido e imágenes subidas de tono.

—Fuera de tono diría yo. A veces pienso que más que un fisio algunos necesitarían una plantilla entera de psicólogos. ¿Qué demonios hacen enviando estas cosas al grupo que compartimos fisios y jugadores para emergencias?

—Igual es que alguno de tus compañeros les sigue el juego. El tal Bruce Ross, ¿también envía cosas?

—Debe de ser el único del que no he recibido nada esta noche. Está todo el equipo en una fiesta que ofrecen los de Nike en el Albert at Bay Suite Hotel y han debido de servir varios litros de cerveza porque están desatados.

Lisa le arrebató el teléfono de las manos.

—¡A ver, déjame ver! ¿Hay alguno ligero de ropa?

—¿Quieres verlos desnudos? Si tú eres de las que dices que lo importante de un hombre es su cerebro y no su cuerpo.

—Bueno, sí —respondió Lisa, poniendo el móvil a buen recaudo para que Sam no se lo quitara—. ¡Hala! ¿Es este Erik Visenko? ¡Vaya tiarrón! Parece más un vikingo que un ruso. ¿Y este, quién es este dios?

Sam vio por encima del hombro de su amiga la imagen de un morenazo descamisado y con todos los abdominales expuestos.

—Es Sergio Ríos.

—¡Es lo que yo llamo una buena belleza latina! Está para comérselo, empezando por la tableta de chocolate. ¡Sí, señor!

—¡Lisa! —la reprendió a pesar de la gracia que le hacía ver a su amiga emocionada ante tanto cuerpo masculino—. Venga, dame el teléfono y vamos a seguir con la lista de facturas.

—Ha vuelto la Samantha seria y responsable: se acabó la diversión — Lisa le tendió el móvil con una mueca.

Un nuevo mensaje entró en ese momento.

—Déjame ver. Puede que sea algún aviso urgente.

—Si te reclaman en la fiesta, ¡yo voy contigo de asistente!

Sam soltó una carcajada.

—Aquí mi asistente de aceites, Lisa —dijo con sorna, apartándose un poco. Por muy divertidos que fuesen algunos de los mensajes, no dejaba de ser un grupo de trabajo con información delicada sobre el estado de salud de los jugadores.

Al mirar la pantalla vio que era un vídeo. Un vídeo con poca luz, muchas risas masculinas y un murmullo constante en aumento. La grabación estaba hecha dentro de unos baños. Parte del equipo de los Ottawa Owls estaba dentro. Sam pudo identificar a Storm, a Teopolous, a Pruitt y a Ríos, entre otros, formando un círculo alrededor de un jugador que comenzó a mover las caderas ante las expresiones de ánimo de sus compañeros. «Hazlo, hazlo, hazlo, hazlo». Y el tipo se bajó los pantalones e hizo lo que le pedían: enseñó el culo a la cámara. Estaba de espalda a ella, pero esos hombros y esos glúteos duros como rocas eran claramente identificables. Al menos para ella: los había visto y los había tocado, los conocía como nadie. El tonto de Bruce Ross.

—¿Qué es? ¿Por qué pones esa cara? —Lisa se acercó lo suficiente como para ver el trasero masculino moviéndose de forma sugerente—. ¡Vaya culo! Sam, por favor, ¡déjame verlo!

Pero Sam se apartó de ella un poco más, sin dejar de mirar el vídeo. En la última imagen, Bruce se volvió y se vio perfectamente quién era el dueño del trasero «más bailón» de la fiesta.

—Espera un segundo —dijo mientras se pensaba si debía enseñárselo a Lisa. Podía ser delicado para la imagen de Bruce, de los jugadores y del club.

—Venga, Sam. No seas así... déjame echar un vistazo rápido. ¡Te prometo que seré una tumba! Vamos, mujer... Hazle ese regalo a una amiga desesperada y aburrida de tíos insulsos.

Sam sonrió ante la cara de niña angelical con la que su maquiavélica amiga pretendía engatusarla.

—Está bien. Puedes mirar pero no tocar, y el vídeo se acabará cuando yo diga.

Sam se sentó a su lado y pulsó el símbolo de inicio en la pantalla del móvil. Conteniendo la risa, oyó las expresiones fuera de tono de su amiga al admirar el cuerpo de su paciente, y poco antes de que el vídeo mostrara el rostro de Bruce, lo detuvo.

—Pero, ¿quién es ese semidios? ¿A quién pertenece ese trasero que parece esculpido por Miguel Ángel?

Sam soltó una gran carcajada.

—Se dice el pecado, no el pecador.

—¿Es Visenko? ¡Dime que es él! ¡Me encanta ese hombre!

—No puedo decir nada. Suficiente tienes con que te he enseñado el espectáculo sin cobrarte entrada —dijo, al tiempo que guardaba el móvil en el bolso. De pronto pensó que si ese vídeo se difundía, alguien se iba a frotar las manos de gusto—. Esto vale una pequeña fortuna.

Su amiga la miró con los ojos como platos y asintió.

—Y que lo digas...

—Se acabó por hoy. Vamos a terminar con estas facturas y nos vamos a casa.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes alma de aguafiestas?

—Yo también te quiero, Lisa —le guiñó un ojo.

≡ ≡ ≡

—¡Tíraselo, Gary!

—Pero...

—¡Que se lo tires he dicho! Voy a hablar con él, así que espábilalo.

El cubo de agua helada cayó sobre la cara de Bruce, que se despertó de golpe con un alarido.

—¡Qué co....!

Alguien lo agarró por las solapas y lo sentó de un tirón. Entre la

neblina pudo distinguir la cara desencajada de Scott Truman, el dueño de los Ottawa Owls.

—¿Sabes lo que has hecho? ¡¿Lo sabes?!

Truman lo soltó y Bruce casi se desploma de nuevo. Se agarró a la pata de una mesa, que se balanceó con su peso. Gary Palson, el entrenador del equipo, le dio la mano y lo ayudó a levantarse.

—¿Qué ha sucedido? —balbuceó mareado y dolorido.

—¿Que qué ha pasado?! ¡Casi organizas un cataclismo y ni siquiera te acuerdas! Quítame a este tío de delante, Gary, antes de que lo mate o le ponga la carta de despido ante la cara.

Bruce no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. Tampoco de dónde se encontraba. Solo sabía que le dolía la cabeza como si cien demonios estuvieran bailando sobre ella.

—Pero qué...

Scott volvió a cogerle por las solapas de la camisa y pegó la cara a la suya.

—Los de Nike quieren retirar el patrocinio al equipo por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

Scott lo soltó de nuevo

—Cuéntaselo tú, Gary —dijo y se sentó en una butaca con aspecto derrotado.

—Has montado un número de tres pares de narices. Te has emborrachado, has intentado ligar con la subdirectora del hotel, has llamado imbécil al representante de Nike en Canadá, has dicho que las zapatillas de la equipación son unas «zapatillas de mierda» y se las has tirado a la cara. Has gritado a los cuatro vientos que tu exnovia no es más que una furcia buscavidas y aprovechada. Y, por si eso no bastara, ¡dejaste que tus compañeros te grabaran en un vídeo con el culo al aire! ¿Quieres que siga?

Bruce se tambaleó y se dejó caer en el sillón enfrente de donde Scott controlaba las ganas de mandarlo al otro barrio o, al menos, a otro equipo que no tuviera nada que ver con el suyo.

—No, gracias, no hace falta.

—Nos ha costado más de una hora de tensas negociaciones que Nike no retirara el patrocinio. Hemos tenido que prometer a su representante que acudirás al psicólogo del equipo.

Bruce se levantó de golpe.

—Yo no...

—Siéntate, Bruce —ordenó el entrenador. —No vas a ir, aunque Scott cree que deberías. Tanto él como yo sabemos por lo que estás pasando: las lesiones, tu edad, esa modelo que airea vuestra relación por la televisión...

—Yo no tengo la culpa de que esa mujer...

—Ya no eres un crío, Bruce. Tienes treinta y dos años.

—Y el contrato a punto de expirar —Scott terminó de apuntillarlo con esa concisa aclaración.

Gary trató de calmar un poco los ánimos.

—Eres un buen jugador, Ross, y el capitán del equipo. Siéntete merecedor de los valores de los Ottawa Owls y de los logros que has obtenido durante tu carrera. Tu imagen está ya bastante deteriorada. ¿Quieres empeorarla más aún?

El tono del entrenador era el de un padre decepcionado, pero el rostro de Scott Truman decía a las claras que si hubiera sido por él, le habría dado una patada allí donde más dolía.

Bruce apretó la entrepierna solo de pensarlo.

—Como aparezca un solo comentario negativo sobre los Owls en un medio de comunicación, sea cual sea, tendrás que llamar a otra puerta a pedir de rodillas que te contraten. —El dueño del equipo se dirigió hacia la puerta del salón donde le habían escondido, lejos de miradas ajenas—. El señor Kowalski está esperando una disculpa —dijo antes de cerrar la puerta de un portazo.

—¿Quién es ese tipo?

—El representante de Nike. Y te espera en la sala de al lado, junto a su equipo de confianza.

—¿Me estás diciendo que tengo que disculparme delante de un montón de tíos? ¿Te puedes hacer a la idea de lo humillante que es eso? Como salga de aquí y alguien lo difunda ahí fuera, apareceré en todas las televisiones bajo el titular: «Bruce Ross es un capullo como dice su ex y se humilla públicamente».

—¿Puedes hacerte a la idea del dineral que perderemos si no lo haces? Si eso ocurre, olvídate de negociar tu ficha y, de paso, les dices a tus compañeros que se olviden también de las tuyas. Así que ahora mismo te tragas el orgullo, sales y haces el paripé ante el representante de Nike. Esperemos que nadie se vaya de la lengua. Tampoco a ellos les interesa que

esto trascienda.

—¿No tengo otra salida?

—No, no la tienes —le contestó el entrenador mientras abría la puerta—. Y otra cosa, Bruce: como vuelvas a aparecer con otra actuación tan lamentable como la de anoche en la televisión, la prensa o en las redes sociales, seré yo mismo el que te dé esa patada y te abra la puerta de salida del estadio.

## CAPÍTULO 7

Cuando el despertador sonó, Bruce lo apagó sin contemplaciones. Llevaba un rato despierto en la cama, revisando en el móvil una vez más las noticias de los medios deportivos, a la caza de alguna información sobre su «gloriosa» actuación la noche anterior. Una última búsqueda en Google le confirmó que no había salido nada y respiró tranquilo. No entendía cómo le había afectado tanto el *gintonic* que se bebió. Hacía mucho, mucho tiempo — desde sus años universitarios, exactamente— que no se emborrachaba de esa manera en la que ni se reconocía. ¿En qué estaba pensando?

Tumbado boca arriba, extendió los brazos todo lo ancho de la cama y miró al techo, preocupado. Su vida era un desastre en todos los sentidos, pero quizá el que más le preocupaba era el ámbito profesional: no solo tenía una lesión que amenazaba su futuro deportivo, sino que además, se había permitido el lujo de ponerse en contra a las dos personas que más respetaba en los Owls, el entrenador Gary y a Scott Truman.

Estaba jodido.

Se palpó el hombro por si notaba algún dolor extraño. Lo rotó despacio, hacia atrás y hacia delante. No sintió nada, el hombro estaba bien.

«Menos mal», suspiró.

En cualquier caso, si esa información llegaba a los medios, estaría

acabado. Ya no habría nadie que dudara de la campaña de desprestigio que había emprendido Megan contra él. Y a partir de ahí, cada aspecto de su vida se vería afectado por el efecto dominó. Se estaba empezando a arrepentir de su negativa a ofrecerle a su ex una succulenta suma de dinero a cambio de silencio, tal y como le había recomendado su abogado al principio. Tal vez si hubiera aceptado no se encontraría ahora en esta lamentable situación. Y sin embargo...

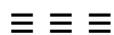
Bruce fijó los ojos en el único trofeo que había en la habitación, una pequeña copa dorada sobre una peana de madera con una inscripción que se sabía de memoria: «Esfuerzo, sacrificio, honestidad, valor. Ottawa High School Championship 2000». El trofeo de su primera victoria en el instituto, cuando ganaron la liga juvenil frente a sus eternos rivales del St. Mathews. Esas cuatro palabras de su entrenador de entonces, el señor Johnson, resonaban en su cabeza desde entonces.

—Si tú no crees en ti mismo, ¿quién lo hará? —le había dicho el día en que dudó si aceptar ser capitán del equipo—. Tu palabra y tus acciones son lo que te definen. Esa es la única verdad. No dejes que nadie te la arrebatte.

Por eso rechazó la propuesta de su abogado. Pagarle a Megan era como aceptar que ella tenía razón, que sus acusaciones eran ciertas y que tenía algo de lo que avergonzarse. Y no era así. Podía cometer errores como cualquier persona, pero no era un capullo. No le faltaba a nadie al respeto, ni trataba mal a las mujeres. Eso nunca. De pronto, se acordó de sus palabras al representante de Nike la noche anterior y no tuvo más remedio que rectificar: casi nunca.

Necesitaba pensar, ver las cosas en perspectiva y comenzar a tomar decisiones. Quizá debería tomarse unos días de descanso lejos de la ciudad y del tufillo tóxico que le rodeaba. De pronto, le vino a la cabeza el rostro impassible de Sam y eso le hizo recordar... pegó un bote en la cama al comprobar la hora del móvil.

«Mierda. Lo que me faltaba. No puedo llegar tarde a la sesión de fisio con Sam o se acabó».



Samantha se embadurnó las manos con aceite de rosa mosqueta, como

hacía siempre antes de comenzar su jornada laboral. Al entrar en las instalaciones, había notado un ambiente extraño en el gimnasio. Demasiado silencioso, sin bromas de mal gusto ni risas burlonas.

«Hum. Qué extraño», pensó.

Repasó el cuadrante colgado en el corcho de la sala del equipo de fisios. Después de su cita con Bruce le habían asignado la rutina de estiramiento muscular con Ríos y, a mediodía, estaba fijada su reunión semanal de seguimiento con Otto. Y aún no había redactado el informe de evolución del capitán para el jefe.

Preveía un día largo y complicado. Se metió una manzana en el bolsillo de la bata y se dirigió a la sala de masajes. Al abrir la puerta, se encontró a Bruce medio desnudo, sentado en la camilla. ¿Por qué no podía evitar quedarse sin aliento de la impresión cada vez que lo veía así, medio desnudo, como si fuera un hombre cualquiera y no su paciente? No tenía buena cara, lo cual no le extrañaba después de la juerga que se corrieron la noche anterior. El vídeo con el que tanto había disfrutado Lisa era buena prueba de ello.

—No traes muy buen aspecto, Ross. ¿Has podido dormir o vienes directo de la fiesta de anoche? —le preguntó con un poco de sorna. ¿Quién le reprocharía que aprovechara esas raras ocasiones que le brindaba la suerte para divertirse un poco?

—¿Tú qué crees? —refunfuñó Bruce, en su línea.

Sam se acercó lo suficiente como para mirarle el interior de las pupilas con gesto muy profesional, olfateó su pelo aún húmedo —lo cierto es que olía muy bien, a menta o algo similar— y revisó la camisa limpia y planchada que había dejado colgada en la percha.

—Que te ha pasado por encima algo parecido a una apisonadora... y lo has disfrutado.

Los ojos azules se clavaron inmutables en los suyos.

—Olvídalo —masculló mientras se tumbaba boca abajo en la camilla.

Sam rio, divertida.

—Imposible. ¿Sabes la de veces que mi amiga Lisa ha visto el vídeo de tu *strip-tease* trasero? —le provocó.

Bruce se giró alarmado con gesto serio.

—¿Qué vídeo?

—Uno en el que apareces como dios te trajo al mundo. ¿No te acuerdas?

—¿Quién más ha visto el vídeo? —dijo con aspereza, sin contestar a su pregunta.

—Todo el equipo de fisios, incluida yo —respondió, despreocupada, al tiempo que se preparaba para empezar—. Lo tenemos en el grupo de *whatsapp* «Fisios de guardia» que compartimos con vosotros. No me digas que...

Bruce bajó la cabeza, desesperado. Por supuesto que no lo sabía. En ese grupo no entraba más que cuando necesitaba algo urgente de Otto, Sam u otro fisio.

—Dime que no se lo has enviado a nadie.

Sam detuvo, bajó el rostro a la altura de su cabeza y lo miró a los ojos con dureza.

—¿Por quién me tomas, Ross? Soy una profesional. Sé exactamente para quién trabajo. Siempre soy muy escrupulosa con la información del equipo que comparto con personas ajenas al club.

—Has dicho que tu amiga Lisa ha visto el vídeo.

—Mi amiga Lisa ha visto hasta donde podía ver. Y te puedo asegurar que es imposible que sepa a quién pertenece ese trasero desnudo.

Bruce volvió a hundir la cabeza en el agujero de la camilla.

—Está bien, está bien. Disculpa. Sinceramente, no sé cómo se me pudo ir tanto la mano. ¡Solo bebí una copa!

—¿Una copa? ¿A qué hora?

—No estoy seguro... debían ser las... ¿nueve?

Sam se quedó pensativa unos segundos.

—No debiste beber. El medicamento que estás tomando contiene carisoprodol y está contraindicado con el consumo de alcohol. La mezcla de ambos es muy peligrosa para la salud y es posible que actuaras, en cierto modo, como si estuvieras drogado.

—¿Y por qué nadie me lo advirtió? —preguntó furioso.

Eso mismo pensó ella, pero se mordió la lengua y guardó silencio. Luego, posó las manos templadas en su espalda y comenzó a masajear con suavidad. Lo oyó exhalar con fuerza a al notar la presión sobre su piel. Ella no era la responsable de los medicamentos, pero Bruce tenía razón: alguien debería habérselo dicho.

—¿Sam? —insistió.

—No lo sé, Ross —respondió en voz baja.

Lo oyó resoplar.

—No estoy orgulloso de lo que hice ayer, pero tal vez podría tener una pequeña justificación ante Gary y Scott si demuestro que no fue completamente culpa mía; que no me pasé con el alcohol; que lo que me llevó a actuar así fue una mala reacción a consecuencia de una mezcla de la que desconocía los efectos.

—Es posible.

Él alzó la cabeza y se volvió hacia ella con más brusquedad de lo que aconsejaba su postura. Hizo una mueca de dolor antes de volver a su posición inicial.

—¿Es posible? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Necesito que me ayudes con esto, Sam. Es importante. Debes hablar con Otto y explicárselo.

«Sí, podría hacerlo», se dijo Sam. «A él le salvaría el culo y...».

Echó una ojeada rápida al redondo montículo marcado bajo la pequeña toalla blanca que lo cubría y no pudo evitar recordar la forma de esos glúteos perfectos y apetecible que había visto moverse en el vídeo al son de un tarareo sensual.

«Céntrate, Samantha», se recriminó.

Bien, pues «centrada» en el asunto, pensó que ella podría hacer lo correcto y salvarle el cuello. Seguro que él le daría las gracias de manera efusiva y luego... ¿qué? ¿Qué pasaba con lo que necesitaba ella? ¿Acaso se le había olvidado que llevaba toda la semana pidiéndole por-fa-vor que entrenara a sus chicos?

—¿Qué me estás pidiendo exactamente, Bruce?

—Te estoy pidiendo que me ayudes —replicó él, con semblante tenso.

—Ah. ¿Quieres decir que te ayude igual que tú me ayudaste a mí con mis niños de la asociación? —preguntó ella con el tono de una dulce chica inocente.

Esta vez Bruce levantó la cabeza y la miró fijamente. Ella notó un breve vuelco en el estómago al enfrentar la profundidad de sus ojos azules y pensó que, en otras circunstancias, en otra vida, en otro universo tridimensional tal vez habría podido perderse en ellos.

Pero no ahora. Ahora, estaba negociando.

Se sostuvieron la mirada un buen rato hasta que, al fin, el capitán esbozó su sonrisa más brillante, capaz de iluminar estadios enteros.

—Eres implacable.

—Seis horas a la semana repartidas en tres tardes —resumió ella con rapidez—. Hasta el final de la temporada, dentro de seis semanas. Los sábados por la mañana debes reservarlos para los partidos. Suelen celebrarse en distintas localidades alrededor de Ottawa, así que te sumarás al equipo y viajarás en la furgoneta adaptada que tenemos. No podemos pagarte nada pero, al menos, te invitaremos a comer los sábados tras el partido. Menú de cadete, nada de excesos.

Él fingió pensárselo, pero Sam sabía que no tenía opción.

—Hablarás con Otto y con Gary. Les explicarás lo ocurrido —replicó Ross en su turno de negociación—. No pretendo que me quites toda la responsabilidad, simplemente que tengan la información necesaria antes de juzgarme con severidad. Con eso me basta.

—¿Tenemos un trato? —Sam le tendió la mano aceitosa.

El capitán de los Owls se incorporó en la camilla hasta sentarse erguido, dispuesto a cerrar el pacto con toda la solemnidad que este requería.

—Sí, señorita Riley. Tenemos un trato —afirmó estrechándosela con un firme apretón.



Bruce se resistía a soltar la mano de Sam. Nunca la había visto tan contenta y tan... deslumbrante. Incluso vestida con el horrible uniforme sanitario que utilizaban los fisios del club estaba bonita.

—¿Es necesario que firmemos un acuerdo? —bromeó. Tenía ganas de hacerla sonreír todo el tiempo.

—¡Por supuesto! —respondió muy seria, sorprendiéndolo—. Nos lo exige la ley de voluntariado estatal. Si vas a ser nuestro entrenador, debemos firmar algo parecido a un contrato que regule nuestra relación.

—¿Un contrato? Espera, espera... eso debería consultarlo con mi abogado y mi representante.

—¿Lo dices en serio? Por favor... —Sam miró al techo con gesto de desesperación y le dio la espalda para colocar las toallas en su sitio.

—Lo digo en serio, Sam. No estoy en condiciones de meter la pata. De hecho, creo que es preferible que esta colaboración con vuestra asociación se lleve con la máxima discreción. Podría verse como algo feo y oportunista. Un intento de lavar mi imagen con esos chicos frente a las acusaciones que está lanzando Megan.

—¡Pero es algo que te honra!

—No. No quiero que a nadie se le ocurra pensar, ni por un segundo, que lo hago en beneficio propio —hizo una pausa midiendo sus palabras, necesitaba explicarse muy bien ante ella—; no soportaría que se viera como una contracampaña mediática para recuperar mi reputación cuestionada. — Solo de pensarlo, se le revolvía el estómago—. Quiero que esto quede fuera de los medios de comunicación, Sam. Si no, no hay trato.

Era consciente de que se la estaba jugando a una carta muy alta. Lo cierto era que los motivos por los que había aceptado entrenar a esos chicos no habían sido del todo desinteresados, necesitaba recuperar parte del respeto que le tenían Gary y Scott, pero no dejaba de ser un asunto interno, algo que se quedaría dentro del club. Le importaba más lo que pensarán sus compañeros y colegas que cualquier cosa que pudieran decir su exnovia o los medios de comunicación. De eso se ocuparía en breve. Debía ir paso a paso si quería salir de ese agujero negro en el que se había metido a conciencia.

—Como quieras —la oyó decir. Al mirarla, creyó percibir en sus ojos un brillo que no supo distinguir si era de diversión o de respeto. Sea como fuera, le gustó—. Intentaremos que tanto los niños como las familias sean discretas. Vas a ser nuestra estrella secreta, el secreto mejor guardado de los KidsOnWheels. Bienvenido, entrenador.

—KidsOnWheels, ¿eh? Me gusta cómo suena, jefa.

## CAPÍTULO 8

De pie en mitad de la cancha, Bruce examinó a sus doce jugadores con los brazos en jarras y el ceño fruncido. Eran chicos de unos doce o trece años que le devolvían la mirada con la misma desconfianza. Sam acababa de hacer las presentaciones y lo había dejado solo ante el peligro. Y ahora, ¿qué?, se preguntó cada vez más incómodo. Sin embargo, tenía que decir algo si no quería parecer un estúpido, así que carraspeó unas cuantas veces y su voz profunda resonó en el gimnasio:

—Como ha dicho Sam, soy Bruce Ross, capitán de los Ottawa Owls, y voy a entrenaros durante lo que queda de temporada. —Volvió a carraspear con fuerza—. ¿Alguna pregunta?

Uno de los chicos, muy rubio, con pecas en la nariz y al que le faltaba la parte inferior de las dos piernas levantó la mano.

—¡Bruce Ross! —Los ojos azules brillaron maliciosos cuando se volvió hacia sus compañeros—. ¿No es este el pringado que obligaba a su chica a llevarle la bandeja del desayuno a la cama con una flor, cada día de un color?

Salvo un par de niños, el resto estalló en carcajadas que se fueron apagando al ver la expresión peligrosa del hombre alto que se dirigía a ellos.

Bruce puso los brazos en jarras y dirigió toda su atención hacia el que

había hablado. El chico tragó saliva.

—¿Tu nombre?

—Tom Summers.

—Tom Summers, entrenador Ross.

—Tom Summers, entrenador Ross —repitió el chico, obediente, perdido por completo el aire desafiante que había exhibido hasta entonces.

—Bien, Summers, escúchame bien y vosotros también porque no pienso volver a repetirlo —recorrió con la mirada a cada uno de los componentes del equipo que, de inmediato, irguieron la espalda contra el respaldo de las sillas—. Aquí se viene a jugar baloncesto, a respirar baloncesto y a hablar solo de baloncesto, ¿entendido?

—Sí, entrenador Ross —repitieron al unísono.

—Bien. Aclarado este punto, quiero ver de lo que sois capaces. Cada uno de vosotros correrá —volvió a aclararse la garganta, pero los chicos no parecían haberse percatado de su metedura de pata— desde la línea de fondo hasta la de 6,75 y tirará a canasta. Quiero un promedio de aciertos de dos de tres, mínimo. ¡En marcha! —Bruce cogió el silbato que llevaba colgado del cuello y sopló con fuerza.

Sam, en su papel de ayudante del entrenador, le pasó una pelota a cada niño y estos se apresuraron a empujar las sillas hasta la línea de fondo.

Mientras repetían el ejercicio una y otra vez, Bruce se puso al día con los nombres y los grados de minusvalía de cada uno de los componentes del equipo. Sam los conocía muy bien a todos y se le iluminaban los ojos cuando hablaba de cualquiera de ellos.

—El número cinco es Miguel Morante y el tres es Jeff Norton. — Bruce vio a un chiquillo muy delgado al que le costaba empujar la silla de ruedas. El chico conservaba las dos piernas, pero estas eran de un diámetro inferior al de la muñeca de su entrenador—. Sufrió un accidente de coche hace dos años; iba con sus padres y ambos murieron en el acto. Después de aquello, se sumió en una grave depresión pero, según la psicóloga que lleva su caso, desde que está en el equipo ha hecho grandes progresos.

Ahora fue el turno de Bruce de tragar saliva mientras pensaba que habría preferido estar casi en cualquier otro sitio que en esa cancha de baloncesto. Siempre había sido una persona atlética y deportista; había crecido y seguía viviendo rodeado de tipos de su misma condición. No estaba acostumbrado a tratar con críos y menos con unos que arrastraban problemas

de semejante gravedad. Su sola presencia lo ponía nervioso.

Sam debió de adivinar su estado de ánimo, porque se apresuró a comentar:

—Lo has hecho muy bien, Bruce. Salvo por ciertos problemas físicos, son niños normales y corrientes. Has usado el tono adecuado; mis chicos odian que los mimen y que se compadezcan de ellos.

Era la primera vez que se dirigía a él por su nombre de pila y le gustó. Su aprobación también lo reconfortó; se había sentido como un hijo de perra al dirigirse a ellos en ese tono, pero si algo había aprendido a lo largo de su vida de deportista era que la disciplina y el respeto hacia el entrenador eran primordiales.

—Esa silla parece demasiado pesada para él —dijo sin apartar los ojos de Jeff.

—Son sillas un poco antiguas. El presupuesto no nos da para mucho y tuvimos que comprarlas de segunda mano hace ya unos cuantos años. Llevan tantas reparaciones, con piezas que a veces hay que adaptar porque no son las originales, que los chicos presumen de que están tuneadas.

—Hum. —Bruce frunció el ceño, pero no dijo nada.

El entrenamiento se prolongó más de una hora y, cuando el sonido del silbato señaló el final, los chicos se dirigieron al vestuario, agotados y sudorosos. En cuanto se apagó el ruido de las risas y las conversaciones, Sam se volvió hacia él, sonriente.

—Parece que están contentos con el nuevo entrenador.

Con un movimiento delicado, se apartó la gruesa trenza del hombro; un gesto que la había visto hacer docenas de veces, y Bruce tuvo que contenerse para no extender la mano y retirarle de la cara un indisciplinado mechón que había escapado de su encierro.

—Más les vale, porque tienen entrenador Ross para rato —afirmó con severidad, y ella soltó una carcajada que le iluminó el rostro. Se la quedó mirando embobado un buen rato, hasta que Sam empezó a pasarse las manos por el pelo y por la cara con cierta inquietud.

—¿Pasa algo? ¿Tengo algo en el pelo? ¿Una mancha en la nariz?

Bruce hizo un esfuerzo para apartar los ojos de ella y negó con la cabeza.

—No. Nada. Solo estaba pensando.

—Y ¿qué era eso tan serio en lo que pensabas? —bromeó.

Pero Bruce no tenía ninguna intención de decirle que estaba pensando que, cuando reía, se convertía en la mujer más bonita que hubiera visto jamás.



—No le prometo nada, señora Morante, pero tengo una buena corazonada con esta beca. —Sam cerró la carpeta con el expediente del niño y miró con cariño a la mujer mayor sentada ante ella. Toda ella destilaba sencillez y pulcritud. Una dignidad difícil de pasar por alto. La señora Morante se había hecho cargo de su nieto cuando su hija murió y el padre se desentendió. Nadie imaginaría jamás los sacrificios que había tenido que hacer esa mujer para sacar adelante al pequeño—. Los responsables de la fundación se quedaron impresionados con Miguel. En cuanto sepa algo, la avisaré, no se preocupe.

—Dios la oiga, señorita Riley. Si alguien puede ayudar a mi nieto, es usted —dijo la mujer levantándose despacio de la silla.

—No diga eso. Todos creemos en él, usted la que más. Sin su cariño y su apoyo, este chico no sería así.

Sam acompañó a la señora Morante hasta la puerta de acceso al recinto de la pista. El entrenamiento había terminado hacía un rato y los niños ya se habían marchado; solo quedaban allí Miguel y Bruce, quien se había acomodado en una vieja silla de ruedas de adulto e intentaba seguir al chico en su carrera a lo largo de la cancha, sin alcanzarlo.

—¡Canasta! —gritó el chico cuando el balón se coló por el aro.

Bruce movió la cabeza en señal de derrota y sonrió con evidente admiración antes de chocar los cinco con él.

—¡Miguel! ¡Es la hora! —le llamó su abuela desde la puerta.

El niño la saludó muy contento, se despidió de Bruce e impulsó su silla con energía en dirección a la salida.

—Ha sido un tiro impresionante —dijo Sam cuando pasó a su lado, alborotándole la espesa mata de pelo negro—. Si sigues así, vamos a tener que presentarte al equipo paralímpico de baloncesto.

El rostro del chico se iluminó.

—Yo lo que quiero es llegar a ser entrenador, como el entrenador Ross.

Sam se rio, divertida.

—¿En serio? Pues si eso es lo que quieres, lo conseguirás. En la asociación no nos vendría nada mal ficharte como entrenador y que nos echaras una mano de vez en cuando. ¿No le parece, señora Morante?

—Mi niño va a poder hacer todo lo que quiera en la vida. Es muy listo y muy bueno —respondió ella mirándolo con evidente orgullo. Y Sam estaba de acuerdo. Miguel Morante era un chico excepcional: inteligente, animoso, luchador, carismático... Su enfermedad degenerativa no le impedía lograr lo que se propusiera, por difícil que fuese, y ayudaba a sus compañeros en lo que hiciera falta. Tenían mucha suerte de contar con él en el equipo.

Sam los observó alejarse juntos por el pasillo y luego se volvió hacia la cancha, donde Bruce recogía los balones desperdigados.

Llevaba tan solo una semana con los chicos y ya se los había metido en el bolsillo. Cada vez que tenía tratamiento de fisioterapia con alguno de ellos, no oía hablar de otra cosa que no fuera lo que «molaba» el nuevo entrenador. Que si el entrenador Ross decía esto, que si el entrenador Ross decía lo otro...

El primer día lo había acompañado como ayudante durante el entrenamiento para que pudiera familiarizarse rápido con el equipo. El segundo día se quedó sentada un rato en las gradas a observar cómo se desenvolvía solo el famoso *entrenador* con los niños. Salió de allí impresionada: el capitán de los Owls se había presentado ante el grupo de doce chicos sin ningún alarde. Les había contado cómo llegó él, un chico solitario, torpe y más bien tímido, a convertirse en capitán del equipo de baloncesto el instituto. Sam supuso que muy poca gente conocería esa historia del pequeño Bruce Ross.

«No fue fácil. Nunca lo es —lo oyó decir mientras miraba con fijeza a los niños que lo rodeaban con sus sillas de ruedas, escuchándolo con atención—. Ni para vosotros ni para nadie. Hay muchas formas de discapacidad: la vuestra puede que esté en las piernas; otros la tienen en su interior, en su forma de ser, en la actitud o en el modo de afrontar la vida. Es lo que diferencia a unas personas de otras. Y vosotros, eso, ya lo tenéis ganado».

Sam se emocionó al escucharlo. Le tocó de lleno el corazón y una cálida corriente de gratitud le llenó el cuerpo.

Y eso no fue todo. Bruce se interesó al detalle por la situación de cada uno de los niños, les preguntó por sus dolencias con la mayor naturalidad, sin

esas muestras de compasión que tanto rechazo generaban entre los chicos, y luego les pidió que le mostraran sus habilidades en la cancha, uno por uno, haciéndolos sentir importantes. Sam se dio cuenta de que se había documentado a fondo sobre el baloncesto en silla de ruedas antes de llegar allí. Conocía las limitaciones y las claves del juego, los movimientos de silla que debían dominar, las características que necesitaba de los jugadores.

Oh, sí. Bruce Ross había hecho muy bien sus deberes. Después de eso, a ella también la tenía en el bote, aunque trataba de disimularlo con una buena dosis de educada indiferencia.

Así que, sí. Le había causado impresión verlo sentado en la silla de ruedas, moviéndose con dificultad por la cancha detrás de Miguel.

Sam avanzó hasta la zona del banquillo y recogió un balón.

—Ha sido admirable lo que has hecho —dijo, jugueteando con la pelota.

—¿Qué he hecho? —preguntó él, sin dejar de guardar el material.

—Sentarte en la silla, jugar con él en igualdad de condiciones.

Bruce le dedicó una pequeña sonrisa de extrañeza.

—Ah, eso. No ha sido nada. Lo he hecho para entender bien cómo se mueven y así poder dirigirlos mejor. Los que son dignos de admiración son ellos. —Se detuvo en mitad de la pista y la miró—: ¿Sabes lo duro que es recorrer la cancha a esa velocidad, controlando la silla y el balón al mismo tiempo? Yo ahora lo sé y te aseguro que no tienen nada que envidiar a los jugadores de los Owls.

—Sé lo que sufren estos chicos y lo que se esfuerzan. Y sé que no todo el mundo habría aguantado el reto de ser su entrenador. —Ella se acercó hasta él botando la pelota contra la tarima—. Me tienes impresionada, Bruce Ross.

Él la miró fijamente y su boca se distendió despacio en una bonita sonrisa.

—Eso debe de ser algo bueno, viniendo de ti, jefa.

—¿Cómo que «viniendo de mí»?

—Nunca hasta ahora te había oído decirme algo... positivo o agradable.

—¡Eso no es cierto! —exclamó ella con tono de incredulidad. Intentó hacer memoria rápidamente de todas las cosas buenas que le había dicho desde que comenzó sus sesiones de tratamiento con él—: Te he dicho que

estás progresando muy bien.

—Mi lesión en el hombro progresa bien, sí.

—Y... —Hizo una pausa para pensar. ¡Tenía que haber algo más!—: Y que tienes una constitución corporal envidiable.

—Ajá.

—Y... —Por más que se esforzara, eso era todo. No había más. En eso consistía lo de mantener una educada indiferencia, ¿no? Sam le lanzó el balón con un bote picado—. De acuerdo, tienes razón. No he sido demasiado amable contigo.

—Eso está mejor. —Una sonrisa satisfecha atravesó los brillantes ojos azules mientras giraba la pelota sobre el dedo índice.

—Aunque tú tampoco me has dado muchos motivos para ello...

—¿Cómo que no? —Bruce le pasó de nuevo el balón.

—Llegaste de mal humor. —Sam botó el balón—. Quisiste quitarme de en medio —otro bote—; gruñías constantemente sobre mi camilla... —Un bote más.

—¡Venga ya! —exclamó él, con un gesto de exageración—. Me pintas como si fuera un ogro. Reconoce que en las primeras sesiones no fuiste nada delicada conmigo.

—¿Delicada? ¿Quieres delicadeza? ¿Tú? —Sam le lanzó la pelota y él la agarró en el aire, haciendo gala de sus buenos reflejos.

—Sí, no estaría mal un poco de sutileza por tu parte, para variar. Te he observado: te llevas bien con todo el mundo, gastas bromas, te aprecian, te ríes, te preocupas por la gente, eres afectuosa con todos... menos conmigo. ¿Es por algo que he hecho o que no he hecho? ¿Qué problema hay? ¿Te resulto antipático? ¿Desagradable? ¿Odioso?

Sam soltó una carcajada, incómoda. ¿Cómo podía pensar así? ¿Tan mal se había comportado?

—¡No! ¡Para nada! Eres un buen tipo, Bruce. En serio, mucho mejor de lo que la gente cree por ahí.

De pronto, el cuerpo masculino se puso rígido; las manos detuvieron el jugueteo con el balón.

—Ah. Así que de eso se trata. —Esbozó una sonrisa resignada y le tiró la pelota con desgana—. Crees que soy como mi exnovia me ha retratado en los medios de comunicación.

—¡Por supuesto que no! —exclamó casi ofendida, pero al ver su

expresión escéptica, no tuvo más remedio que aceptar la verdad—: De acuerdo, tal vez al principio, sí. Un poco. Pero luego no. Luego... —La imagen del cuerpo desnudo de Bruce tendido sobre la camilla se le apareció con nitidez en la cabeza. Se humedeció los labios de manera inconsciente y volvió la vista a él sin saber cómo terminar la frase.

Algo se removió bajo sus pies. Notó cómo la observaba con atención, en silencio. Los ojos azules se posaron en su boca unos segundos y después se deslizaron con descaro por su figura curvilínea, como si él también tuviera alguna que otra imagen suya en la cabeza.

—Luego... —la animó a continuar Bruce con voz seductora.

Una lucecita roja de alarma comenzó a parpadear de forma intermitente en su cabeza y Sam regresó de golpe a la realidad del momento. Pero ¿a qué estaban jugando? ¿Estaba loca? Bruce Ross era su paciente, jugador del club donde ella trabajaba y el entrenador de la asociación. Lo que menos le convenía en esas circunstancias era fantasear con ese tío. Al menos, no delante de sus narices. Quizás más tarde, cuando se hubiera acostado entre las sábanas después de un largo día y necesitara liberar estrés. Entonces, tal vez podría fantasear un rato con él. Mientras tanto...

—Luego accediste a ser entrenador de mis chicos y te has ganado todo mi aprecio y mi respeto, Bruce —zanjó ella con aplomo. Lanzó el balón hacia el saco abierto en el suelo y lo encestó de forma limpia—. Y ahora deberíamos irnos. Se ha hecho bastante tarde y no quiero que mañana me echés la culpa de tu cansancio.

El capitán le dedicó una sonrisa enigmática.

—Es posible que el después del «duro trabajo» que realizo como entrenador, necesite una sesión doble de tus manos mágicas.

—Ni lo sueñes, Ross.

## CAPÍTULO 9

Era sábado y ese día los KidsOnWheels jugaban su primer partido con él como entrenador. La furgoneta que los llevaba al colegio en el que se disputaría el encuentro, a cinco kilómetros de la ciudad, retumbaba con las risas, los gritos y las canciones de los excitadísimos jugadores.

Sam iba al volante y Bruce se había sentado a su lado mientras revisaba los últimos detalles tácticos, tratando de concentrarse en medio de aquel jaleo.

—Estos niños no se callan ni debajo del agua —gruñó Bruce con fingido mal humor.

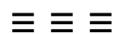
En realidad, después varios días entrenándolos, había descubierto que los críos le gustaban mucho más de lo que pensaba; incluso disfrutaba de su nuevo papel de entrenador. Cuando había hecho aquel trato con Sam, se había resignado a pasar unas semanas infernales, pero la verdad era que se estaba divirtiendo mucho. Les había puesto algunos videos de los mejores partidos de los Owls para que se fijaran en ciertos aspectos del juego, y ahora lo miraban como si fuera un héroe. Tanta admiración resultaba halagadora, pero no era por eso por lo que le gustaba pasar tiempo con ellos. Le divertía su entusiasmo, su alegría incombustible pero, sobre todo, le admiraba ese modo que tenían de luchar hasta el último aliento, que hablaba alto y claro de

todas las batallas a las que se habían enfrentado y habían superado con nota en su corta vida.

—La verdad es que tienes razón, son insoportables. —Sam giró un poco la cabeza y gritó—: ¡Ahora, chicos, todo el mundo a cantar el himno de los KOW!

Empezó ella y el resto se sumó en un concierto ensordecedor, y algo desafinado, que hizo que Bruce se tapara los oídos con las manos. Miró a Sam con una sonrisa. Su presencia tenía mucho que ver con los buenos ratos que pasaba con el equipo. Había descubierto muchas cosas de su fisio en esos días: ya sabía que como fisioterapeuta era excepcional —el hombro cada vez le dolía menos y había empezado con una rutina suave de entrenamiento, algo que tan solo unas semanas atrás parecía imposible—, pero como persona era increíble.

Sam era la chica para todo de la asociación —ayudante del entrenador, administrativa, «conseguidora» de patrocinios, traumatóloga del equipo, animadora profesional...—, y siempre con una cálida sonrisa en los labios sensuales. Los niños la adoraban y él... Bruce detuvo aquella línea de pensamiento de manera abrupta, sintiéndose incómodo. Vale, él también la apreciaba bastante, claro está, pero tampoco había que exagerar.



—¡Bien ahí, Tom! ¡Jeff, baja a defender! ¡Olé, Miguel, buen tapón!

Bruce se desgañitaba desde la banda. Iban empatados y solo quedaban dos minutos para el final. Los KidsOnWheels llevaban una racha un poco irregular, por lo que ganar ese partido era fundamental para elevar la moral del equipo.

Tom, el capitán, se puso en una sola rueda, un movimiento que habían ensayado varios centenares de veces en los últimos días, y apuntó al aro, pero antes de poder lanzar la pelota, se oyó un crujido, y el niño y la silla que, como marcaba el reglamento, llevaba bien sujeta a los muslos con unas correas, volaron por los aires.

Un segundo después de que el árbitro parara el juego, Sam ya estaba arrodillada junto a Tom.

—¿Estás bien, Tom? —preguntó Bruce en cuanto llegó a su lado.

—Ha sido la maldita silla. —El chico con los ojos inundados de

lágrimas la golpeó, rabioso—. Si no se hubiera roto, estoy seguro de que habría encestado.

En ese momento se acercó el árbitro.

—Tienen cuatro minutos para tratar de reparar la silla. Si no lo consiguen, tendrá que salir otro jugador.

A pesar de los esfuerzos combinados, fue imposible arreglar la rueda y Bruce se vio obligado a sacar a Donald mientras Tom, magullado y lloroso, se quedaba en el banquillo. Donald luchó con toda su alma, pero carecía del talento del capitán del equipo y, cuando el árbitro pitó el final del partido, los KidsOnWheels perdían por cuatro puntos.

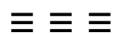
El regreso fue muy distinto de la ida. Los niños iban en silencio y Tom, con los ojos enrojecidos fijos en la ventanilla, se negaba a hablar con nadie.

—Qué mala suerte. Si solo la silla hubiera aguantado un poquito más... —Era la misma frase que Sam no había dejado de repetir desde que se subieron a la furgoneta—. Espero que Ringo pueda arreglarla; si no, tenemos un serio problema.

Ringo, un ingeniero jubilado, era el encargado de los temas mecánicos del equipo. Bruce no contestó y Sam se volvió a mirarlo.

—Como sigas frunciendo el ceño de esa manera, se te va a quedar un surco entre las cejas.

Pero él se limitó a soltar un gruñido y cerró los ojos para pensar sin distracciones en la idea que se le acababa de ocurrir.



—¡Sam, ven a ver esto! ¡Corre!

Sam, que acababa de llegar de la ciudad deportiva, soltó el abrigo en la primera silla que encontró y, asustada por los gritos de Lisa, corrió hacia la cancha en la que entrenaban los niños cuando llovía temiéndose lo peor.

—¿Qué pasa? ¿Los chicos...? —empezó a preguntar sin aliento, pero se detuvo en seco al ver lo que Lisa señalaba con el dedo.

Sobre la desconchada cancha multipropósito del gimnasio de la asociación, doce sillas de ruedas a estrenar, cada una de un color más brillante que la anterior, se alineaban en una hilera perfecta. Boquiabierta, Sam observó aquel increíble despliegue durante unos segundos, antes de

volverse hacia su amiga.

—¿De dónde...?

Pero Lisa se limitó a encogerse de hombros y a mover la cabeza a uno y otro lado.

En ese momento, se oyó el sonoro golpeteo de las puertas del vestuario contra la pared; la inconfundible señal de que los niños habían terminado de cambiarse. Como de costumbre iban haciendo carreras y, cuando los primeros en llegar vieron las sillas, el techo del viejo gimnasio estuvo a punto de venirse abajo con sus alaridos. Al instante, los doce miembros del equipo las rodearon sin dejar de anunciar a voz en grito cada uno de sus nuevos descubrimientos.

—¡Son chulísimas!

—¡El armazón es de titanio! —chilló Tom, que acababa de levantar una de las sillas con una mano, sorprendido por su ligereza.

—¡Qué pasada!

—¡Tienen todos los colores del arco iris! —Miguel parecía aturdido ante tanta belleza.

Tom volvió la rubia cabeza hacia Sam y Lisa que contemplaban aquel sonoro entusiasmo con una gigantesca sonrisa.

—¿De verdad son para nosotros?

Los otros niños dejaron de gritar, ansiosos por conocer la respuesta. Por sus caras, se notaba que no les hubiera extrañado recibir una negativa.

Lisa sacó un sobre del bolsillo del pantalón y se lo tendió a su amiga.

—Lo he encontrado encima de una de las sillas.

Sam lo abrió con dedos temblorosos; era una simple nota escrita a máquina y no había firma. En silencio, leyó el contenido dos veces antes de hacerlo en voz alta:

—Para los KidsOnWheels: las mejores monturas para los mejores jinetes.

El griterío jubiloso estalló una vez más, y Sam notó el cosquilleo de una lágrima al resbalar por su mejilla.

—¿Sabes quién puede estar detrás de todo esto? —Lisa, perpleja, gritó para hacerse oír por encima del barullo que armaban los chicos.

Sam esbozó una sonrisa temblorosa y contestó:

—Creo que tengo una ligera idea.

## CAPÍTULO 10

Bruce miró por undécima vez en el último minuto el tablón luminoso: KidsOnWheels 34- Goulbourn Team 36. Perdían por dos malditos puntos y apenas quedaba tiempo para un par de jugadas más.

—Vamos, Jeff, pásala, pásala, a Miguel, a Miguel, ¿no ves que está más adelantado? —mascullaba en voz baja sin dejar de mover la pierna derecha con nerviosismo. Los dos partidos anteriores los habían perdido, así que estaban casi obligados a ganar este si no querían quedarse descolgados, definitivamente, de la clasificación en el campeonato—. A Donald, a Donald, lo tienes detrás de ti. Gira, gira, gira la silla...

Sam detuvo el movimiento inconsciente con una palmada en su rodilla.

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte? Lo tienen controlado, lo están haciendo de maravilla.

A Bruce se le iluminaron los ojos.

—¿Verdad que sí? —Se levantó de un salto—. ¡Donald, ahora! —gritó como un poseso.

La pelota voló por el aire y entró en el centro del aro. La red apenas se movió. Los gritos de los jugadores llenaron la cancha. El público jaleó la canasta a pesar de ser el equipo rival.

—¡El rebote! —continuó Bruce gritando—. Aún queda medio minuto. ¡El rebote!

Sam vio cómo Tom se hacía con la pelota, se apoyaba en una única rueda y hacía girar la silla en un trompo para evitar que se la quitaran. El resto del equipo evitaba a los jugadores contrarios, que tardaron unos segundos en organizarse para bloquear la jugada. Pero ya era tarde. Tom se la pasó a Jeff, unos metros detrás de él. Jeff a Miguel. Miguel a Sean, que se la volvió a pasar a Miguel. Para entonces Tom ya se había adelantado y recibió la pelota sin que la defensa contraria pudiera evitarlo.

El reloj digital avanzaba segundo a segundo hacia el final del partido. «Diez, nueve, ocho, siete, seis...». Miró a la cancha. Tom había lanzado ya. «Cinco, cuatro...». La pelota botó en el aro, rebotó de nuevo, golpeó el hierro por tercera vez. «Dos, uno...» Entró.

La sirena del final del partido fue el sonido más maravilloso del mundo.

Los chicos gritaron y alzaron los brazos. Estallaron de felicidad. Sam y Bruce se levantaron al unísono.

—¡Bravo, bravo! ¡Bien! —Saltaban y aplaudían como locos.

Bruce la abrazó. ¿O fue ella quién lo abrazó a él? Se miraron un momento y, después, Bruce la besó. ¿O fue ella quién lo besó a él?

Sam y Bruce se miraron confusos por lo que acababa de suceder entre ellos, pero nadie parecía haberse dado cuenta.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! —gritaban los chicos, emocionados.

Corrieron al centro de la cancha y compartieron su alegría; Sam, abrazándolos uno a uno y Bruce, chocando las palmas con las suyas.

—¡Sois unos campeones!

Tom no podía estar más exaltado.

—¡Por fin, lo hemos logrado! ¡Por fin!

—¡Somos unos campeones!

Los espectadores comenzaban a abandonar las gradas, pero todavía quedaban algunos jugadores del equipo rival en la madera. Sam puso un poco de cordura en aquella locura.

—Vamos a tranquilizarnos. Ha sido maravilloso lo que habéis hecho, pero ahora vais a comportaros con cortesía y a despediros de los rivales.

Algunos de los chicos rezongaron un poco al interrumpir la

celebración, pero en seguida empujaron las ruedas de sus sillas y se dirigieron hacia el equipo contrario.

Sam y Bruce se quedaron solos sin saber qué decirse, como si no se conocieran, como si no se hubieran besado hacía unos segundos.

Bruce tenía las manos metidas en los bolsillos y miraba al techo, en un intento de no cruzar la mirada con ella. Sam se lo agradeció porque la situación la había dejado un poco —¿bastante?— desbordada.

Al final, fue él quien rompió el silencio.

—Ha sido un partido magnífico.

—Sí, ha sido muy emocionante.

—Han jugado genial.

—Como profesionales.

—Pero no podemos quedarnos en esto. Habrá que ver en qué se puede mejorar.

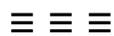
—Sí, claro, habrá que estudiarlo.

Y así continuaron, diciendo obviedades y evitando mencionar lo que había sucedido entre ambos, hasta que los chicos regresaron junto a ellos. Para entonces la cancha estaba casi desierta.

—Y ahora, campeones, al vestuario a daros una buena ducha, que os la habéis ganado.

Bruce entró con ellos en el vestuario. A pesar de la ayuda de los voluntarios, las duchas de los niños llevaban un buen rato, y Sam aprovechó para escabullirse con la excusa de que tenía que despedirse del árbitro y terminar de firmar unos papeles.

—Os espero en el autobús —le dijo a Bruce desde el corredor y se marchó sin esperar la respuesta.



Le llamaban autobús, pero en realidad, era una furgoneta grande, sin asientos traseros, con una gran plataforma y una rampa en la parte trasera por donde los chicos entraban con las sillas de ruedas. A los lados de la plataforma, había unos anclajes en el suelo y los cinturones de seguridad. Algunos, como Miguel y Sean, que podían valerse por sí mismos para caminar, aunque con dificultad, hubieran preferido no viajar en la silla de ruedas. Pero adaptar un vehículo de ese tamaño había sido tan caro que la

posibilidad de añadir un par de asientos más quedaba descartada por el momento.

Sam llevaba un rato sentada al volante, aburrída. El equipo tardaba demasiado. Recordó que, al llegar, la red de las pelotas se había roto y algunas de ellas se habían salido. Había que guardarlas antes de que los chicos llegaran. Se pasó a la parte trasera de la furgoneta, encendió una de las luces laterales y cogió la red. Había recogido dos de ellas cuando notó que alguien intentaba abrir desde fuera sin conseguirlo. Guardó la tercera pelota con los ojos clavados en la puerta, que seguía cerrada.

Al otro lado de la puerta, oyó a Bruce soltar una obscenidad mientras tiraba con fuerza de la manija. Entonces, decidió actuar antes de que aquel grandullón se quedara con media furgoneta en la mano y empujó con todas sus fuerzas. Justo en ese instante, las dos puertas se abrieron y ella cayó en sus brazos. Literalmente. Bruce reaccionó a tiempo y la apretó contra el vehículo para evitar que lo arrastrara hasta el suelo. Sam fue consciente de la situación desde el primer segundo: pecho contra pecho, ojos, boca contra boca y, lo peor, pubis contra pubis.

Bruce parpadeó y luego... le comió la boca. Literalmente.

Y ella, ella gimió bajo aquel beso. Metió las manos en su pelo húmedo —al parecer, Bruce había aprovechado para ducharse también—, apretó los labios con los suyos, enlazó la lengua con la de él, se arqueó bajo sus caricias. Se apretó todavía más. Notó cómo se le erizaban los pezones y un excitante hormigueo descendió desde su estómago. Deslizó las manos por el cuello y los hombros que tantas veces había masajeados. Pero ahora era distinto, notaba sus músculos mucho más sexis, mucho más fuertes, mucho más... excitantes. Y su boca. La lengua de Bruce se enroscaba con la suya. Exigente. Y ella se unió a él en aquel baile de locos, en aquel deseo irrefrenable, en aquel...

De repente, se dio cuenta de que no estaban solos. Los chicos salían del edificio. Sam se separó de un fuerte empujón.

—¡Pero qué...! —se quejó él.

Ella hizo un gesto en dirección a la puerta y Bruce saltó hacia atrás para poner mayor distancia entre ellos. Por suerte los chicos estaban tan emocionados comentando las jugadas decisivas del partido, que no se habían percatado de nada.

Sam se metió en la furgoneta de nuevo y terminó la labor que hacía

cuando Bruce apareció. Sujetó la red en un gancho de la pared, ocupó el asiento del conductor y pulsó el botón de apertura de la rampa. Notaba la boca seca.

—¡Venga, venga, que es tardísimo! —Oyó a Bruce animándolos a subir al vehículo—. Habéis tardado muchísimo. La próxima vez entro con una manguera y os riego, a ver si acabáis antes —bromeó en voz muy alta.

Sam se preguntó si hablaba tan alto porque estaba nervioso y así disimular la situación. Los chicos habían estado a punto de pillarlos *in fraganti*.

—Ataos bien los cinturones —les aconsejó, aun sabiendo que la advertencia no era necesaria. Como Bruce, también se vio en la necesidad de decir algo.

Esperó a que todas las sillas estuvieran bien sujetas y cuando oyó que el portón trasero se cerraba, comenzó a ponerse nerviosa de nuevo. Tenía por delante casi una hora de viaje con él a menos de veinte centímetros.



Bruce no apartaba la vista de la carretera. Era eso o mirarla a ella. Llevaban ya unos minutos en silencio; sin embargo, no se volvió a comprobar si los chicos se habían dormido.

—Están agotados —comentó Sam, como si le hubiera leído el pensamiento—. Demasiadas emociones.

—Sí, demasiadas —dijo él con la vista fija en la carretera.

—Ha sido estupendo.

—Han jugado bien. Se lo merecían.

—Desde que tienen las nuevas sillas, es todo mucho más fácil. Creo que no te he dado todavía las gracias. Muchísimas gracias.

Bruce apenas le echó una mirada fugaz. Ella tampoco lo miraba, pendiente de la carretera.

—No ha sido nada.

—Claro que lo ha sido. Has sido muy generoso. Han debido de costar una millonada. Te diría que la asociación te las pagará, pero no creo que consigamos nunca tanto dinero.

—Mi gestor me ha asegurado que las aportaciones a las fundaciones benéficas desgravan impuestos —mintió. No había comentado nada con su

gestor. Ni siquiera se le había ocurrido hasta entonces semejante posibilidad. Cuando se le rompió la silla a Tom en aquel partido y vio cómo lloraba el niño desconsolado, había llamado a una empresa, había encargado doce sillas y había dado el número de su tarjeta de crédito. Asunto concluido—. Lo he hecho por eso —añadió.

—Ya —contestó Sam en tono seco.

La estrategia dio resultado. Poner distancia entre ellos, esa era su intención. Y ya que no podía separarse físicamente —Sam tenía la costumbre de conducir con la mano izquierda y llevar la derecha apoyada en la palanca de cambios—, era la única manera que se le ocurrió para alejarla de él.

No volvieron a dirigirse la palabra, aunque no dejaban de observarse con disimulo mientras repartían a los chicos por sus casas. Sí las miradas, mientras repartieron a los chicos por sus casas. Aquel día tardaron más que de costumbre porque Sam se entretuvo contándoles a sus padres las buenas noticias, y los de Miguel y Donald se acercaron hasta la furgoneta a felicitar al equipo.

Cuando, ¡por fin!, terminaron la ronda, se dirigieron a la sede de la asociación. Ahora, dejarían la furgoneta en el garaje del edificio y cada uno se marcharía a su casa en su propio coche. «Punto y final». Prefirió no pensar en las innumerables veces que estarían a solas a partir de entonces.

Bruce se bajó de un salto para abrir la puerta del garaje mientras Sam aparcaba en la calle. Luego sacaron los coches, guardaron la furgoneta, cerraron la puerta con el candado y se despidieron.

—Nos vemos mañana en el club. Tenemos sesión.

—Hasta mañana entonces —dijo ella, pero en vez de meterse en su coche se dirigió a la puerta del edificio.

—¿Te vas a quedar?

—Será solo un momento. Enseguida me marchó.

Las ventanas se iluminaron cuando Sam prendió la luz. La puerta se cerró tras ella. Bruce se encogió de hombros y se dirigió a su Porsche rojo. Apenas le había dado tiempo a pulsar el mando cuando se oyó un fuerte chasquido y el edificio se quedó a oscuras. Oyó a Sam chillar en el interior.

Bruce salió a todo correr y llegó hasta la puerta sin aliento.

—¡Sam, Sam! —gritó mientras intentaba abrir la puerta sin conseguirlo—. ¡Sam, Sam! —empujó sin lograr nada—. ¡Maldita sea, Sam, dime si estás bien! ¡Maldita sea!

El corazón le latía con fuerza, como cuando botaba el balón sobre la tarima y retumbaba toda la cancha a su alrededor.

«Piensa rápido, piensa rápido», se dijo mientras evaluaba la resistencia de la puerta acristalada.

No lo dudó demasiado. Agarró la primera piedra que encontró cerca y la estrelló contra el cristal. Sin perder un instante, se quitó el jersey, se lo enrolló alrededor de la mano hasta el codo y, con cuidado, introdujo el brazo por el agujero cortante. Cualquiera que lo viera, no dudaría en llamar a la policía y con la policía llegarían los periodistas, y con los periodistas... los problemas. Su mano alcanzó el pomo. Fue más fácil de lo que había imaginado: lo giró y la puerta cedió con facilidad hacia el interior del vestíbulo.

—¡Sam! ¡¿Dónde estás?!

Permaneció inmóvil un instante, a la espera de oír algún ruido procedente del interior, pero todo estaba en silencio. El pasillo a la izquierda llevaba hacia el gimnasio donde entrenaban; optó por adentrarse en el pasillo de la derecha que conducía hasta la oficina. Encendió la linterna del móvil y avanzó un par de metros aguzando el oído. Notó un crujido suave bajo los pies. Cristales.

— ¡Samantha! ¡Contesta!

Le pareció oír el sonido de una voz procedente de algún sitio no muy lejano. Abrió la primera puerta que encontró y la luz del móvil iluminó el interior de lo que parecía ser un cuarto de material de actividades. Había unas colchonetas apiladas a un lado, unas cintas de colores y un cubo repleto de pelotas de goma.

Y ni rastro de Sam.

Estaba a punto de darse media vuelta, cuando un leve resplandor en el suelo llamó su atención. Dirigió hacia allí la linterna y descubrió una nueva puerta que debía comunicar con una estancia contigua. La abrió despacio y... allí estaba Sam, a la luz de una potente linterna, encaramada a un taburete sobre el que hacía equilibrios por alcanzar el último estante de un enorme armario.

—¿Qué haces ahí subida? —Le espetó alarmado, nada más verla—.  
¿Estás loca?

Sam pegó un respingo y el taburete se tambaleó bajo sus pies. En dos zancadas, Bruce llegó hasta ella y la sujetó por las caderas.

—Sújetame... Ya casi la tengo... —replicó ella, ignorándolo.

Se había alzado de puntillas y su cuerpo entero estaba en tensión, estirado al máximo. Él la sujetó con firmeza, pendiente de sus movimientos y de ese trozo de piel sedosa que asomaba por debajo de la camisa, al final de la espalda. Por su mente pasó, fugaz, el momento tórrido que había compartido apenas una hora antes con esa mujer que ahora tenía entre sus manos. «Céntrate, Bruce. Este no es el momento».

—Déjame a mí. A este paso vas a conseguir que el armario se te caiga encima.

Ella no le hizo ni caso.

—Solo un poquito más...—jadeó.

Con un último esfuerzo, apoyó los dedos en el filo del estante, que de pronto cedió y, con él, dos cajas casi vacías cayeron sobre Sam, que perdió el equilibrio.

Bruce estuvo rápido de reflejos y la agarró en el aire, antes de que el taburete se volcara.

—¡Casi lo tenía! —protestó ella.

—¡Casi te rompes la crisma!

Podía dirigirle las miradas asesinas que quisiera, él sabía que tenía razón. Bruce puso en pie de nuevo el taburete y se subió sin demasiada confianza. Lo único que le faltaba ahora era un accidente «doméstico» que lo dejara lesionado para el resto de la temporada. Dirigió la luz de la linterna al interior del armario.

—¿Qué es lo que necesitas de aquí?

—Hay una caja naranja con una bombilla Led al fondo y un rollo de cinta aislante. Cógelas.

Bruce alcanzó ambas cosas con facilidad y se bajó de un salto.

—Aquí las tienes. —Iba a entregarle a Sam ambas cosas cuando, de pronto, se detuvo y la miró fijamente—: Espera un momento. No estarás pensando en arreglar tú este desaguisado, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Es un simple cable pelado el que ha provocado el apagón —replicó ella, convencida, al tiempo que alargaba el brazo con intención de arrebatarse la cinta aislante.

Pero Bruce la vio venir y sin dudarle ni un segundo, apartó la mano hasta ponerla fuera de su alcance.

—¿En serio pretendes quitarme la cinta? —le preguntó con una

sonrisa incrédula. Chasqueó la lengua en señal reprobatoria y agregó con sorna—: ¿Al gran Bruce Ross, capitán de los Owls?

## CAPÍTULO 11

Los ojos de Sam brillaron con un reflejo travieso.

—Yo de ti tendría cuidado con el hombro, capitán —dijo con voz melosa—, ese tipo de posturas no te convienen...

Él bajó el brazo y sin perder de vista a Sam, se lo llevó a la espalda.

—Vamos a hacer una cosa: si consigues quitarme la cinta aislante, te dejaré hacer lo que tú quieras, sin rechistar.

Ella no se lo pensó ni un segundo. Se arremangó la camisa, lanzó su larga trenza hacia atrás, se frotó las manos como si fuera a lanzarse a un combate a vida o muerte, le apuntó con dos dedos a los ojos y dijo:

—Hecho. Pero no podrás dar más de un paso de donde estás ni levantar el brazo por encima de tu cabeza.

Dios, estaba preciosa con esa actitud guerrera, dispuesta a enfrentarse a él en su propio terreno, pensó Bruce.

—Tienes quince segundos, Riley —le advirtió, mirándola fijamente—. Y la cuenta empieza... ¡ya! Quince, catorce, trece...

Sam buscó sorprenderle en el primer movimiento y se lanzó directa a por su mano. Por suerte, Bruce estaba muy atento: adoptó la postura de defensa, flexionó las piernas, mostró el brazo derecho que sostenía la cinta, ahuecó delante el izquierdo a modo de escudo personal y estudió la postura

de Sam, que hizo un giro audaz en dirección a la cinta... sin éxito. Bruce sonrió entre dientes y continuó su cuenta atrás —... nueve, ocho, siete...

En el tercer asalto ya estaba en condiciones de anticipar la siguiente acción de Sam, así que cuando ella se abalanzó hacia su costado derecho, pivotó sobre su pie izquierdo, a un lado, a otro, la agarró de la cintura inmovilizándola contra su cuerpo y...

—¡Tiempo! —jadeó, al oído de ella.

Los dos se quedaron quietos en esa posición, la espalda de ella contra el pecho de él, mientras recuperaban el aliento. Bruce inhaló el delicioso olor que desprendían sus cabellos y se tensó al notar entre sus brazos el cuerpo relajado de Sam. Al oír su risa entrecortada, fue incapaz de resistir la tentación de hundir la nariz en su pelo y besar con suavidad el punto sensible oculto tras la oreja. Ella se estremeció, y la oyó contener el aliento. Luego, con un suspiro, dejó caer la cabeza hacia atrás, ofreciéndole acceso completo al cuello.

Bruce no lo dudó: depositó una hilera de besos a lo largo de la piel suave de Sam hasta que ella se revolvió entre sus brazos y lo encaró con los labios húmedos entreabiertos. Bruce se dijo que esta vez no sería un beso brusco e improvisado como el de la furgoneta; esta vez quería disfrutar del momento, saborear cada rincón de esos labios carnosos que se abrieron para él con un suspiro casi inaudible. Sus lenguas se entrelazaron y el beso se hizo más profundo, hambriento, exigente.

Él coló los dedos bajo la tela de su camisa en dirección a esos pechos generosos que cada día, durante las últimas dos semanas, había imaginado bajo el amplio uniforme de trabajo.

Y sí... ¡Oh, sí! Eran tal y como intuía: llenos, tibios, turgentes. Se acoplaban perfectamente a la palma de su mano.

—Bruce, quiero... —Sam se apartó de él con la respiración acelerada.

—Sí. A todo. Sea lo que sea —respondió él contra su boca.

La oyó reírse con suavidad.

—Sé que probablemente mañana me arrepienta de lo que voy a decir ahora, pero... En el cuarto de al lado hay unas colchonetas... —susurró muy excitada.

¡Cierto! Las había visto al pasar poco antes de encontrarla.

Sin pensárselo dos veces, Bruce se llevó una mano a la espalda en busca de la manilla de la puerta y empujó con todo el peso de su cuerpo hasta

abrirla, sin soltar en ningún momento a Sam.

—Pero, ¿qué haces? —se rio ella al sentirse arrastrada por la cintura.

—Te cogería en brazos, pero está todo demasiado oscuro como para arriesgarme. Haz una cosa: saca el móvil del bolsillo de mi pantalón y enciende la linterna, por favor. —Se quedó quieto mientras ella palpaba la delantera de sus pantalones sin ningún miramiento. De hecho, se entretuvo unos segundos de más en recorrer la longitud de su pene endurecido, que reaccionó al instante—. Eso no es el móvil. Está un poco más a la derecha —bromeó él casi sin aliento.

—¿De verdad? —Sam encendió la linterna y lo miró a los ojos, provocadora.

A pesar de la escasa iluminación, consiguió ubicar las colchonetas en el cuarto y dirigirse hacia ellas sin pérdida de tiempo. Se dio media vuelta y se agachó despacio hasta dejar sentada a Sam, quien comenzó a desabrocharle el botón y la cremallera del pantalón.

—Túmbate —la apremió. Le quitó el móvil y lo colocó encendido en un rincón del suelo, de forma que, al menos, pudieran verse las caras.

—Desnúdate tú también —le ordenó ella, que, sin la más mínima tardanza, se desabotonó la camisa y se quitó los pantalones hasta quedarse en ropa interior. Luego, se dejó caer de espaldas, vestida solo con unas braguitas y un sujetador de encaje en tono rosa pálido. Bruce se humedeció los labios al contemplarla así, tan deseable, mientras se desembarazaba de su propia ropa.

—Eres preciosa —susurró él tras arrodillarse entre sus piernas.

Ella le devolvió una sonrisa sugerente.

—Tú tampoco estás del todo mal, ¿sabes? —Extendió la mano y recorrió el contorno de sus pectorales musculosos.

Se tendió sobre ella, sosteniéndose sobre los antebrazos, y despacio, frotó su erección contra su sexo húmedo. Bruce hundió la cabeza en la suavidad de su cuello, donde lamió a conciencia cada centímetro de piel hasta la clavícula. Oyó cómo la respiración de Sam se aceleraba mientras la temperatura de ambos cuerpos ascendía por segundos. Ella se arqueó sobre el colchón y hundió los dedos con fuerza en su trasero.

—No sabes la de veces que he soñado con pellizcar estos glúteos tan... mmm...

—¿Glúteos? —inquirió él, divertido.

—Deformación profesional —replicó ella con una sonrisa inocente.

—Creo que estoy en clara desventaja contigo. Conoces cada tendón de mi cuerpo.

Ella volvió a reírse, y él se abalanzó hacia su boca con labios hambrientos. ¡Dios! Le encantaban sus labios, le encantaba su risa, se quedaría embobado mirándola eternamente. De allí, continuó trazando una línea descendente que pasaba por la barbilla y la garganta hasta llegar a los pechos erguidos. Los saboreó con fruición, primero uno, después el otro, al tiempo que hundía un dedo en los pliegues húmedos de su sexo mientras disfrutaba viendo cómo se le erizaba la piel y se arqueaba de placer.

—Bruce... por favor... —Suplicó Sam, tirando de él. De pronto se detuvo y clavó los ojos en los suyos con un cierto brillo de alarma—: Tendrás un preservativo, ¿verdad?

Él hizo memoria rápidamente y, al fin, asintió aliviado. Sí, en la cartera llevaba uno. Y la cartera estaba... agarró los vaqueros y la sacó del bolsillo. Solo había uno, pero esperaba que fuera suficiente. Al menos, ahí y ahora.

Cuando se tendió sobre ella, sus bocas volvieron a unirse. Las respiraciones entrecortadas se acompasaron en un ritmo creciente y un gemido de excitación se escapó de la garganta de Sam cuando él se introdujo dentro de ella y comenzó a moverse lentamente, atento a cada una de sus reacciones.

—Más fuerte, Bruce, más fuerte... por favor... —gritó.

Él se reacomodó, se sostuvo en la colchoneta con un brazo y se hundió profundamente en su interior, llenándola por completo. El sexo de ella se contrajo alrededor de su pene y ambos comenzaron a moverse uno encima del otro con fuerza.

Entonces Sam agarró su trasero y gritó:

—Ya estoy, ya estoy... sigue, sigue más... Oh, sí... ¡por favorrr!

Y en esa última palabra, Bruce contempló extasiado la expresión deliciosa de Sam al alcanzar el orgasmo con una sucesión de espasmos. Esa visión fue suficiente para él, que no pudo aguantar mucho más y, unos segundos después, llegó al clímax del mejor sexo que había tenido en meses. Qué decía meses... ¡En años!

Al terminar, exhaló una bocanada de aire y se dejó caer a su lado. Los cuádriceps le temblaban después de la tensión acumulada, pero se sentía extrañamente pletórico. Una oleada de ternura lo inundó al verla desnuda y

desmadejada sobre la superficie plastificada de la colchoneta, y la atrajo hacia él con suavidad.

Ella suspiró contra su pecho con los ojos cerrados y dijo:  
—Esto sí que ha sido un cortocircuito en toda regla.

## CAPÍTULO 12

No quería pensarlo demasiado. Había ocurrido, y ya está. No tenía por qué acabarse el mundo porque Bruce Ross y ella hubieran sucumbido a la lujuria en un revolcón memorable.

«Muy memorable», pensó ya de regreso a casa, después de que se hubieran despedido a desgana en la puerta del local antes de coger cada uno su coche. Era ya tarde y había refrescado bastante. Él la obligó a ponerse su jersey, el mismo con el que, le explicó, había roto el cristal de la puerta que ahora deberían sustituir.

—Os lo pagaré.

—Ni hablar. Tenemos un buen seguro que lo cubre. Ya bastante has hecho poniendo en riesgo tu valioso brazo de jugador de baloncesto para salvar a una «damisela en apuros» —bromeó ella.

Un brillo de satisfacción atravesó los ojos azules.

—Ha sido un verdadero placer.

En eso no podía estar más de acuerdo. Una sonrisa bobalicona asomó a sus labios al recordar los músculos en tensión mientras empujaba contra ella y la llevaba a alcanzar niveles de placer como nunca antes. Sin embargo, la sonrisa le duró poco porque ese era, precisamente, el problema. El lunes tendría que volver a trabajar a fondo esos músculos y articulaciones, aunque

de otra forma muy distinta a como lo había hecho poco antes, sobre la colchoneta.

Se metió en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. Todavía llevaba el olor de su intensa sesión de sexo impregnado en la piel y necesitaba una buena ducha para aclararse las ideas. Aunque la verdad es que estaban bastante claras:

«Sammy, Sammy... ¿qué has hecho? Te has metido en un gran lío».

¿Cómo iba a continuar con el tratamiento del capitán de los Owls a partir de ahora si, cada vez que lo tocara, ambos tendrían en mente lo ocurrido esa tarde?, se preguntó mientras se desnudaba. Sería una situación muy incómoda para ambos tenerlo tumbado desnudo en la camilla y no comentar nada al respecto.

Se había comportado de una forma muy poco profesional.

Generar un clima de confianza y de respeto entre fisioterapeuta y paciente, y evitar las relaciones personales íntimas, eran las reglas básicas de cualquier profesional sanitario. Y ella acababa de tirar por la borda el duro esfuerzo realizado todos esos años para hacerse un hueco en el difícil mundo de los fisios deportivos.

«Mierda, Sam. Tienes que hacer algo ya», se dijo mientras el agua casi hirviendo le abrasaba la piel.

Hablaría con él. Le explicaría de la forma más amable posible que había sido un momento de debilidad puntual, que no había significado nada más allá de disfrutar de un buen rato de sexo con un hombre que —reconócelo, Sammy—, la había atraído casi desde el primer momento. Y le pediría que mantuviera el secreto. Tendría que confiar en él.

«Podré hacerlo, ¿verdad?», se preguntó al envolverse en la toalla.

Si eso llegaba a oídos de Otto... ¡qué vergüenza! Con lo que le debía de haber costado convencer al club de que incorporase a una mujer en el equipo de fisioterapeutas.

Y si el resto de sus compañeros se enteraba... Un sudor frío le resbaló por la espalda. No quería ni pensarlo. No tendría más remedio que marcharse y habría perdido el respeto que tanto le había costado ganar en su profesión.

Se agachó a recoger la ropa tirada en el suelo. Debajo de los pantalones vaqueros estaba el bonito jersey azul marino de buena lana inglesa que Bruce le había prestado. Lo cogió y se lo llevó a la nariz. Olía a él. Aspiró profundamente y cerró los ojos. En ese momento, no tenía más

remedio que confiar en ese hombre.

—Maldito Bruce Ross. ¿Qué voy a hacer contigo? Espero que no me falles.

≡ ≡ ≡

—¡Bruce! —Abraham Hawke, el abogado que llevaba sus asuntos jurídicos, lo recibió en su despacho con un efusivo apretón de manos—. ¡Me alegro de que hayas podido venir tan rápido!

—Sí, bueno. Ya sabes que, en estos momentos, mi agenda deportiva no está demasiado apretada —respondió, sarcástico.

—¿Cómo va tu hombro?

—Muy bien. Los médicos creen que esta misma semana podré volver a los entrenamientos y si todo va bien, en diez días, estaré listo para jugar.

El abogado asintió, satisfecho.

—Buenas noticias, sí señor. Y eso me recuerda... —Se acomodó en el sillón de cuero negro y revisó las carpetas que tenía ante sí. Escogió una de ellas y la abrió de par en par—. Megan Miles se ha puesto en contacto conmigo. Parece que la querrela criminal que le hemos puesto por injurias y calumnias ha surtido efecto: quiere llegar a un acuerdo.

Bruce se recostó sobre la silla. Eso sí que era una buena noticia.

—¿En serio? No me lo puedo creer.

—Solo pide que accedas a posar para un reportaje en exclusiva en actitud «amigable» que demuestre que habéis superado vuestras diferencias. De esta forma, desmentiría implícitamente todo lo que ha venido diciendo sobre ti en los programas de televisión.

—Ni hablar. No quiero posar con ella, y menos en este momento. Tampoco quiero que desmienta «implícitamente» nada. De hecho, exijo que ella lo desmienta explícita y públicamente. Que reconozca que se inventó esa sarta de mentiras sobre mí.

—¿Por qué no quieres posar con ella en este momento?

Bruce se removió en la silla. Malditos abogados. No se les escapaba ni una. No es que tuviera nada serio con Samantha, pero...

—Puede que haya otra persona por ahí.

Abraham Hawke chasqueó la lengua en señal de fastidio y lanzó el bolígrafo sobre la mesa. Apoyó los codos en la superficie, tomó aire y, con

gran solemnidad, dijo:

—Déjame decirte, Bruce, que eso es lo que menos te conviene en este momento. Tenemos a Megan en nuestras manos. Si aparecen ahora unas fotos o la más mínima información sobre ti con otra mujer, ya no habrá quien la detenga. Le estarás dando munición más que suficiente para volver a la carga y hacer una nueva ronda por cada uno de los programas que desean sacar tajada de vuestra relación.

No había que ser un águila para darse cuenta de que el abogado tenía razón. No le beneficiaría en absoluto que algún *paparazzi* se enterara de que Sam y él mantenían una... lo que fuera. Y, siendo realista, tal vez se estuviera precipitando al pensar que podría haber algo más que un par de noches de buen sexo con Sam. Aunque... lo cierto es que le gustaba esa chica; era bonita por dentro y por fuera, de eso no tenía ninguna duda.

—Tienes razón —admitió—. En realidad, no hay nada. Es solo una... amiga.

—Estupendo. Así es como debe ser. Prométeme que no vas a hacer nada que nos lo ponga más difícil con Megan. Y por nada me refiero a nada de mujeres, nada de fotos comprometedoras, nada de mensajes subidos de tono que terminan en las redes sociales, nada de nada.

—Seré el chico ideal con quien toda madre sueña para su hija.

—Exacto. Nos entendemos perfectamente. Si tú cumples tu parte, yo te prometo que esta «chupasangres» se retractará públicamente de sus calumnias y estará fuera de tu órbita antes de que Justin Bieber cambie de novia por enésima vez.



Sam se impregnó las manos con aceite de aloe y se las frotó durante un buen rato. Quedaban cinco minutos para que llegara Bruce y estaba nerviosa. Planchó con la palma la funda de la camilla, dobló y desdobló las toallas limpias sin darse cuenta, ordenó la pila de revistas sobre la mesa y releyó varias veces el informe de evolución de Bruce sin enterarse de una sola palabra. No sabía qué actitud adoptaría él tras el desliz del sábado y eso le preocupaba mucho, porque su futuro profesional dependía de su reacción a lo que ella le iba a pedir. Odiaba la situación en la que se había puesto ella solita por culpa de un buen polvo.

La puerta se abrió y, antes de que pudiera darse cuenta, tenía ante sí al

imponente capitán de los Owls, como nunca antes lo había visto: vestido de calle, con un blazer verde oliva estilo cargo y unos vaqueros negros que le sentaban mejor que bien. Lo observó alelada mientras se quitaba la chaqueta y dejaba a la vista un polo ajustado que remarcaba la anchura de sus hombros y los elegantes músculos de sus brazos.

Y lo peor es que olía igual de bien que su jersey, al que se había enganchado cada tarde en casa como si fuera una adicta.

—Hola, Sam —la saludó con sonrisa cautelosa. Parecía tan incómodo como ella.

—Espera, no te desnudes todavía —le pidió cuando vio que iba a quitarse el polo allí mismo, sin ocultarse tras el biombo que tenían para ello—. Tenemos que hablar y prefiero que lo hagamos... —echó un vistazo rápido a su figura atlética— en igualdad de condiciones.

Él se acercó a la camilla y se apoyó en ella despacio, sin perderla de vista.

—Claro. Me parece bien.

—Verás... he estado pensando que... No es que seas un mal tío, nada de eso... —Sam observó cómo él cruzaba los brazos sobre el pecho y fruncía el ceño en actitud poco receptiva y decidió rectificar rápidamente—. No, no es eso lo que quería decir. Claro que eres un buen tío, entiéndeme: lo del sábado fue estupendo, me gustas, lo pasé genial, creo que los dos disfrutamos de un buen rato juntos, pero...

—Pero eso es todo —la interrumpió él con una sonrisa algo forzada.

—Sí.

Un manto de silencio cayó sobre los dos y enrareció el ambiente. Parecía como si, de repente, a ambos se les hubiera nublado el día y el humor. O quizá fuera solo una impresión de Sam.

—A mí también me pareces una chica admirable, pero yo tampoco estoy buscando una relación en este momento, sinceramente —dijo él, agarrándose a los bordes de la camilla—. No quiero más problemas de los que ya tengo.

—¡Yo tampoco! —coincidió ella, con alivio exagerado, cuando lo que de verdad sentía allí, de pie ante él, era un pequeño e inesperado agujonazo de decepción en el pecho. En el fondo, esperaba que Bruce pusiera alguna objeción. Que protestara, que se enfadara con ella, que se negara a dejarlo en una simple noche de sexo... Sin embargo, se recompuso y continuó con su

breve discurso ensayado—: Precisamente por eso quería hablar contigo. No es que me arrepienta de lo que ocurrió, pero lo cierto es que, desde el punto de vista profesional, no actué correctamente. Tenemos una relación fisio-paciente de confianza que he quebrantado por culpa de un simple desliz personal.

—Si tú has quebrantado esa confianza, entonces yo también lo he hecho —replicó él con aplomo.

—No es lo mismo... yo soy tu fisio, Bruce.

Ese argumento no pareció gustarle demasiado, porque desvió la mirada y apretó la mandíbula hasta remarcar cada una de sus líneas.

—Sam, no te castigues —dijo con voz neutra—. No somos delincuentes, no somos pecadores, no somos víctimas de nada. Somos dos personas adultas que tuvieron un momento de sexo increíble, divertido y eléctrico, pero nada más.

«Ni nada menos», pensó Sam de repente, como si hubiera tenido una revelación. ¿Cuántas veces había sentido esa conexión tan fuerte con alguien? ¿Era algo que ocurría así como así, con cualquiera que se cruzaba en tu camino? Lo dudaba. Eso solo era posible si había, además, otro tipo de conexiones: emocional, física, psicológica. Y con Bruce, ella sentía ese «algo especial», aunque al parecer, debía de ser la única.

—Nada más. Eso es. —Sam asintió con la cabeza.

—Yo no siento nada por ti y tú no sientes nada por mí —reafirmó él sin mirarla.

—Definitivamente.

—Entonces, estamos de acuerdo —zanjó en tono seco, dándole la espalda.

Sam lo contempló en silencio. Por alguna razón que no terminaba de entender, parecía molesto con ella cuando había sido ella, precisamente, la que se lo había puesto más fácil. ¿Qué más quería? Solo le quedaba una última cosa por aclarar antes de dar por terminada la conversación.

—Te quería pedir —carraspeó—, un pequeño favor. Sé que eres un tipo legal, pero ¿podrías mantener el máximo de discreción sobre lo ocurrido entre nosotros? —Bruce se volvió hacia ella con gesto serio. En sus labios se dibujó una mueca extraña, casi dolorida, que no supo cómo interpretar. Lo cierto era que, por primera vez desde que lo conocía, se sintió intimidada por el brillo gélido de sus ojos, pero prosiguió, deseosa de cerrar el tema lo antes

posible—. No me malinterpretes: no me siento orgullosa de tener que pedírtelo, pero si se supiera, perdería el respeto de mis colegas y de mi gente.

—Jamás hablo de mis intimidades con nadie, Samantha, te lo puedo asegurar —dijo en un tono que no admitía réplica—. Y por supuesto, cuenta con ello. Nadie sabrá nada por mi boca.

—Muchas gracias —dijo en voz baja y se dio la vuelta, no sin antes percatarse de que él se había metido tras el biombo para terminar de desnudarse.

## CAPÍTULO 13

—Esto está mucho mejor —dijo Sam sin dejar de masajearle el hombro—. Creo que ya no será necesario que te vea hasta dentro de un par de semanas.

—¡Un par de semanas! —Bruce dio un respingo en la camilla. ¿No verla salvo en algún entrenamiento de los KidsOnWheels, en los que estaban siempre rodeados de gente? ¿Renunciar al sentimiento agri dulce de esperar con impaciencia el momento de volver a sentir esas manos milagrosas trabajando sobre sus músculos?—. Ni hablar. Un par de semanas son un montón de días. Acabo de volver a entrenar a todo gas y no quiero echar a perder el trabajo de los últimos meses por dejar la fisioterapia antes de tiempo.

Notó que sus palabras la habían molestado y su siguiente comentario se lo confirmó:

—Mira, Bruce, yo no te digo lo que tienes que hacer cuando sales a la cancha, así que te agradecería que tú tampoco me dijeras cómo tengo que hacer mi trabajo.

El tono seco que empleó le fastidió. Lo cierto era que últimamente le fastidiaban muchas cosas. Desde aquella noche en el edificio vacío de la asociación —cuyo recuerdo, por cierto, no lograba sacarse de la cabeza por

más que lo intentaba—, las sesiones de fisioterapia se habían desarrollado en un ambiente bastante tenso. Los dos seguían haciendo como si no pasara nada, pero claro que pasaba. Por supuesto que pasaba. En el fondo se moría de ganas de repetir la experiencia, y no solo de acostarse con ella sino... Pero ¿en qué estaba pensando? Después de las amenazas de su abogado, su ex al fin había empezado a recoger velas. En los últimos programas a los que había sido invitada se había retractado de varias acusaciones y, por fortuna, parecía que el público empezaba a cansarse del tema. Ponerse a salir con alguien y reavivar los celos de su exnovia era lo último que debía hacer en esos momentos. Además, no había olvidado las palabras de Sam cuando volvieron a verse al día siguiente; de hecho, aún le taladraban el cerebro.

«Claro que eres un buen tío, entiéndeme: lo del sábado fue estupendo, me gustas, lo pasé genial, creo que los dos disfrutamos de un buen rato juntos, pero...».

«Un buen tío», pensó asqueado. «Me gustas. Lo pasé genial. Hemos disfrutado de un buen rato juntos, pero... Las típicas excusas que yo mismo usé en innumerables ocasiones cuando era más joven y me despertaba al lado de una desconocida después de una noche de juerga».

En ese momento, Bruce leyó en los bonitos ojos castaños que estaba decidida a cumplir su amenaza, así que adoptó un plan B sobre la marcha.

—No te lo he dicho antes, pero ayer, después de la primera docena de tiros libres, noté muy tensa esta parte.

Señaló con la mano una zona indeterminada que, además del hombro, abarcaba el cuello y parte del pecho.

Sam frunció las cejas.

—¿Aquí? —Masajeó con suavidad la zona del deltoides.

—Sí. No. Un poco más abajo. —Cerró los ojos y susurró con voz ronca—: Ahí. Sí, así, así...

Pese a la cantidad de sesiones que llevaban, los dedos mágicos de Sam seguían produciendo en él un efecto especial. Muy especial. Tan especial que estaba empezando a ponerse cachondo. Con una mano, separó un poco la toalla que le cubría las caderas, para que no resultara demasiado evidente.

—No noto nada. Todo parece correcto.

—No te confíes. Tú mejor que nadie sabes como es esto de las lesiones: un día estás como una rosa y, al día siguiente, te da un mal viento y

te partes por la mitad... —Se dio cuenta de que estaba empezando a decir tonterías y se calló en el acto. Solo esperaba que no se le viera demasiado el plumero.

—Está bien —dijo ella después de un silencio—. Seguiremos un poco más.



Nada más decirlo, sintió un profundo alivio. Sam no sabía a quién quería engañar; había tenido que hacer un esfuerzo considerable para obligarse a decirle que no era necesario que siguieran con las sesiones de fisioterapia. Era verdad que Bruce Ross estaba curado —y tenía claro que eso de los tiros libres solo era una excusa—, pero no podía resistirse a tenerlo unos días más en su poder.

Desde la primera sesión había notado cómo se derretía la famosa estrella del baloncesto en cuanto lo tocaba. No le había sorprendido, muchos de sus pacientes reaccionaban igual al tacto de sus dedos y nunca le había dado mayor importancia. Sabía que había nacido con un don especial que resultaba muy útil en su trabajo. Sin embargo, por primera vez desde que había terminado los estudios, el trato con uno de sus pacientes había dejado de ser meramente terapéutico y se había vuelto mucho más personal.

La verdad era que no podía resistirse a la suavidad de la piel morena que cubría esos músculos que parecían cincelados por un escultor de la antigüedad. Aquella noche en el edificio de la asociación, había conseguido por fin acariciar el resto de ese cuerpo increíble como había deseado desde la primera vez que Bruce Ross, sin dejar de gruñir, se había tendido en la camilla. Ahora el recuerdo de esos momentos no la dejaba ni a sol ni a sombra.

Había actuado de un modo muy poco profesional, poniendo en riesgo su carrera. Por suerte, había recobrado la cordura con rapidez y, por lo visto, a Bruce le había pasado lo mismo. Todavía no podía borrar de su mente lo que él le había dicho al día siguiente:

«No somos delincuentes, no somos pecadores, no somos víctimas de nada. Somos dos personas adultas que tuvieron un momento de sexo increíble, divertido y eléctrico, pero nada más».

«Un sexo increíble. Divertido. Eléctrico. Nada más». Desolada, Sam

movió la cabeza sin dejar de masajear rítmicamente los fuertes músculos del hombre que estaba tendido en la camilla con expresión embelesada.

Estaba claro que era una tonta, porque en su caso había sido mucho más. Para ella no había sido uno de esos hombres con los que pasas un buen rato y luego te olvidas. Ojalá. Estaba claro que olvidarlo no iba a resultar tan fácil. En los últimos meses habían pasado mucho tiempo juntos y había llegado a conocerlo bien. Pese a sus reservas iniciales —la primera impresión que producía Bruce Ross era la de la típica estrella mimada, acostumbrado a que las mujeres cayeran a sus pies sin que él tuviera que hacer el más mínimo esfuerzo. Además, según contaba su ex a todo el que quisiera escucharla, no era más que un repugnante maltratador—; sin embargo, en cuanto había empezado a tratarlo más a fondo, había comprendido que esa imagen era falsa y que, a pesar de ser irascible e impaciente, era un buen tipo. No había más que verlo con los chicos y cómo ellos respondían a su nuevo entrenador no con temor o solo respeto, sino con pura adoración.

Sin darse cuenta, al pensar en Bruce y los niños sus manos se volvieron todavía más acariciadoras, y solo el suave gemido que brotó de la garganta de su paciente la hizo recordar en qué consistía realmente su trabajo. Avergonzada por haberse descontrolado de esas manera, echó un vistazo rápido a su derecha y no se le escapó el revelador abultamiento debajo de la toalla.

Apretó las mandíbulas. ¡Dios, qué tortura! Se moría por subirse encima de él sobre la estrecha camilla y cabalgar al galope hacia el horizonte.

—Cabalgar al galope hacia el horizonte —masculló entre dientes con desdén—. ¿Se puede ser más ridícula? Harías bien en acordarte de lo que te dijo el otro día. Eso de: «Yo no siento nada por ti y tú no sientes nada por mí».

Aunque en su momento había reaccionado con aparente frialdad, aún le dolía el corazón cuando recordaba esas palabras.

—¿Qué has dicho?

—¿Eh? —Estaba tan metida en sus pensamientos, que Sam se sobresaltó al oír su voz. Al comprender que había hablado en voz alta, contestó lo primero que se le pasó por la cabeza—: Ah. No. Nada importante. Estaba... repasando la lista de la compra.

Su paciente frunció esas cejas negras, bien arqueadas, que siempre

que las miraba le daban ganas de repasarlas con la yema del dedo.

—Me había parecido entender algo de cabalgar o de caballos, no sé.

—¡Caballos! —Se rio sin ganas—. No hay nada de eso en mi lista de la compra.

Bruce volvió a cerrar los párpados y, al dejar de sentir su penetrante mirada azul sobre ella, Sam se relajó un poco.

—Bueno por hoy es suficiente.

—¿Seguro? —Bruce abrió un párpado; se notaba que no tenía ningunas ganas de moverse.

—Seguro.

Con un gruñido, su paciente dejó colgar las piernas por un lado de la camilla y estiró los brazos por encima de la cabeza.

Incapaz de apartar los ojos de esos músculos que vibraban bajo la piel bronceada, Sam se quedó contemplándolo embobada hasta que Bruce alzó la cabeza y la pilló *in fraganti*. Permanecieron un rato así. Mirándose en silencio con ojos hambrientos.

Por fin, Sam logró apartar la vista haciendo un esfuerzo supremo y empezó a ordenar los botes que había en la mesita mientras él terminaba de vestirse, decidida a ignorar esa increíble tensión sexual que hacía que el aire de la cabina se volviera espeso. Buscó un tema de conversación que no resultara peligroso.

—El sábado jugamos en Gatineau —dijo sin mirarlo—, habrá que salir con tiempo, porque hay que recoger a dos de los chicos en sus casas. De todas formas, este jueves en el entrenamiento concretamos los detalles.

—De eso quería hablarte —lo oyó carraspear, como si se sintiera incómodo—, este jueves no voy a poder ir al entrenamiento y lo más seguro es que el sábado tampoco vaya al partido.

Al oír aquello, Sam dejó quietos los botes y lo miró por fin.

—¿No vas al entrenamiento? ¿Ni al partido? ¡Es el último del campeonato interestatal! Y te recuerdo que el torneo benéfico de la Fundación Bridgestone es en menos de un mes. Los chicos están jugando de maravilla con las nuevas sillas y ya sabes lo importante que sería para nosotros ganarlo. El premio son diez mil dólares, nada menos. Con ese dinero podríamos dar una buena entrada para comprar una furgoneta nueva, la nuestra se cae a peda...

—Lo siento, Sam —la interrumpió Bruce con brusquedad; era

evidente que no se sentía nada a gusto—. Ya te dije desde el principio que mi prioridad era la liga. En las próximas semanas voy a entrenar a tope, no tendré tiempo más que para comer y dormir. Nos jugamos mucho.

Sam apretó los puños.

—¡Nosotros también nos jugamos mucho!

—Lo sé. Lo sé y créeme que lo siento, yo... —Trató de cogerla de la mano, pero Sam la retiró furiosa.

—Tú no sientes nada por nadie. El único que le importa a Bruce Ross es Bruce Ross.

—Estás siendo muy injusta.

Los ojos azules relucían de rabia.

—¿Injusta? Tú sí que estás siendo injusto al dejar a los chicos tirados.

—¡No los dejo tirados por gusto, es cuestión de prioridades! —dijo Bruce alzando la voz.

—Prioridades, claro que sí. Las prioridades de Bruce Ross ya sabemos todos cuales son: yo, yo y después yo.

—Eso no es cierto, pero se me ocurre una solución. —Con movimientos bruscos, Bruce buscó en el bolsillo de su americana, que estaba colgada de un gancho, y sacó una chequera—. Extenderé un cheque a nombre de la asociación por el valor del premio y así...

Pero Sam no le dejó acabar.

—¡Guárdate tu maldito dinero! —ordenó; ahora eran los ojos castaños los que despedían chispas—. Ni los chicos ni yo estamos en venta.

Bruce apretó los labios hasta que estos formaron una línea blanca y fina.

Sam tragó saliva, un poco asustada; no recordaba haber visto jamás a un hombre tan enfadado. Después de unos segundos que se le hicieron eternos, Bruce dio media vuelta sin decir palabra, salió de la cabina y cerró de un portazo.

## CAPÍTULO 14

—Don Sanders y Richard McAndrews les saludan desde el Little Caesars Arena de Detroit, sede de los Pistons, donde vamos a retransmitir en directo para Sports Channel este decimotercero partido de la NBA. Los Ottawa Owls necesitan ganar hoy si quieren continuar en los Play Off, pero lo tienen muy complicado. La lesión del capitán, Bruce Ross, no les ha favorecido nada. Las dos derrotas de los últimos tres partidos han sido un golpe duro para el equipo de Ottawa, a los que la suerte no ha acompañado este año.

—Sí, Don, seguro que hoy vamos a ver un gran partido. El equipo canadiense tiene jugadores de gran calidad y se van a dejar la piel en la cancha.

—Estoy mirando el banquillo de los Owls y no veo al capitán, a pesar de que se había anunciado su regreso.

—En cambio, en el de los Pistons podemos ver a Griffin y a Brown, que en el último partido contra los Lakers anotaron 14 puntos cada uno, y a Calderón, que logró 11 tantos, incluidos seis triples, seis rebotes y dos asistencias. Un banquillo de lujo que el entrenador Dwane Casey sabrá aprovechar.

—No lo dudes, Richard. Pero... ¡no, fíjate bien! Ahí está el capitán de

los canadienses! Bruce Ross sale al campo ahora vestido para jugar. ¡Gran noticia, señores, Ross regresa a la NBA, recuperado ya de su segunda lesión de hombro en esta temporada!

—¡Suena la sirena y comienza el partido, señores! ¡Gran noche de basket desde Detroit!

≡ ≡ ≡

Sam colgó el teléfono cuando Lisa abrió la puerta del despacho.

—¿Era Bob? ¿Qué te ha dicho? ¿Puede sustituir a Bruce en el torneo benéfico?

—No he podido pedírselo, Lisa. Le he preguntado por Lizzy y casi se echa a llorar. Su hija se ha roto una pierna, su marido está con ella en el hospital y él tiene que hacerse cargo de su esposa y de su nieta durante unos días. ¿Cómo iba a decirle que lo necesitaba desesperadamente?

—Lo que necesitamos desesperadamente son los diez mil dólares del premio que concede la fundación Bridgestone.

—Iré yo —resolvió Sam—. A fin de cuentas, nos vendrá bien hacer contactos con los directivos de la fundación e indagar acerca de sus programas de financiación a entidades sociales.

—¿Le has contado ya a los chicos que Bruce no va a estar allí? —Lisa comprobó la hora en el reloj de su muñeca—. Ayer les dijiste que no era seguro que faltara y el partido es esta tarde a las seis, apenas quedan ocho horas.

Sam se levantó, decidida.

—Voy a explicárselo ahora mismo.

—¡Suerte, entrenadora! —la animó su amiga, con un tono que era todo menos animoso.

Sin embargo, no la hubo. En cuanto Sam informó a los chicos de que al final sería ella quien ocuparía el puesto del entrenador Ross, no hubo gritos de alegría, sino gestos de desánimo; todas las miradas se clavaron en el suelo.

—¡Ey! ¿Qué caras son esas? —preguntó Sam, mirando uno por uno a sus jugadores—. Lo vamos a conseguir, ya veréis como sí. ¡Sois el mejor equipo de basket que ha tenido hasta ahora este barrio! Y si no lo creéis... recordadme: ¿quién ha quedado en cuarta posición en la clasificación del

campeonato interestatal de baloncesto de vuestra categoría este año?

—Nosotros —respondió Miguel en voz apenas audible.

—¡Nosotros! ¡Los KidsonWheels! —exclamó Sam ya metida en su nuevo papel de entrenadora. puntuación del campeonato.

—Pero eso fue porque nos entrenaba Bruce —constató Tom, apesadumbrado, y el resto de los niños le dio la razón entre murmullos de asentimiento.

No iba a ser fácil animarlos, pensó Sam.

—Es cierto que él os ha ayudado a mejorar mucho, pero los que jugabais erais vosotros. Solo tenéis que recordar lo que os ha enseñado estas últimas semanas y hacerlo igual de bien que en los demás partidos —afirmó con entusiasmo—. O ¿es que se os ha olvidado todo de la noche a la mañana?

Los niños se miraron entre ellos, dudaron y algunos, como Tom y Miguel, movieron la cabeza en señal de negación.

—Pero nos dirigía el juego.

—Yo estaré allí para ayudaros. Podemos hacerlo, chicos. —Insistió Sam, con toda su capacidad de convicción—. ¡Venga, campeones, chocad esas manos!

Los chicos se volvieron a mirar entre sí y, al fin, se acercaron a Sam con lentitud y golpearon su palma extendida con algo menos de desánimo.

—Será mejor que no perdamos más tiempo y sigamos entrenando para esta tarde —dijo Tom al resto de compañeros, que le siguieron a la cancha.

—Si necesitáis... Yo puedo...

—No hace falta. Nos acordamos de lo que nos ha enseñado Bruce —la despidió Miguel antes de impulsar su silla de ruedas para reunirse con el grupo.

Sam los observó mientras repetían dos tandas de triples y decidió que, a pesar de lo que dijera Lisa, ella no era de mucha ayuda.

—¿Cómo ha ido?

—Pse.

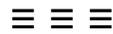
—O sea, mal.

—Peor que mal. Están completamente desanimados.

—¿Por qué eres siempre tan profesional? Podías haber esperado un par de semanas para arreglarle el hombro a Bruce. No sé, unos masajes más

suaves igual habrían ayudado. Si le siguiera doliendo el hombro, no lo habrían convocado.

—¡Lisa! —la reconvino, aunque en el fondo también se lo decía ella a sí misma: con un par de días más de dolor habría sido suficiente.



—¡Bravo! —Bruce jaleó en español el triple de Ríos y este levantó el pulgar en agradecimiento.

Comprobó el marcador: 86-84 a favor de los Pistons a falta de quince minutos para finalizar el partido. Los chicos lo estaban haciendo bien; seguían de cerca a los de Detroit y estos comenzaban a ponerse nerviosos al no poder adelantarse en el marcador.

Hizo rotar el hombro derecho. Ninguna molestia. Sam había hecho un excelente trabajo.

Llevaba todo el día intentando no mirar el reloj, pero no pudo evitarlo. Fue pensar en Sam y la mente se le escapó hasta los chicos y su partido. Calculó las horas que faltaban para que comenzara el torneo benéfico. Ocho horas. Hizo rotar el otro hombro al tiempo que el árbitro señalaba el final del tercer cuarto. El luminoso indicaba 88-88 y Bruce ni se había dado cuenta de que habían anotado de nuevo.

—¿Qué tal vas, Ross? —le preguntó Gary mientras sus compañeros se acercaban al banquillo.

—Perfectamente.

—Prepárate que ahora entras tú. Vamos a probar ese hombro.

Bruce se levantó y se unió a los jugadores.

—Storm, te quedas en el banquillo. El capitán regresa de nuevo —ordenó el entrenador.

El jugador hizo un gesto de disgusto al verse apartado del juego, pero aceptó el descanso. Cogió la toalla que le ofrecía uno de los asistentes.

—A por ellos, Ross —dijo mientras se enjugaba el sudor del cuello—. Te los comerás de un bocado.

Trece horas cincuenta y cinco minutos para el partido de los chicos. Al día siguiente, a primera hora, comenzaba el dichoso torneo benéfico. Se los imaginó ansiosos por que llegara la hora del inicio. Vio la cara de alegría de Sam y escuchó su risa contagiosa mientras les daba ánimos. Y deseó estar

a su lado, agarrarla de la mano y compartir sus nervios. Faltaban trece horas cincuenta y cinco minutos y él estaba muy lejos de Ottawa.

«Sam tardará una hora y media en recogerlos y llegar hasta allí».

—¡Erik, ¿qué estás haciendo cubriendo a Calderón?! Te mueves muy lento, se te escurre como una lagartija. Te quiero más centrado —le recriminó Gary a Visenko.

Bruce no prestó atención a la contestación del pivot.

«Otra media hora para prepararse y calentar. En total: dos horas.

Tienen que estar allí a las nueve y media de la mañana. Saldrán a las siete; un poco antes por si hay algún problema en la carretera. Deberían entrenar al menos dos horas esta tarde y practicar esos tiros libres y el giro con las sillas. Jeff lo hace muy bien, pero Donald... a Donald le cuesta demasiado».

—¡Ross! —Bruce atendió al entrenador que gritaba a su lado—. ¿En qué estás pensando?

Los jugadores estaban ya en el centro de la cancha. Todos menos él. El enorme reloj por encima de las gradas marcaba la hora: 20:17 p.m. Faltaban trece horas y cuarenta y tres minutos.

Bruce pisó la madera con decisión, pero antes de traspasar la línea lateral y entrar en el campo, se volvió:

—Solo te pido un favor, Gary

—¿Pero qué...?

—En cuanto termine el partido, me vuelvo a Canadá por mi cuenta. No espero al resto del equipo. Es un tema personal, necesito estar mañana en Ottawa. —Pero como el entrenador no parecía dispuesto a dejarlo ir, añadió —: Verás, hay unos chicos a los que entreno que...

—¡Ahora no, Ross! ¡Céntrate! —replicó el entrenador, impaciente—. El partido está muy igualado y nos jugamos mucho. Necesito de ti máxima concentración para llevar al equipo a la victoria. No me falles, Bruce. Si lo consigues, puedes largarte cuando quieras y no volver a verme la jeta hasta dentro de dos días.

Bruce echó un vistazo a sus compañeros que se preguntaban qué demonios estaba sucediendo para que no saliera a la cancha. Echó una ojeada rápida de nuevo al reloj: 20:18 minutos p.m. Faltaban trece horas y cuarenta y dos minutos. De dos zancadas se plantó en medio de la cancha dispuesto a darlo todo.

—¡Retomamos un partido que está al rojo vivo, señores! —exclamó

el locutor al ver a Bruce regresar al parqué—. ¡Y nadie quiere perder ni un segundo! Los Pistons se adelantan en el contador, pero los Ottawa Owls vuelan sobre la pista con su capitán a la cabeza para anotar de nuevo. ¡Ra-ta-ta-tá Rossss está en racha! Los de Detroit no consiguen coger ventaja suficiente para respirar y tienen que pelear todos los puntos. ¡Estamos en el último cuarto y el partido está completamente igualado! Nosotros no nos arriesgamos a decir quién será el ganador. ¿Por quién apuestan ustedes?

≡ ≡ ≡

Había comenzado a nevar en Detroit. Bruce masculló un juramento en voz baja. En los vestuarios, había dejado a todos sus compañeros celebrando la victoria contra los Pistons: 101 - 103. Ajustada, pero victoria al fin y al cabo. Bruce respiró con cierto alivio. Lo habían logrado.

—¿No puede ir más deprisa? —preguntó al taxista, que conducía con la velocidad de un caracol.

—¿Con este tráfico y este tiempo?

—Cincuenta dólares extras si me deja en el aeropuerto en veinte minutos. —Le mostró el billete.

—Hecho —aceptó el hombre y pisó el acelerador.

De nada sirvieron los cincuenta dólares ni haberse saltado tres semáforos en rojo. Cuando llegó, colas de viajeros se agolpaban ante los mostradores de facturación. No se preocupó, él no tenía nada que facturar. Se había cambiado de ropa y había dejado toda la equipación en el vestuario con idea de que se la llevaran de vuelta.

—No hay vuelos a Ottawa hasta mañana, señor —le dijo la señorita del mostrador cuando quiso comprar su billete—. Se han cancelado todos debido a la tormenta hasta nuevo aviso.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sabemos, señor. La tormenta afecta a toda la zona del lago Ontario, sobre todo en la orilla de Canadá.

—Necesito regresar a casa esta noche, señorita.

—Tendrá que esperar a mañana para eso, señor —respondió ella, impasible—. O puede tomar el último vuelo a Toronto que sale poco después de la medianoche, pero solo podrá llegar hasta allí.

Bruce se irguió para hacer valer su metro noventa y dos y su sonrisa

más seductora.

—De verdad, señorita, es muy urgente: una emergencia. —Señaló el ordenador—. ¿Puede mirar otra combinación para llegar hasta Ottawa?

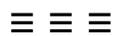
La chica no se rindió a ninguno de los encantos de Bruce y comenzó a teclear mientras él tamborileaba los dedos sobre el mostrador en un gesto de impaciencia. Tardó una eternidad en darle una respuesta.

—No hay ninguna, señor, hoy es imposible volar a Ottawa; no desde Detroit. Solo puedo ofrecerle un billete a Toronto; tendrá que buscar otra manera de recorrer la última parte.

Compró el billete convencido de que encontraría la manera de llegar. Por suerte, no hubo retrasos en el vuelo y, en cuanto abrieron las puertas para el desembarque, Bruce corrió hasta la zona de alquiler de coches. Sacó el carné de conducir antes de que se lo pidieran y diez minutos después estaba al volante de un pequeño utilitario, donde apenas le cabían las piernas y el pelo le rozaba el techo. Era el único que les quedaba. Al parecer, a todos los que se dirigían a Ottawa se les había ocurrido la misma idea que a él.

Era noche cerrada y el GPS del teléfono móvil le indicó que tardaría más de cuatro horas en llegar a Ottawa. Tendría que pisar a fondo el acelerador para recorrer aquella distancia en menos tiempo. Se exponía a que lo detuvieran por exceso de velocidad. Y nevando. Un accidente en aquellas condiciones podría ser fatal. Era una auténtica locura. Podía imaginarse la bronca de Gary como se enterara. Y Scott Truman, el dueño del equipo, lo expulsaría de él. Todavía estaba a tiempo de darse la vuelta y buscar un hotel donde pasar la noche... Cuando salió del Toronto Pearson International Airport la nieve caía con más fuerza que antes.

Bruce sujetó con fuerza el volante y pisó el acelerador.



—Vamos allá —la animó Lisa, que se había empeñado en acompañarlos.

Sam miró hacia atrás y observó las caras serias de los chicos. Que Bruce no estuviera les había afectado a todos más de lo que le habría gustado. Como había dicho Miguel, desde que estaba Bruce habían ganado todos los partidos menos los dos primeros. Ahora se daba cuenta de que para los chicos no era solo el entrenador, sino una fuerza que los impulsaba hacia adelante.

Ellos confiaban en él, pero lo más importante era que él confiaba en ellos. Los chicos lo sabían y eso les daba el ánimo para trabajar cada día más.

Y ella... ella también estaba inquieta. Llevaba toda la mañana con una permanente sonrisa en la boca para levantarles la moral y, sin embargo, tenía un agujero en el estómago. Era como si hubiera perdido algo muy querido.

—Vamos allá —contestó a su amiga con fingida alegría mientras se apeaba del vehículo.

En realidad, se sentía desolada, reconoció Sam al fin. Había tomado la decisión de no continuar con la relación con Bruce. Desde el punto de vista profesional, era lo más correcto. Pero ¿y qué pasaba con lo personal? Trabajaba en la asociación porque le llenaba como persona, disfrutaba con la alegría de los chicos, con sus avances y con sus éxitos. No era trabajo, era personal. Tratar a Bruce era trabajo, sentirse como se sentía cuando estaba con él, era personal. Muy personal.

Se enjugó una lágrima.

«Está claro que el amor no está hecho para ti, Samantha». Respiró hondo y compuso de nuevo su mejor sonrisa antes de abrir la puerta trasera de la furgoneta.

—¡Ya hemos llegado! ¡Hoy vamos a ganar! —los animó antes, durante y después de que descendieran, siguió haciéndolo mientras entraban en el pabellón, desde el fuera del vestuario y mientras se dirigían a la cancha.



Debería haberse parado a comprar unas cadenas en cualquiera de las gasolineras del camino, pero no tenía tiempo. A ratos, la carretera se puso complicada: se cubrió de un manto blanco y el coche patinó varias veces, pero Bruce no redujo la velocidad. A la altura de la localidad de Peterborough, un enorme camión color rojo, con la bandera americana pintada por delante y detrás, lo adelantó. Bruce aprovechó la ocasión y siguió su estela. Las monstruosas ruedas despejaban parte de la nieve acumulada en la autopista, cosa que le venía muy bien. De otro modo, se habría quedado atascado en más de una ocasión. Por suerte, el camionero era un loco de la carretera y circulaba a mucha más velocidad de la permitida. A Bruce no le preocupaban las multas de tráfico. Las pagaría encantado si de ese modo conseguía llegar a tiempo al partido.

Cuando la tormenta se despejó y vio el cartel de la vía Ontario 401 Express, se sintió en casa.

Las cosas parecían haberse encarrilado. No perdió el humor por tener que esperar un cuarto de hora por obras en Oshawa ni cuando lo paró la policía en Belleville ni en el atasco de Kemptville, pero cuando se le pinchó una de las ruedas delanteras a las puertas de la ciudad y vio que apenas faltaban tres minutos para el inicio del partido, apoyó la frente en el volante y dejó escapar un suspiro. Imposible llegar a tiempo. Había fallado a los chicos, había fallado a Sam.

«Se acabó todo».



—¿Adónde vas? —preguntó Sam a Lisa cuando esta le dijo que tenía que salir un momento del pabellón.

—Tengo que atender una urgencia. En seguida regreso. Tú sigue animándolos mientras tanto.

Sam se centró de nuevo en el juego de los KidsOnWheels. En ese instante, Miguel interceptó un pase de los Promenades Basket Team.

—¡Bien, Miguel! ¡Buena jugada!

Pero en vez de girarse y dirigirse al aro contrario a toda velocidad, el jugador dudó y, cuando ¡por fin! decidió que meter una canasta desde aquella distancia era imposible, intentó pasársela a Tom que estaba mucho más cerca que él, pero la pelota no llegó a su destino.

—¡Otros dos puntos a favor de los Promenades! —gritó el comentarista un minuto después.

Después de la jugada, Sam pidió tiempo muerto. Los chicos se miraron entre sí, aliviados.

—Es el tercer cuarto. 20-27 no es una mala puntuación. Todavía queda mucho partido.

—No vamos a ganar —se quejó Sean—. Ellos son muy rápidos.

—¿Y vosotros no? Habéis empezado bien. El segundo cuarto ha sido más flojo, por eso hay que ganar este.

—No podemos equilibrar el marcador en tan poco tiempo.

—¿Cómo que no? Solo tenéis que centraros. Estáis despistados. Miguel, ¿por qué has dudado en la última jugada?

Este se encogió de hombros.

—No sabía si...

—Imagina que Bruce hubiera estado en este banco. ¿Qué te hubiera gritado desde la línea?

—Que lo pasara —contestó Jeff.

—Sí —corroboró Tom.

—Eso es. Se hubiera puesto como un loco y hubiera gritado ¡Pásala! Pues quiero que os imaginéis que él está aquí y que os está chillando como en los otros partidos. Y quiero también que disfrutéis. ¿Quién se está divirtiendo hoy aquí? —Ninguno de los chicos levantó la mano—. Pensad que habéis venido a disfrutar como el resto de los días.

—Si perdemos, nos quedaremos sin la furgoneta nueva —le recordó Miguel.

Sam le revolvió el pelo.

—No os preocupéis por eso. Sé de dónde sacar el dinero —mintió para intentar aliviar la presión.

Por la esquina de la cancha, vio regresar a Lisa seguida de alguien. El árbitro indicó en ese momento que el tiempo muerto había finalizado.

—Y ahora, salid ahí, y pateadles el culo a los de Quebec.

## CAPÍTULO 15

—¡Vamos, chicos! ¡Todos arriba, a defender! —gritó Sam con todas sus fuerzas al ver que el equipo contrario se hacía con el rebote del balón tras el tiro fallido a canasta de Sean. Las ruedas chirriaron y el sonido del metal al chocar las sillas resonó en la cancha—. ¡Esos brazos, remad fuerte!

—¡Árbitro! —Una voz masculina demasiado familiar se alzó a su lado. Giró la cabeza y ahí estaba Bruce, vestido con el chándal oficial de los Owls, haciéndole una seña al colegiado, que corría por el lateral. Él la miró de reojo y le dedicó una sonrisa fugaz antes de volverse a hablar con el hombre—. Perdón por llegar tan tarde. Vengo derecho del hospital para hacerme cargo de mi equipo —mintió con toda naturalidad.

El árbitro lo reconoció al instante y no puso impedimentos. Bruce entró de lleno en su papel de entrenador.

—¡Tiempo muerto!

Samantha parpadeó desconcertada. ¿Bruce? ¡No se lo podía creer! Unos pasos más atrás, Lisa, sentada en el banquillo, le guiñó un ojo, sonriente.

«¡Traidora! ¡Bien guardado te lo tenías!», pensó y se volvió a mirar a Bruce con renovadas esperanzas.

En la cancha, los chicos también se detuvieron unos instantes,

incrédulos, al ver allí a su entrenador. Sus rostros pasaron del asombro a la alegría en cuestión de segundos y su sola presencia pareció insuflarles la energía necesaria para interceptar un balón en el aire y rodar como bólidos hacia la canasta contraria.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Sam cuando recuperó el habla.

—Cogí un avión en cuanto terminó el partido —respondió él, como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Desde Detroit? ¿Estás loco?

Él ni siquiera respondió. Toda su atención estaba puesta en lo que ocurría en la cancha. Sam se fijó en el pelo moreno revuelto, como si no se hubiera peinado en dos días; en las ojeras, en el chándal arrugado. No sabía cómo lo había hecho, ni por qué, pero ahí estaba. A su lado. Junto a sus chicos.

—¡Miguel, cubre al ocho! ¡Al ocho! —gritó Bruce, metido de lleno en el partido—. ¡Sean, bloquea! ¡Bien, chicos, así! ¡Bien, bien! ¡Vamos! —Palmeó con fuerza, animándolos. Los muchachos redoblaron sus esfuerzos, pero aún así, perdieron una pelota que debía haber sido suya. Bruce masculló una maldición antes de girarse a ella y ordenarle—: Cuéntame todo lo que ha ocurrido hasta ahora. Esto va peor de lo que me imaginaba.

Fue como un jarro de agua fría cuando menos se lo esperaba. Lo miró boquiabierto, dudando si responderle o mandarlo de vuelta por donde había venido.

«¿Así que esas tenemos? Nos deja tirados en el momento más inoportuno y resulta que regresa sin avisar y... ¿lo primero que hace es criticarme?».

Toda la ilusión y la alegría de unos minutos antes se vinieron abajo. Así se sentía ella en ese instante: ninguneada por Bruce Ross. No había tenido ni un saludo, ni una palabra de reconocimiento o de ánimo para ella, que llevaba cuatro noches sin dormir y todo ese día, incluido el tiempo del partido, con el corazón en un puño, sufriendo por la suerte de sus chicos.

Bien. Pues si él había decidido adoptar un tono profesional y distante, ella no sería menos.

«Para profesionalidad, la mía», se dijo.

—En el primer cuarto hemos terminado cinco puntos por debajo. Hemos fallado seis canastas y cuatro rebotes, y nos ha faltado capacidad defensiva. En el segundo cuarto, la ventaja ha aumentado a nueve puntos en

los primeros tres minutos y el equipo se ha venido abajo. Miguel es el único que sigue tirando —dijo con voz neutra—. En el equipo contrario, el tipo con el dorsal ocho, Davies, y el tres, Sputnik, son los mejores: son fuertes y veloces, casi imparables. El ocho lleva ocho canastas él solito. Y aquel de allí, Urok, el cinco, es una apisonadora. Por nuestra parte, Tom ha metido cinco canastas y ha dado tres asistencias.

—¿Cuántas faltas personales tenemos? —preguntó sin dejar de vigilar el juego.

—Tres Sean, tres Jeff; Donald y Tom tienen dos cada uno; Andy y Miguel, una —recitó de memoria—. En el equipo contrario, la apisonadora y Sputnik llevan cuatro cada uno y, a este último, ha estado a punto de caerle la quinta. Deberíamos forzársela y quitárnoslo de encima. Nos ayudaría mucho echarlo del partido. Y ese, el número seis, juraría que tiene molestias en el hombro. Se le han escapado dos balones, alguien debería cubrirlo para interceptar algún tiro.

Bruce la miró y, por primera vez, las comisuras de sus labios se alzaron en una lenta sonrisa de admiración. Sam notó cómo el corazón le daba un pequeño vuelco y se volvió hacia la cancha con fingida indiferencia. Si pensaba que podría engatusarla de nuevo con una simple sonrisa encantadora...

—¡Árbitro! —Bruce aprovechó que el balón salió fuera para alzar la mano y recordarle su petición de tiempo muerto.

Un largo pitido resonó en el estadio anunciando el comienzo de la pausa técnica. Las sillas de los jugadores se dirigieron raudas hacia la banda y rodearon a su entrenador. Todos querían chocar los cinco él, emocionados. Sam se rindió: se dirigió al banquillo y se dejó caer junto a Lisa, que le recriminó:

—¿Qué haces aquí? ¡Deberías estar allí con Bruce y el resto del equipo!

—Nah. Bruce es el verdadero entrenador, el único que puede conseguir que ganen. Es mejor así —respondió, ocultando su decepción. Contempló el círculo compacto que formaban los chicos en torno a Ross y escuchó lo que les decía:

—Está bien, chicos. Atentos todos, no hay tiempo que perder. —Sacó la tableta y señaló la pantalla en la que apareció el diagrama de la estrategia que había preparado durante el viaje. En medio del silencio más absoluto, el

entrenador reorganizó las posiciones de los jugadores e indicó las que serían las próximas dos jugadas con el fin de entrar de nuevo en liza por el partido —. Tom, debes dirigir el ataque de forma que Miguel pueda lanzar al aro con facilidad. Necesitamos meter tres canastas antes de que puedan reaccionar. Hay que pillarlos desprevenidos.

Se oyó un murmullo de aprobación. Luego, todos unieron sus manos a las del entrenador para corear su grito de guerra colectivo, pero Bruce los detuvo:

—Sam, ¿se puede saber dónde te metes? —se incorporó, buscándola alrededor hasta dar con ella. Esta se inclinó a atarse los cordones de sus zapatillas, simulando desinterés—. ¡Sam, ven aquí rápido! ¡Necesitamos que nuestra entrenadora suplente se una al grupo! —Y luego se giró a los muchachos y les dijo—: Sin ella no habríamos llegado hasta aquí, ¿verdad, chicos?

El grupo coreó su nombre varias veces y Bruce clavó en ella sus ojos azules con una intensidad difícil de resistir. Sam se levantó y posó la mano sobre la de los niños seguida de la palma de Bruce, que la abarcó por completo con un suave apretón, casi imperceptible.

El tiempo muerto inició su cuenta atrás al mismo tiempo que los KidsonWheels gritaban al unísono:

—Un, dos, tres... ¡Kids!

La bocina los llamó de nuevo a la cancha.

—No te vayas, Sam —Bruce la agarró con suavidad del brazo cuando vio que se dirigía de nuevo al banquillo—. Te necesito aquí a mi lado. Somos un equipo, ¿no?

Ella titubeó.

—Sí, creo que sí.



El último cuarto del partido fue frenético. Bruce miró una vez más el cronómetro que avanzaba inexorable, a pesar del enorme esfuerzo de los chicos equipo por empatar. Todavía iban tres puntos por debajo, pero estaba convencido de que podrían conseguirlo. Se movió por el área técnica en tensión, como un tigre enjaulado.

—¡Sean, atento, tienes que estar atento! —gritó, lamentándose de esa

última pérdida de balón.

—Está agotado. Deberías sentarlo —le aconsejó Sam a su lado.

—Lo sé pero no es el momento. Solo... ¡Eh, eso han sido pasos! ¡Árbitro, pasos! —Alzó el brazo con fuerza para protestar y, al instante, notó un pinchazo en el hombro.

—¿Te duele el hombro? ¿Has sufrido algún golpe en el partido contra los Pistons? —preguntó Sam, con gesto preocupado.

Él negó.

—Es solo la tensión, no es nada. Mi hombro ha funcionado como un reloj en Detroit.

En el minuto diez, el árbitro les dio un respiro: le pitó la quinta falta personal a Sputnik que abandonó la pista directo al banquillo. A partir de ese momento, los Kids apretaron hasta conseguir subir el empate al marcador. Con ese resultado llegaron a los últimos cincuenta segundos del encuentro.

—¡Tom, controla el tiempo! —gritó Bruce señalándole el reloj. El muchacho asintió. Debían mantener y agotar la posesión del balón antes de tirar a canasta si querían anotarse los dos puntos que les darían la victoria.

El joven base avanzó a lo largo de la cancha con la pelota bajo control, estudiando la posición de sus compañeros. Tom se la tiró a Miguel, Miguel a Donald, Donald a Sean, Sean estiró el torso con intención de lanzar pero un jugador contrario se lo impidió. El tiempo de posesión se agotaba, Sean buscó a Tom, que había ganado la posición hasta la línea de tiros libres, y se la pasó. El capitán de los Kids hizo un caballito sobre la rueda delantera central de la silla, alzó el cuerpo cuanto pudo y lanzó el balón, que se coló, limpiamente, dentro del aro.

La bocina del estadio anunció el final del encuentro: KidsonWheels, 60; Promenades Basket Team, 58.

—¡Sí! —gritó Bruce con el puño apretado en señal de victoria. Luego se volvió hacia Sam que saltaba a su lado de alegría y la abrazó con fuerza. Antes de que pudiera darse cuenta, el capitán de los Owls inclinó el rostro y la besó con la emoción desbordada. Una emoción que se convirtió en pasión en cuanto sus labios se unieron y sus alientos se entremezclaron. Sam notó cómo se le ablandaba el cuerpo al tiempo que a él se le endurecía, y soltó un gemido apenas inaudible. Debían detenerse, no podían dejarse llevar así, delante de los chicos y de todo el público asistente.

De pronto, el fregonazo de un *flash* los deslumbró y Bruce se apartó de

ella como un resorte.

—¡Eh! ¿Quién es usted? ¿Quién le ha dado permiso para tomar fotos? —increpó al tipo que todavía sostenía la cámara en alto.

El hombre, un señor panzudo con una visera blanca, miró con desconcierto al entrenador que lo observaba con cara de pocos amigos.

—Yo solo...

—¡Borre inmediatamente esa foto si no quiere tener problemas, amigo! —ordenó, tenso.

—Bruce, ¿se puede saber qué te pasa? No hay ningún problema.

Sam lo agarró del brazo con intención de apartarlo de allí. Los chicos habían llegado hasta ellos para celebrar la victoria y los observaban inmóviles, a sus espaldas.

—Este tipo nos ha fotografiado besándonos —replicó, cortante—. No quiero más mierdas de estas para que los medios de comunicación me descuarticen.

Se dio cuenta de que sus palabras no habían sido las más acertadas al percibir el sutil gesto de decepción en la cara de Sam, pero en ese momento toda su preocupación se hallaba en esa cámara de fotos. Si esa foto salía a la luz, estaría de nuevo en el ojo del huracán. Y no solo él. También lo estaría Samantha e incluso, los KidsontheWheels. Luego se lo explicaría y le pediría disculpas si la había ofendido.

—Bruce, olvídale. Es el padre de Adam, le pedí que hiciera fotos del encuentro para nuestra memoria anual y para las redes sociales. —Después, se dirigió al improvisado fotógrafo—: ¿Te importaría borrar la foto en la que aparecemos nosotros, Stuart? Nos harías un gran favor.

—Por supuesto, Samantha. No hay problema.

Bruce se relajó y su boca se distendió en una pequeña sonrisa avergonzada de disculpa.

—Lo siento, amigo. Creí que era usted uno de esos *paparazzis* que aparecen en el momento más inoportuno.

—Claro, no se preocupe, entrenador Ross. Lo entiendo —respondió Stuart mientras revisaba la foto para borrarla—. Ya está eliminada. Sin problemas.

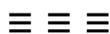
—Se lo agradezco de veras —dijo Bruce al tiempo que le daba una palmada en el hombro—. Si puedo hacer algo por usted, dígamelo. Se lo debo.

Luego, se volvió hacia los chicos y, al verlos ahí, expectantes, exclamó:

—¡Enhorabuena, campeones! ¡Lo hemos logrado! ¡Hemos ganado! ¡Habéis estado fabulosos! ¡Esto hay que celebrarlo! Una ducha y nos vamos a cenar. ¡Yo invito!

Cuando los chicos desaparecieron, Bruce se volvió a Sam, que se había apartado y ayudaba a Lisa recoger la equipación y el material desperdigados por el banquillo. Recordó que le debía una explicación. Sin embargo, su móvil comenzó a sonar en el bolsillo justo en ese momento. Era Scott. No tenía más remedio que responder.

Hablaría con ella más tarde.



¿Más «mierdas de estas»? ¿Así llamaba él a ese beso que habían compartido en un momento de absoluta felicidad? ¿Así es como lo veía?, se preguntaba Sam una y otra vez, sentada al volante de la camioneta en la que regresaban a Ottawa, ajena a las risas y al jolgorio que tenía lugar en los asientos de atrás. Por el espejo retrovisor podía ver perfectamente la cabeza de Bruce cantando junto a los chicos. Había colocado la bolsa de pelotas en hueco del pasillo central y se había sentado encima. Sam confiaba en que no los parara la policía o tendrían un pequeño problema.

Por un instante, le había parecido que Bruce sentía lo mismo que ella; que aquel no había sido un simple beso espontáneo, fruto de la emoción; que él también se había dejado llevar y lo deseaba tanto como ella. Pero lo cierto es que se había equivocado una vez más. Por mucho que le gustara Bruce Ross —y la palabra «gustar» se quedaba corta para expresar lo que sentía por él—, debía hacerse a la idea de que ese hombre no era para ella.

—¿Estás bien, Sam? — le preguntó Lisa, sentada en el asiento junto al conductor.

Dedicó a su amiga una frágil sonrisa y asintió. Sí, estaba bien. O lo estaría pronto, de eso estaba segura.

Al llegar al restaurante situado cerca de la asociación, Sam aparcó y entre los tres, ayudaron bajar a los chicos con sus sillas de ruedas. Después, envió un mensaje de texto a las familias avisando del lugar donde podrían acudir a recoger a sus hijos y entregó las llaves de la furgoneta a Lisa.

—No me puedo quedar a la celebración, lo siento en el alma, chicos —se despidió de ellos. Oyó un lamento general alrededor y la exclamación de incredulidad de Bruce, a la que no hizo ni caso, y prosiguió—: Bebeos un refresco a mi salud y disfrutad del triunfo, que ha sido todo vuestro. Habéis luchado como leones. ¡Os lo merecéis! Nos vemos mañana en la cancha.

Lisa le dedicó una larga mirada comprensiva y, sin decir nada, dio media vuelta y encabezó la marcha hacia el restaurante, seguida por una docena de campeones hambrientos.

Sam sacó del bolso las llaves de su coche, aparcado unos metros más allá.

—No puedes marcharte —le espetó Bruce, que había esperado allí, con las manos en los bolsillos, hasta que todos se fueron.

—Tenía un compromiso anterior que no puedo cancelar a estas alturas —respondió ella, con voz neutra—. Y no hace falta que esté yo... Esto es algo entre tú y ellos, ¿no? Os lo merecéis.

—No, si no estás tú. Este triunfo es el de todos.

—Lo siento, Bruce. No puedo quedarme, en serio.

—¿Es por mí? ¿Por lo que dije antes? —preguntó con cierta acidez en la voz—. No estuve muy acertado al expresarlo, pero no podía dejar que esa foto...

—No tienes que justificarte —lo interrumpió Sam. Se sentía extrañamente calmada y segura de lo que tenía que hacer. Ella tampoco podía dejar que Bruce Ross le rompiera el corazón—. Entre nosotros no hay nada, así que entiendo que tengas cuidado para evitar nuevos malentendidos.

—Por primera vez en el último año me empiezan a ir bien las cosas, Sam —dijo él en un tono de voz más bajo, como si hablara para sí mismo—. Gracias a ti, he salido de mi lesión y he recuperado mi puesto en el equipo; mi labor como entrenador de los Kids me ha dado muchísimas satisfacciones como persona, eso también te lo debo a ti. El presidente me ha llamado hace un rato para decirme que tienen lista mi renovación. —Hizo una pausa antes de llegar a la conclusión inevitable—: Y ahora no puedo arriesgarme a estropearlo todo por una simple foto comprometedor que...

Ella hizo un gesto para que se detuviera. No quería oír nada más, tenía suficiente. Retrocedió unos pasos en dirección a su coche y dijo:

—Claro, Bruce, lo entiendo. —Notó cómo se le formaba un nudo de dolor en la base de la garganta—. No te preocupes. Solo ha sido un beso, no

le demos más vueltas.

—Vamos, Sam. Anula ese compromiso. Quédate con nosotros —le suplicó él—. No podemos celebrarlo sin ti.

—Por supuesto que podéis. Lo siento, Bruce —dijo con una leve sonrisa de despedida antes de dirigirse a su coche.

Una vez dentro, arrancó el vehículo, se puso el cinturón de seguridad con rapidez y aceleró para alejarse lo más deprisa posible. Las lágrimas ya le nublaban la vista y apenas pudo ver la figura de Bruce, de espaldas a ella, alejándose hacia el restaurante.

## CAPÍTULO 16

Bruce se bajó de su deportivo rojo y le entregó las llaves al aparcacoches de la sala donde los Ottawa Owls celebraban la Gran Gala Final de Liga con sus socios y patrocinadores. En apenas unos segundos, un grupo de reporteros le rodearon con sus micrófonos y grabadoras en mano, a la espera de que hiciera alguna declaración sobre su vida o sus planes de futuro que, por supuesto, Bruce no tenía ni la menor intención de hacer.

—¡Señor Ross! ¡Bruce, por favor, unas palabras para el Global News!  
—El reportero casi le metió el micrófono en la boca, sin ninguna consideración. Al ver que el capitán de los Owls lo apartaba e intentaba escabullirse, insistió—: ¿Está satisfecho con su renovación por dos años más? Se dice que ha conseguido aumentar su contrato en dos millones, ¿es cierto?

Otra reportera, esta de un conocido y poco respetado programa de la televisión, lo interceptó para preguntarle:

—¿Piensa volver con Megan Miles? ¿Qué opina de las fotos en las que aparece ella con la nueva estrella de hockey de Toronto? Confiese, Ross: ¿Cuánto le pagó por comprar su silencio?

Bruce le dedicó una mirada de desprecio y se abrió paso entre el enjambre de periodistas sin abrir la boca. ¡Miserables!

Una vez dentro, sonrió al tropezarse de frente con sus compañeros de

equipo, todos enfundados en unos elegantes trajes de chaqueta de color gris grafito, hechos a medida en la mejor sastrería de la ciudad. Parecían un equipo vestido para posar en una revista de moda masculina.

—¡Eh, tío! La próxima vez dile al señor Woolen que te tome mejor las medidas. Ese traje te queda un poco ajustado —se rio Storm al verlo llegar.

—No hagas caso Bruce, Storm se crió entre osos ¿recuerdas? No tiene ni idea de la última moda —respondió Visenko, recibiendo a su capitán con un palmotazo en la espalda. Luego se volvió a sus compañeros de equipo y agregó—: Los tíos con estilo como nuestro capitán, siguen a tipos como David Beckham, que apareció hace poco vestido con un traje bien ajustado de Armani en una de esas bodas de la realeza inglesa.

Los seis hombres que estaban allí se rieron divertidos.

Bruce les hizo una peineta con la mano, ajeno a sus burlas.

—Déjalo, Visenko —replicó—. Está claro que «no se puede echar margaritas a los cerdos». ¿Habéis visto a Truman por ahí?

—Sí, lo hemos visto pasar con una rubia espectacular que no apartaba sus manos de él —respondió Visenko—. ¡Jodido suertudo!

—¡A ti te gustan todas las rubias, Visenko! —se rio Bruce, echando un vistazo por la sala, que comenzaba a llenarse. Esperaba encontrar a Sam entre toda aquella gente y prefería no preguntar por ella a sus colegas.

Desde que había finalizado la liga profesional hacía dos semanas, apenas se habían visto en las instalaciones del club. Juraría que hacía todo lo posible por evitarlo. Él no había dejado de acudir al gimnasio cada día con el fin de mantenerse en forma, y cada vez que había solicitado a su fisioterapeuta para un masaje, había aparecido Otto en su lugar, justificando el cambio con alguna excusa ridícula. Y sospechaba que en la asociación ocurría algo parecido. El día que se acercó para despedirse antes de las vacaciones estivales, Sam no estaba. «Ni se la espera», le aseguró Lisa.

—Te agradecemos muchísimo lo que has hecho por los chicos, Bruce —le dijo—. Contamos con que no podrás continuar, pero no te preocupes: tenemos ya un nuevo voluntario dispuesto a entrenarlos el próximo curso. Es un chico del equipo de baloncesto de la universidad. Una joven promesa con un corazón de oro.

—Yo no he dicho que no quiera continuar tras las vacaciones —replicó Bruce, molesto.

La expresión de asombro de Lisa fue tan exagerada que hasta le pareció que fingía.

—Oh, pero... Sam dijo que ahora que habías renovado no tendrías tiempo.

Eso le sentó a cuerno quemado. ¿Quién era ella para decidir lo que podría o no podría hacer? ¿Por qué no le había preguntado, directamente?

Se marchó de allí con ganas de coger a esa mujer desesperante y decirle unas cuantas cosas bien dichas. Ese juegucito estúpido que se traía entre manos comenzaba a molestarle de veras. ¿Qué le ocurría? ¿Había hecho algo malo? ¿Por qué lo rehuía? Necesitaba verla y hablar con ella. ¡La echaba de menos!

Volvió su atención a sus compañeros cuando oyó mencionar el nombre de Sam en la conversación que mantenían:

—A mí me van también las castañas si son como nuestra Samantha —dijo Visenko, al tiempo que dibujaba en el aire el contorno imaginario de la fisioterapeuta—. ¿Alguno os habíais fijado antes en esas curvas de vértigo que tiene?

—¿Cómo íbamos a saberlo con el uniforme de matasanos que lleva? Tío, Ross, tenías que haberla visto. Parece una de esas estrellas de cine antiguas, tan sexis y elegantes a la vez —replicó Storm—. ¡Qué mujer!

Bruce apretó la mandíbula con rabia.

—¿Dónde está?

—Allí al fondo. —Su compañero señaló el extremo más alejado de la mesa del bufé—. Con Otto y los demás fisios.

Se dirigió allí sin perder un segundo y no tardó en vislumbrarla a lo lejos. Por una vez se había soltado la trenza y la larga melena le caía en marcadas ondas por la espalda, la cual dejaba al descubierto el vestido de lentejuelas plateadas con el que parecía una sirena. Se recreó unos segundos en su suave figura curvilínea y luego se acercó despacio al grupo.

—Qué hay, chicos. Otto... —Su primer saludo fue para el jefe, que lo recibió con un brillo avieso en los ojos. Luego le dedicó un saludo al resto de los allí congregados hasta detenerse en...—: Samantha.

—Capitán Ross. —Ella le dedicó una sonrisa embriagadora con la que casi se atraganta.

—Estás muy guapa esta noche —le dijo él sin poder apartar la vista de ella—. ¿Pretendes esconderte aquí, entre tus compañeros, para que nadie

más te vea?

—¡Oh, no! —se rio Otto con ganas—. En realidad, hemos aprovechado la ocasión para celebrar una pequeña despedida: nuestra Samantha se nos va. La han fichado en el Hospital Materno–infantil de Ottawa.

Bruce se quedó inmóvil al escuchar la noticia.

—¿Te vas de los Owls?

—En realidad, solo vine a cubrir la baja de Jeff, que se reincorporará el lunes a su puesto. Todos sabíamos que era algo temporal —dijo, sin inmutarse—. Hace una semana salió esa plaza en el departamento de rehabilitación infantil del hospital, y no dudé en presentarme: pese a que al principio dirigí mi carrera hacia el ámbito deportivo, en realidad trabajar con críos que sufren algún tipo de enfermedad muscular es lo que siempre he soñado.

El jefe del equipo de fisios asintió con satisfacción. Exudaba orgullo por cada arruguita de la cara.

—El deporte canadiense ha perdido a una gran fisioterapeuta pero los niños enfermos habrán ganado una estupenda profesional y mejor persona de lo que podían imaginar.

Eso no lo dudaba ni por un instante. Pero entonces...

—Enhorabuena, Riley. Por fin nos vas a perder de vista. ¿No era eso lo que querías? —le preguntó Bruce.

—No creas. Había empezado a cogerle el gustillo a toda esa testosterona desatada. Reconozco que como pacientes sois ejemplares.

—¿Solo como pacientes? ¿Tienes alguna queja de nosotros que desconozcamos?

—En absoluto. Y si la tuviera, no temas, no voy a airearlo en los medios de comunicación, si es lo que te preocupa —le soltó con una mirada sarcástica.

—¿De qué estás hablando? —inquirió con voz grave. De pronto, Bruce fue consciente de cuatro pares de espectadores silenciosos pendientes de la interesante escena que estaban presenciando y agregó—: ¿Te importa si hablamos un minuto en privado? Creo que tenemos alguna cuestión pendiente que resolver.

Ella posó el vaso despacio sobre la mesa, tomándose tiempo para responder.

—No tenemos ninguna cuestión pendiente, capitán. Puedes quedarte tranquilo.

Bruce resopló con fuerza e intercambió una mirada interrogante con Otto, que parecía divertirse de lo lindo.

—Chicos, acompañadme a saludar al presidente, no vaya a ser que se olvide de nuestro aumento de sueldo. —Los tres fisioterapeutas se rieron con la broma, incluida Sam. Cuando ya iba a seguir los pasos del jefe, éste se volvió y dijo—: Tú no, Sam. Puedes quedarte a hacerle compañía a Ross mientras volvemos. —Y le guiñó el ojo con complicidad al capitán, que casi se atraganta.

—Pero...

—Le hablaré de tu salida y le diré que luego te acercarás a despedirte de él —concluyó Otto.

Bruce y Sam permanecieron un rato en silencio, los dos con la mirada fija en el grupo que se alejaba entre risitas.

—¿Has visto lo que has conseguido?

—¿Qué he conseguido?

—Me has dejado en evidencia delante de Otto y de mis compañeros. Aléjate de mi, Bruce Ross. —Y la que se alejó fue ella, que se dio media vuelta y se encaminó hacia el pasillo que conducía hacia los aseos.

—Que yo... ¿qué? —masculló él sin podérselo creer. Fue tras ella con paso firme y la alcanzó en el pasillo—: ¡Has sido tú y esa estupidez que has dicho sobre los medios de comunicación lo que nos ha puesto en evidencia! ¿Se puede saber qué problema tienes?

—¿Qué problema tienes *tú*, dirás? —Sam se encaró con él hecha una furia. Los ojos le brillaban intensamente y una onda del pelo le caía sobre la frente. Estaba de lo más sensual. «Preciosa», pensó Bruce—. Yo no estoy a todas horas pendiente de lo que salga o no salga sobre mí en la prensa. Ni tampoco voy por ahí liándome con mujeres a escondidas, por miedo a que tu ex se entere.

Tal vez fuera porque estaba distraído mirándola o porque le aburría la mera mención a los medios de comunicación, pero lo cierto es que no tenía ni idea de qué estaba hablando. El asunto de su ex se había solucionado hacía más de una semana y los platós de televisión parecía haberse olvidado de la noche a la mañana de quién era Megan Miles y qué problema habían tenido entre ellos. Entonces le vino a la cabeza el incidente con el fotógrafo del

partido de los Kids, y las piezas de ese enorme rompecabezas en que se había convertido Sam Riley empezaron a encajar.

—Ah... ya entiendo. —Clavó en ella los ojos azules y la contempló unos segundos, pensativo—: Todo esto es por aquel incidente de la foto del beso, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres —replicó ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Por supuesto que lo sabes. El beso que fotografió el padre de Adam, a quien confundí con un reportero de una de esas revistas carroñeras.

—¿Fue un beso aquello o más bien fue otra «mierda de esas» con las que engañas a ingenuas como yo?

Así que era eso. Recordó que esa noche Sam no le dejó terminar y se largó antes de que él le explicara por qué se había puesto tan nervioso con el asunto de la foto. Pero ahora debía hacerlo. Nada importaba más que aclararlo.

—¡No digas estupideces, Sam! Por supuesto que fue un beso y lo que no quería era que los periodistas se abalanzaran contra ti ni contra la asociación a la caza de trapos sucios o cualquier falsedad que les dé juego durante un tiempo. ¡Lo único que pretendía era protegernos!

La expresión ceñuda de Sam se suavizó de repente y lo miró con recelo.

—¿Protegernos?

—Protegerte a ti, a los niños y también a nosotros dos. Si esa foto hubiera llegado a alguna de esas revistas, no habrían parado hasta saber quién eras, por qué nos besábamos y qué podía haber de feo o sucio en nuestra relación. Habrían descubierto que eras mi fisioterapeuta y habrían ido a por ti sin ningún tipo de escrúpulo. Y cuando hubieran acabado contigo, irían a por la asociación y los KidsonWheels. Jamás lo habría consentido. Me importas demasiado.

—¿Que te importo? —Sam y buscó apoyo en la pared que tenía a su espalda.

Él apoyó una mano en la pared, junto a su cabeza, y la miró fijamente.

—¿Cómo puedes dudarlo? —susurró acercándose peligrosamente a sus labios.

—No querías más líos y pensé que... —balbuceó ella, desconcertada.

—Estoy loco por ti, Samantha. No sé cómo lo haces, pero iluminas

todo lo que tocas, especialmente a mí. —Sus labios se posaron sobre los de ella una y otra vez, con suavidad. Dejó un reguero de besos hasta que ella le rodeó el cuello con los brazos, entreabrió sus labios y le devoró la boca con pasión. Sus lenguas se entrelazaron con fuerza, Bruce pegó su cuerpo firme al de ella, que comenzó a frotarse contra él, excitada también.

Una chica pasó junto a ellos de camino al aseo y, al reconocerlo, se detuvo de golpe.

—¿Es Bruce Ross! ¿Puedo hacerle una foto? —preguntó con el móvil en la mano.

Ninguno de los dos respondió, centrados únicamente uno en el otro y ajenos a todo lo demás. La chica tomó la falta de respuesta como un sí y apretó el botón del teléfono. Solo unos segundos después de que el *flash* los iluminara, Sam fue consciente de que alguien les había hecho una foto. Se apartó de Bruce y se fijó en una joven que se alejaba en dirección a los aseos.

—Esa chica nos ha fotografiado juntos —dijo, señalándola.

Bruce se encogió de hombros.

—No me importa. Lo único que me interesa en este momento eres tú. Esta vez no voy a dejar que te escapes. Te quiero, Samantha. Quiero estar contigo, ser parte de tu vida.

Sam sonrió.

—¿De veras?

Bruce la ciñó de nuevo por la cintura y la apretó contra él.

—Por supuesto. Aunque eso implica mi readmisión como entrenador en los Kids On Wheels. Sinceramente, Sam: prescindir de mis servicios ha sido un grave error por tu parte. Esos chicos me adoran y creo que podemos conseguir ganar el campeonato interestatal del año que viene.

Ella le acarició la mandíbula recién afeitada.

—Estoy convencida de ello —murmuró junto a su oído—. Yo también te quiero, capitán —añadió antes de demostrárselo con un beso apasionado.

## EPÍLOGO

«Samantha Riley, preséntese en recepción urgentemente».

Sam guardó el busca en el bolsillo de la bata y salió apresurada de la sala que ocupaban los fisioterapeutas en el Hospital Materno-Infantil. Llevaba solo quince días allí y ya era la segunda vez que llegaba una urgencia a solo unos minutos para terminar su guardia.

Pero cuando llegó a la recepción, esta estaba extrañamente tranquila. Se acercó al mostrador.

—¿Qué sucede, Martha?

Reparó en la mirada ensoñadora de la recepcionista al señalar el enorme ventanal. Bruce estaba de espaldas a ella, observando el movimiento de las ambulancias dentro del recinto del hospital. Se dirigió hacia él, preocupada.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha sucedido algo? ¿Tu hombro? ¿Los chicos del equipo?

Pero él en vez de responder, la cogió por la cintura y la besó con tal pasión que la dejó sin aliento.

—Tenía ganas de verte.

Sam se deshizo del abrazo, extrañada de la demostración pública. Aparte de la fotografía robada por aquella chica —que había tenido poca repercusión porque, por suerte, apenas se les distinguía ni a ella ni a él—, mantenían su romance en privado. Se veían en la casa de Sam o en la asociación cuando los turnos en el hospital y los entrenamientos de Bruce lo hacían posible. Nadie sabía nada de su amor, aparte de Lisa.

—¿Esta era la urgencia?

—Te aseguro que era una urgencia muy urgente. ¿Has terminado ya?

Ella rio, todavía sorprendida todavía de que la hubiera ido a buscar al trabajo.

—Imagino que sí puesto que el paciente no era tal.

—¿Tienes planes para lo que queda de tarde?

—Me esperan unas hojas de cálculo enormes con los gastos de este mes de...

—Olvídate de eso, Lisa me ha asegurado que ella se encargará de ellas. Te espero, me gustaría que me acompañaras a un sitio.

—¿Adónde?

Bruce miró hacia el mostrador de recepción. Martha seguía con la

mirada soñadora y sin perder ni una sola palabra de su conversación.

—Martha, salgo a comer fuera. Volveré en una hora —le dijo a la recepcionista. Luego se volvió a Bruce y le pidió—: Dame cinco minutos para cambiarme.

Bruce no le dijo hacia dónde se dirigían, pero cuando dejaron atrás Playfair Park y tomaron la avenida Kilborn, se imaginó que se dirigían al estadio de los Ottawa Owls.

—Llegamos tarde —comentó con alegría—. Venga, que nos están esperando.

—¿Vas a decirme por qué estamos aquí?

Pero él se dirigía ya hacia el ascensor del garaje.

Consiguió de él muchas sonrisas y dos besos que hicieron que se olvidara de dónde estaba, pero ni una sola palabra sobre qué hacían allí. Cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron, Sam se encontró con que una veintena de personas los estaban esperando. Dio un paso atrás, intimidada por la situación, pero Bruce la instó con un leve empujón a que saliera.

—¿Qué tal, Johnny? ¡Cuánto tiempo, Bob! ¡Me alegro de verte, Kelly!  
—Bruce saludaba a los periodistas congregados en la sala.

Sam estuvo a punto de darse la vuelta y salir corriendo, pero Bruce la cogió de la mano y caminó con ella por el pasillo que se abría a su paso.

Al final del mismo, por encima de las cabezas de los reporteros, Sam se encontró con las miradas de los compañeros de Bruce puestas en ella. Y parecían igual de divertidos y relajados que este. También estaban el entrenador Gary Palson, que le lanzó una mirada de agradecimiento, y el propietario Scott Truman, que no dejaba de consultar el móvil con gesto impaciente.

Sam se negó a seguir avanzando sin saber qué estaba sucediendo allí.

—Voy a firmar mi contrato de renovación y quiero que estés a mi lado en este momento tan importante de mi vida —se adelantó Bruce a su pregunta.

Sam se le habría echado al cuello si hubiera podido moverse, pero se había quedado paralizada por lo que aquella frase significaba.

Los ojos de Bruce sonrieron hasta que un micrófono de la MLN Televisión se interpuso entre ambos.

—Capitán Ross, ¿es esta su nueva novia?

La voz del propietario de los Ottawa Owls cortó al periodista que buscaba la noticia sensacionalista.

—Bruce Ross no está aquí para contestar cuestiones personales. Si les parece, vamos a dar inicio al acto y, después, Gary Olsen y el capitán responderán sus preguntas sobre la nueva temporada de los Ottawa Owls.

Sam, sin saber cómo, se vio sentada en la primera fila mientras Bruce estampaba su firma en el papel que garantizaba la continuidad de su carrera y desplegaba todo su atractivo con los medios de comunicación reunidos.

Habló de la siguiente liga, alabó a sus compañeros, describió la camaradería entre todos ellos y, a pesar de lo que había dicho Scott Truman, bromeó sobre sus problemas personales pasados. Todo ello sin dejar de mirarla a ella y sin dejar de reír. Sam se sentía en las nubes. Ajena a la preguntas que le hacían a Bruce, solo tenía ojos para él y su sonrisa, y mente para recordar las tórridas noches pasadas con él.

De repente, sintió todas las miradas de la sala clavadas en ella y se obligó a centrarse en lo que Scott Truman estaba explicando.

—La próxima temporada, los Ottawa Owls colaborarán con la Asociación Bright Kids para niños con discapacidad física. Gracias a la entrega de la señorita Samantha Riley, aquí presente —la señaló a ella—, la asociación ha conseguido formar un equipo de baloncesto que es un ejemplo de esfuerzo y superación para otros muchos niños en la ciudad. Los Ottawa Owls nos haremos cargo en el futuro de sus entrenamientos así como de los desplazamientos y los gastos del material del equipo.

La noticia cayó como una bomba entre los periodistas, que comenzaron a preguntar sobre el nuevo proyecto.

—¿Qué es esa asociación?

—¿Quién la compone?

—¿Qué beneficio sacarán los Ottawa Owls?

—¿Quién será el entrenador?

—¿A qué tipo de discapacidad se refieren exactamente?

Bruce se levantó sin dejar de mirarla y se acercó a una puerta lateral en la que Sam no había reparado antes. Señaló al reportero que había hecho la última pregunta y le respondió:

—Será mejor que se lo expliquen ellos mismos.

Tom, Jeff, Miguel, Sean, Donald... Uno tras otro, los doce componentes de los KidsonWheels entraron en la sala sobre sus sillas de ruedas. Pero antes

de colocarse detrás de la mesa para contestar a las preguntas, tal y como había comentado Bruce, Tom y Jeff se acercaron hasta ella, colocaron sus manos una sobre otra y esperaron a que Sam hiciera lo mismo.

—Un, dos, tres... ¡Kids! —gritaron al unísono ambos chicos.

De dos en dos, todo el equipo fue pasando ante ella y coreando el grito de guerra del equipo.

Sam no pudo contener las lágrimas, que comenzaron a correr por sus mejillas. Después... después fue todo una locura. La subieron al estrado junto a los chicos y estuvo durante más de una hora explicando los objetivos de la asociación, sus métodos de trabajo, los logros del equipo... y todo lo que los periodistas tuvieron a bien preguntarle. Los chicos también se divirtieron de lo lindo mientras explicaban cómo habían conseguido ganar el último partido y hacían una demostración de cómo hacer giros y trompos con una silla de ruedas en medio del pasillo, entre los asientos de los asistentes.

Sam se levantó de la mesa cuando los chicos pasaron a ser los protagonistas de la tarde, pero apenas bajó de la tarima, Bruce la cogió por la cintura y la besó en la sien a la vista de todo el mundo.

—¿Me perdonarás por no habértelo dicho antes?

—Ha sido una bonita sorpresa. Los chicos harían lo que fuera por ti. Te adoran.

—¿Y tú? ¿Tú harías lo que fuera por mí? Porque yo, Samantha Riley, sería capaz de romper el contrato que acabo de firmar si tú me lo pidieras.

—Yo nunca te pediría nada como eso —se rio ella—, pero sí, yo también haría lo que fuera por ti —confesó ella.

—Déjame vivir contigo —le pidió.

Ella clavó sus pupilas en él. Aceptó.

Sellaron su vida juntos con un beso eterno.

El *flash* de una cámara los despertó del delirio. Enfrente de ellos un fotógrafo los apuntaba con su máquina de fotos. Bruce afianzó su brazo en la cintura de Sam.

—Hazme una foto con mi novia, Samantha, y la publicas en todos los medios.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —protestó Sam.

—Ya lo creo que sí. Quiero que todo el mundo sepa que Bruce Ross ha encontrado al amor de su vida.

La cogió por la mandíbula y la besó de nuevo a la luz del nuevo *flash*.

—¡Eres un engreído insufrible! Pero... yo también te quiero.

# OTRAS NOVELAS DE LOLA COOPER

## Serie «Estrellas del basket»

### **Cómo disparar a tu corazón (Serie «Estrellas del basket» #2)**

Si hay algo que realmente le asquea a Scott Truman, el todopoderoso dueño de los Ottawa Owls, es el juego sucio. Por eso, cuando Philippa Bouchard, inspectora de la Policía Montada, le ofrece colaborar en su investigación para dismantelar la red de apuestas ilegales y amaño de partidos de la mafia rusa que opera en algunos clubs de la liga nacional de baloncesto, no duda en aceptar con una condición. Una condición que tiene que ver con la atractiva e inteligente inspectora. Pippa no está dispuesta a que la intensa atracción física que ha surgido entre ellos ponga en peligro la seguridad del empresario. La mafia rusa lo tiene en su punto de mira pero, ¿a quién tiene Scott en el punto de mira de su corazón?

A la venta en [Amazon](#) a partir del 18 de diciembre 2018.



## Serie «Amigas en Nueva York»

Las tres novelas son autoconclusivas y se pueden leer de manera independiente.

### **Solo tú me importas (Amigas en Nueva York #1)**

Hoy en día, cualquiera puede convertirse en una estrella de la televisión de la noche a la mañana. Al menos, eso es lo que piensa Jack Woodson, un joven productor de Nueva York, cuando se apuesta con sus dos mejores amigos a que es capaz de transformar a Stella Martin, la pequeña camarera a la que su jefe acaba de despedir delante de sus narices, en una de ellas.

Para conseguirlo, contratará a Stella como asistente de producción y ocultará su plan a los ojos de espías, competidores y novias celosas que acechan por los pasillos de la cadena de televisión y amenazan con hundir su proyecto.

Jack no tardará en darse cuenta de que su pequeña camarera brilla con luz propia ante las cámaras, pero... ¿qué ocurre cuando tu propia estrella no desea convertirse en una estrella?

**[Cómprala en Amazon.](#)**

(Gratis en Kindle Unlimited).



### **Solo tú me provocas (Amigas en Nueva York #2)**

¿Qué haces si la mañana siguiente a la boda de tu mejor amiga te despiertas con un resacón increíble al lado de un tipo que no soportas?

- 1) Le echas la culpa de todo. (Aunque no recuerdes qué fue «todo»).
- 2) Acuerdas con él que aquí no ha pasado nada.
- 3) Sales huyendo de puntillas.
- 4) Todo a la vez.

Una noche loca y, de pronto, la vida de Kim Donson se pone patas arriba por culpa de Fred Patterson, el hábil e inteligente abogado cuya mirada de desprecio era capaz de provocarle un intenso sarpullido. Por eso, Kim no está dispuesta a dejar que él tome las riendas de su vida. Por eso, huye y se esconde donde piensa que jamás la encontrará.

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited).



### **Solo tú me besas (Amigas en Nueva York #3)**

A Hannah no le gustan los gatos. Ni su casero. Ni los ruidos de las obras del piso de arriba. Tampoco le gusta ese tipo, Steve, el encargado de la obra que no hace más que interrumpirla a todas horas, aunque no tiene más remedio que reconocer que es guapísimo.

Steve es un hombre sencillo con una vida normal. Entonces, ¿por qué le gusta tanto esa extraña pelirroja, enganchada a los videojuegos, a la comida basura, adicta a hackear páginas web y a meterse en los ordenadores y las vidas ajenas?

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited).

## **Sobre Lola Cooper**

Lola Cooper es del sur de España, pero vive en los alrededores de Ottawa (Canadá) donde se trasladó a vivir cuando encontró al hombre de su vida.

Le encanta dar grandes paseos junto al lago con su perro Titán y reírse con los personajes de sus novelas. Escribe al atardecer sobre una antigua mesa de madera mientras su gatita Fressia dormita sobre sus piernas.

Es adicta al café, al té, a las gafas de sol y a los post-it pegados por cualquier sitio para no olvidar las ideas que se le ocurren en cualquier momento.

Puedes encontrarla en **Facebook**: [Lola Cooper](#)

O contactarla por email: [lolacooperescribe@gmail.com](mailto:lolacooperescribe@gmail.com)